

Hermann Hesse

Stefan Zweig

Correspondencia

EDICIÓN AL CUIDADO DE VOLKER MICHELS

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

H Hesse
Stefan Zweig

se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

La correspondencia de Hermann Hesse con Stefan Zweig se extendió por un periodo de treinta y cinco años —a pesar de las reservas del primero a tratar con escritores—, hasta la muerte de este último en 1942. A través de estas cartas, el lector asistirá a la construcción de un pensamiento común entre estos dos grandes autores, comprometidos con la inequívoca defensa de la razón, del bien y de la humanidad en una época turbulenta, confirmando que no hay estética que pueda existir sin el armazón de un pensamiento ético que la sustente.



Stefan Zweig & Hermann Hesse

Correspondencia

Edición al cuidado de Volker Michels

CORRESPONDENCIA
(1903-1938)



Hermann Hesse en 1903



Stefan Zweig en 1903

NOTA A ESTA EDICIÓN

Las notas a pie de página que corresponden a la edición española (y que, por tanto, no son de la autoría de Volker Michels) se han señalado con corchetes.

En los casos en que se hace referencia (lo mismo en el cuerpo del texto que

en las notas) a una obra de la que existe traducción española, el título original se ha conservado, entre corchetes, sólo la primera vez que aparece. Los títulos de las obras de Hermann Hesse, en particular, se citan según la edición de sus obras completas publicada por la editorial Aguilar en 1979.

En lo que respecta a obras hasta ahora no traducidas, éstas se citan por su título original, excepto la primera vez, en que se acompañan de un título castellano, meramente orientativo, colocado entre corchetes.

1. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Basilea [enero de 1903]

Muy estimado señor:

¡No se asuste usted porque ahora de repente, le aborde con un saludo y una petición!

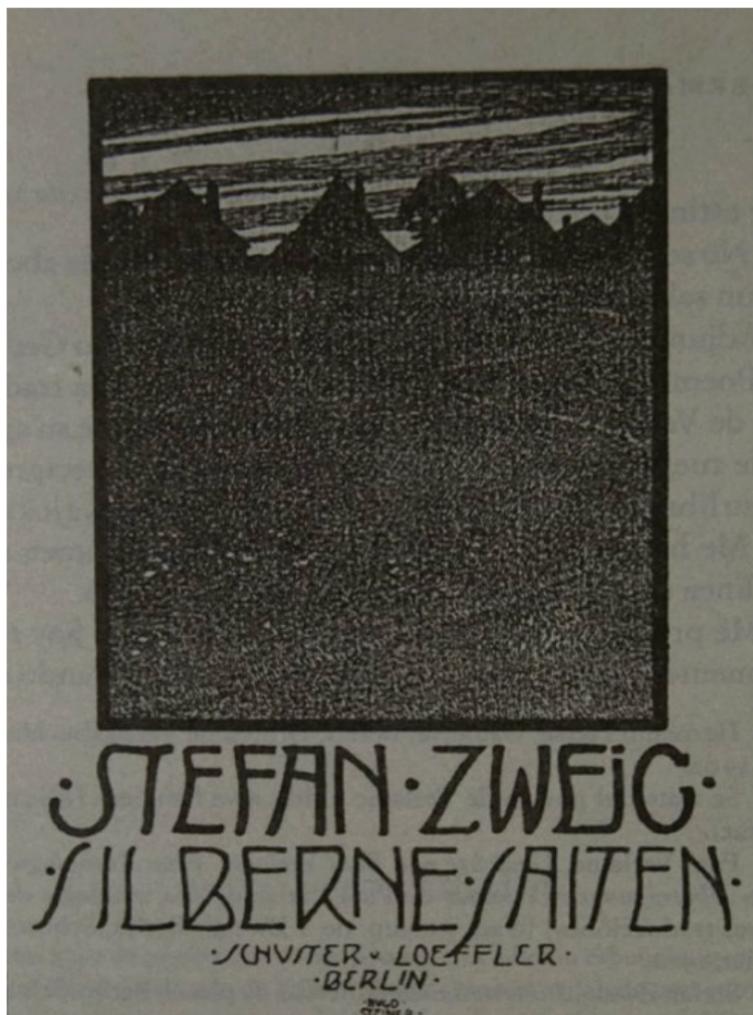
Adjunto a esta carta encontrará usted mi librito *Gedichte*^[1] [Poemas], que contiene, entre otras cosas, una traducción de Verlaine.^[2] Si algo en este libro resultara de su agrado, le ruego encarecidamente que me regale en reciprocidad su libro sobre Verlaine^[3] (los poemas de usted^[4] ya los tengo). Me haría muy feliz poseer ese hermoso volumen con una línea de dedicatoria escrita de su puño y letra.

Me proporcionará usted una alegría enorme. Soy ridículamente *pauvre*^[5] y me veo obligado a ir mendigando mis contentos acá o acullá. En esa empresa, sin embargo, he encontrado siempre, por azar, muchos amigos queridos, como su compatriota Schaukal,^[6] por ejemplo. ¿Tendré la misma suerte con usted?

¿O no?

Le saluda afectuosamente, su devoto servidor,

HERMANN HESSE



Cubierta del primer libro de Stefan Zweig, la colección de poemas *Silberne Saiten* [Cuerdas de plata], de 1901.

Diseño de Hugo Steiner-Prag.

2. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena, 2 de febrero de 1903

Muy apreciado señor Hesse:

Tengo que pedirle de todo corazón que no considere una mera frase que le diga, agradecido, que su libro me ha deparado una gran alegría. Se lo agradezco de verdad, desde lo más hondo, y tengo que pedirle también que crea lo que voy a decirle a continuación: hace mucho tiempo que tenía la intención de dirigirme a usted para pedirle este libro. Sólo temía tropezarme con alguien que no compartiese mi parecer de que tampoco los poetas —o precisamente ellos, menos que nadie— necesitan tratarse entre sí con convencionalismos. He creído siempre en aquella «Liga Secreta de los Melancólicos» de la que habla Jacobsen en su *Maria Grubbe*;^[7] sostengo también que los que sentimos, en lo íntimo de nuestro ser, cierta afinidad del alma, no debemos permanecer desconocidos los unos para los otros. Conocerle ahora personalmente a usted, a quien estimo mucho desde hace tiempo por algunos versos aislados leídos en revistas, me depara una alegría sincera.

¿Me permite decirle algo sobre su libro? No, mejor no lo hago, pues aún no lo he leído en su totalidad, sólo lo he abierto aquí y allá. Pero sí que lo he tomado en mis manos y, guiándome por mi sensibilidad más clara y viva, se lo he llevado a algunos amigos para leerles distintos pasajes en voz alta. Con toda sinceridad, me doy cuenta de que, junto a *El libro de las imágenes*, de Rilke,^[8] a *Der Spiegel* [El espejo], de Wilhelm von Scholz^[9] y al *Adagio stiller Abende* [Adagio de atardeceres apacibles], obra de mi querido amigo Camill Hoffmann^[10]—libro que, además, siento extraordinariamente cercano—, éste es [para mí] el más querido poemario de este año. Con satisfacción puedo colocarlo junto a los otros libros que me han sido dedicados; y la compañía allí, por cierto, no es nada despreciable: Johannes Schlaf,^[11] R[ainer] M[aria] Rilke, Camille Lemonnier,^[12] Wilhelm von Scholz, Franz Evers,^[13] Wilhelm Holzamer,^[14] Hans Benzmann,^[15] Richard Schaukal, Otto Hauser^[16] y Busse-Palma^[17] son los que puedo mencionar. También me gustaría, en cuanto se preste la ocasión, hacer algo por su libro, y hacerlo en una gran publicación, donde sepa que mis palabras no se las llevará el viento.^[18]

Recibirá mi *Verlaine*^[19] en unos ocho días. Le pediré hoy mismo a mi editor algunos ejemplares nuevos; he tenido, por cierto, muchas satisfacciones con él, se vende magníficamente bien y espero que en otoño vea la luz una segunda

edición, con una tirada de tres mil ejemplares. Quiero, para entonces, añadir su magnífico poema,^[20] y le pido que eventualmente me haga llegar otras pruebas.

Y una cosa más: en vista de que ha sido usted, con su fuerza y su desenfado, quien ha roto el hielo, no quisiera que perdamos del todo el contacto. Me gustaría conocer más de usted de lo que cuenta Carl Busse.^[21] No soy un autor de cartas muy fiable; mantuve correspondencia durante un tiempo con Richard Schaukal (él también me escribió hablándome de usted), pero luego no pude continuarla, porque mis estudios^[22] no me dejan tiempo para diálogos epistolares sobre literatura. De todos modos, sigo escribiendo unas tres cartas al día, a pesar de que en este momento sólo mantengo correspondencia con Wilhelm von Scholz, Fritz Stöber,^[23] algunos amigos alemanes y unos cuantos franceses,^[24] como Camille Lemonnier y Charles van der Stappen.^[25] Sin embargo, siempre constituye para mí una dicha poder decirle a algún amigo al que aprecio cosas más íntimas y personales, esas que nos mueven y nos ocupan en lo más profundo; sólo que, en mi caso, esas cartas surgen de manera espontánea: no salen nunca con el próximo correo, sino que tardan a menudo tres semanas o más. Si se atreve usted, en tales circunstancias, a referirme muchas más cosas acerca de su persona, me sentiré satisfecho y hondamente agradecido, y creo que, en ese caso, podrá contar conmigo. Como poeta no me tengo en muy alta estima, por eso no dudo jamás en considerarme un ser totalmente superfluo para el mundo, a menos que me valore teniendo en cuenta la virtud de ser « amigo de mis amigos ». Y tengo la impresión de que podré contarle a usted entre ellos.

Se lo repito una vez más: ¡gracias, sinceramente, desde lo más profundo de mi corazón! Si en algún momento tiene usted una hora de tristeza en la que tema que su canto y su vida se apaguen sin dejar resonancia alguna, levántese de nuevo con la certeza de que le ha brindado a alguien más de lo que otros, tan mencionados en Alemania, le han dado, más que Falke,^[26] que Hartleben,^[27] que Schaukal o que Bierbaum,^[28] etcétera, etcétera, y ese alguien es esta persona que ahora le saluda desde la más afectuosa estima,

STEFAN ZWEIG

Basilea, 5 de febrero de 1903

Muy estimado señor:

¡Gracias por su amable y amistosa carta! Me alegra enormemente saber que recibirá su libro.

Debido a mi naturaleza inconstante, me resulta imposible aceptar compromisos u obligaciones. Por otra parte, no siento ninguna inclinación hacia los intercambios epistolares de corte literario. A ello se añade que mis ojos, normalmente tan claros e incansables, se muestran últimamente muy débiles ante el papel (durante el último año pasé meses sin poder leer ni escribir).^[29] Pero, a fin de cuentas, ¡ni usted ni yo pretendemos contraer matrimonio! Aunque no suelo escribir cartas, siempre contará con mi gratitud por cualquier saludo amistoso o cualquier forma de acercamiento personal, y en algunas ocasiones también compartiré con usted, con mucho gusto, alguna pena o alegría. ¡Pero sin plazos ni términos previamente fijados! ¿Me entiende usted?

De mí hay poco que contar. Aparte de algunos amoríos, mi corazón jamás ha pertenecido a las personas, sino únicamente a la naturaleza y a los libros. Adoro a los antiguos novelistas italianos y a los románticos alemanes, pero estimo aún más las ciudades de Italia y, mucho más que todo eso, amo las montañas, los ríos, los desfiladeros, el mar, el cielo, las nubes, las flores, los árboles y los animales. Andar, remar, nadar y pescar están para mí por encima de todo. Sólo que no practico nada de eso como deportista, sino como un soñador, como un ser holgazán y fantasioso. Apenas me cae un poco de dinero en las manos, lo más probable es que desaparezca, sin haberme despedido de nadie, en algún rincón perdido de la montaña o de la costa de Italia.

Sin embargo no soy, en realidad, un hombre poco sociable. Me gusta tratar con los niños, con los campesinos, con la gente de mar, etcétera, y siempre se me puede encontrar empinando el codo en las tabernas de marineros. Pero siento un horror enorme ante esos lugares a los que se accede con guantes blancos o palabras selectas y, desde hace dos años, me mantengo estrictamente alejado de toda « vida social ». Durante la semana trabajo en una pequeña librería de viejo; por las noches leo o juego al billar,^[30] y los domingos me pierdo en alguna que otra montaña o valle, siempre en solitario. Me acostumbré a ciertos caprichos literarios ocasionales, pero como cosa secundaria.

Adquirí algunos conocimientos un poco más sólidos en dos materias predilectas: la historia del Romanticismo alemán y la pintura toscana del siglo XV; así como en un par de cosas más. A ello se añade un conocimiento de los vinos locales, típicos de las regiones de Baden, de Alsacia y de Suiza,^[31] saber basado en una experiencia seria. Estudié filosofía algunos años, pero sin poder hallar ninguna perla, y acabé por apartarme por completo de dicho estudio.

Hasta ahora me he librado totalmente de cualquier éxito literario. Mis libritos^[32] yacen en las casas editoras, empaquetados en hatillos. Eso me molestó en alguna que otra ocasión, pero jamás enturbió mi alma, porque sé bien que soy un tipo raro que nada tiene que decir al mundo. Para convertirme en folletinista soy en parte demasiado torpe, en parte demasiado orgulloso y, en parte también, demasiado perezoso. La creación, para mí, es siempre goce, nunca trabajo. No obstante, de vez en cuando tengo que hacer cosas de ese tipo para ganarme la vida.

No sé si con esto tiene usted una imagen aproximada de mí, ¡uno se conoce tan poco! Por lo demás, ha de saber que no estoy acostumbrado a hablar de mí mismo, y mucho menos a tenerme como tema de conversación. ¡De modo que dese usted por satisfecho!

Olvidé decir que, en mi insociabilidad, hago siempre una excepción con los artistas plásticos (pintores y arquitectos). En sus talleres, donde huele a pintura y a trabajo creativo, donde cuelgan los planos o las carpetas con estudios,^[33] me siento siempre a gusto. Por el contrario, tengo cierta aversión por los literatos, los actores y los músicos. Los pintores hablan siempre de la naturaleza; los demás, únicamente de sus obras o de algún que otro colega al que envidian.

En fin, no sé qué más decirle por hoy. [Con esto,] pienso dejar a un lado ya mi autorretrato y hablarle en otra ocasión, preferiblemente, de temas más agradables, de excursiones a pie, de planes de futuro y otros asuntos.

Le saludo muy afectuosamente y le ruego no me niegue su oído y su respuesta en futuros momentos de charla,

HERMANN HESSE

4. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena, 2 de marzo de 1903

Estimado señor Hesse:

Créame que, a pesar de que entre su carta y la mía media todo un mes, he pensado muy a menudo en usted. He leído con mucho cariño su *Hermann Lauscher*^[34] y le agradezco de corazón este libro. Mientras leía el principio, pensé para mis adentros: «Qué contento estaría ahora si no tuvieras en las manos un librito tan delgado, sino uno mucho más grueso, si esto no fuera más que un fragmento: el primer capítulo de una novela. ¡Entonces sí que podríamos

felicitarlos realmente!» . Pero ¡quién sabe!: lo que aún no es, bien podría llegar a ser algún día.

Y opino que no debería mostrarse usted tan inconforme con su vida, si ésta le ha concedido escribir este libro. Si fuera yo quien quisiera reunir ahora, a toda prisa, mis vivencias infantiles, habría en ellas soles y nubosidades, pero jamás tendrían aquella luz pura y apacible que la embriagadora naturaleza le ha obsequiado a usted. El destino de una gran urbe puede tener el mismo carácter trágico, pero nunca la misma grandeza. Yo, aquí, también suelo apartarme de los caminos de la literatura. Creo —o por lo menos ésa fue mi impresión en Berlín— que en el extranjero se imaginan la literatura austríaca como una enorme mesa de café alrededor de la cual permanecemos sentados todos, día tras día. Ahora bien, yo, por ejemplo, no mantengo una relación estrecha ni con Schnitzler,^[35] ni con Bahr,^[36] ni con Hofmannsthal,^[37] ni con Altenberg;^[38] es más, a los tres primeros ni siquiera los conozco. Recorro mis caminos por el campo con algunos autores más silenciosos: Camill Hoffmann, Hans Müller,^[39] Franz Karl Ginzkey,^[40] un poeta franco-turco, el doctor Abdullah Djaddet Bey,^[41] y algunos pintores y músicos. Creo que, en el fondo, todos nosotros —y con « nosotros » me refiero a los que sentimos esta afinidad— vivimos de un modo parecido. Yo también he prodigado, y no poco, la vida, sólo me falta ese último desbordamiento: el de la embriaguez. En cierto modo, siempre permanezco sobrio, algo que Georg Busse-Palma, el más grande juerguista de nuestros días, jamás me pudo perdonar. Creo que ya no estará en mi mano aprenderlo, porque la capacidad para la profundidad en todas las cosas se me hace cada día más extraña: si los nuevos poemas no fueran para mí más valiosos que los de mi libro de poemas *Silberne Saiten*, un poco acusos y demasiado llanos, pensaría que me estoy volviendo trivial.

¡Y para colmo tengo que practicar la ciencia! Ahora trabajo como un clemente para acabar el año que viene, de una vez por todas, con lo del título de *Doctor philosophiæ*,^[42] y así poder arrojarlo a mis espaldas como si se tratase de unos molestos harapos. Esta es, tal vez, la única cosa que hago para complacer a mis padres, en contra de mi propio yo. Me siento totalmente aniquilado de tanto quemarme las cejas, algo que sólo interrumpo de vez en cuando para pasar alguna noche de locura, pero nunca para divertirme o liberarme; espero poder imponer en casa el consentimiento para ir, en Pascua, por diez días a Italia. He aprendido italiano y estoy ávido de ver los cuadros de Leonardo, que sé que me encantarán, a pesar de que hasta ahora los conozco sólo a través de reproducciones.

Una carta suya, apreciado señor Hesse, me proporcionará un gran contento, y cuanto más pronto, mejor. No tome a mal que este servidor, que le saluda

afectuosamente, haya dejado, a causa de su gris estado de ánimo, de darle las gracias anteriormente por sus líneas.

Suyo,

STEFAN ZWEIG

5. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Basilea, 6 de marzo de 1903

Muy estimado señor:

Muchas gracias por su amable carta. Puesto que entiendo bastante bien la esencia de su persona, puedo imaginarme, en parte, su actual situación.

¡Lo que más me alegró de su carta es saber que desea viajar a Italia en Pascua! Diez días es realmente muy poco tiempo, pero, a pesar de eso, podrá usted ganar algunas experiencias magníficas. Ahora bien, apenas encontrará allí algún cuadro de Leonardo, y en cuanto a Milán, donde se encuentra el *cenacolo*^[43] del pintor, le desaconsejo ir, ya que como ciudad deja mucho que desear. La ciudad que le queda menos apartada de Viena es Venecia, y para diez días ésa sería la visita más bella, y la que merecería más la pena. Florencia está algo más lejos, aunque en primavera es incomparablemente hermosa. Yo mismo espero poder ir en mayo por algunos días a Venecia.^[44] Le encarezco que no haga por Italia un viaje apresurado e impulsado por motivos indefectibles, sino que se dedique más bien a vagar, aun cuando haciéndolo conozca sólo una única ciudad.

¿Me permitiría molestarle con un ruego que es muy importante para mí? Su amigo Hoffmann debería obsequiarme su *Adagio*^[45] un libro que adoro (de ser posible, en edición encuadernada, pero ¡en cualquier caso, con dedicatoria!). ¡Por ello les estaría agradecido de todo corazón, tanto a él como a usted!

Piense que yo también he tenido esa capacidad para embriagarme, pero casi la he perdido del todo. En cambio, de un tiempo a esta parte, la vida apacible de la naturaleza se me ha vuelto cada vez más familiar; en ella puedo perderme completamente de vez en cuando. Por eso espero con impaciencia el comienzo de la primavera. Cuando comienza la temporada de calor y uno puede permanecer echado sobre la hierba el día entero, o medio día, siento que ha llegado mi época, y sacrificaría toda la literatura por una nube hermosa o el trino de un ave.

Si viajase usted al sur, ¡piense en mí cuando esté allí y cólmese de luz y de calor!

Pienso en usted con afecto y le saludo una vez más. La brevedad de mis cartas no se debe a una falta de simpatía, sino al mal estado de mis ojos, que desde hace meses vienen deparándome continuas preocupaciones y tormentos.

Muy afectuosamente, suyo,

H. HESSE

6. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Marienbad [sellado en correos el 16 de julio de 1903]

Querido señor Hesse:

De aquí viajo a la región de Bretaña.^[46] Desde allí le enviaré algunas líneas. Y durante el viaje de regreso, en septiembre, haré un pequeño desvío hasta Basilea para conocerle. Le deseo que el verano le depare una cosecha más madura de lo que hasta el momento ha sido para mí, pues me han retenido alguna enfermedad en la familia y los estudios.

Muy afectuosamente, suyo,

STEFAN ZWEIG

7. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena [sellado en correos el 7 de octubre de 1903]

Querido señor Hesse:

Acabo de ver que ha aparecido una novela suya en la *Neue D[eu]tsche R[un]dschau*,^[47] y me he alegrado como un niño con la noticia. ¡Le deseo mucha, muchísima suerte! Cuánto me hubiese gustado visitarle en Basilea, pero, por desgracia, eso no fue posible. Le ruego que le escriba a este servidor, que le felicita de la manera más sincera y cálida,

STEFAN ZWEIG

8. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Calw, 11 de octubre de 1903

Estimado amigo:

¡Qué curioso! Ayer estaba pensando en usted y había decidido enviarle muy pronto un saludo, y hoy llegó su amable tarjeta. ¡Muchas gracias! Sólo me temo que mi novela de la *Rundschau* (novela que luego saldrá en forma de libro) matizará, posteriormente, su alegría inicial: es lo suficientemente torpe y burda como para ello.

Fue una suerte que no pudiera visitarme en Basilea. Me marché de allí y, desde hace muy poco, me he instalado de nuevo en mi antiguo terruño de la Selva Negra,^[48] donde pienso quedarme por lo menos durante todo el invierno. Mi antigua habitación, pequeña aunque muy cómoda, desde cuyas ventanas tengo una vista panorámica de los lugares por donde paseaba cuando era niño, y está acondicionada, con un aspecto de aplicación y erudición, con su escritorio y los muchos libros y un intenso olor a tabaco. De la pared cuelgan mi caña de pescar, el retrato de mi madre y el de mi novia,^[49] que se quedó en Basilea; hay también un par de pipas y un mapa de Italia ante el cual me detengo a veces, ensimismado. ¡Cuán distante está ahora todo eso!

He encontrado aquí lo que buscaba: absoluta quietud y soledad. No hay en este lugar nadie que lea libros ni que escriba versos, que beba té, fume cigarrillos y sepa de todo; nadie que haya estado ni en Italia ni en París y nadie que hable varios idiomas: eso me resulta agradable.

Este invierno espero poder trabajar con denuedo en alguna novela o en algo semejante.^[50] Ahora estoy ocupado principalmente con los preparativos para el frío invernal, lo que quiere decir que no hay día que no acarree a casa dos pequeños sacos llenos de piñas de abeto,^[51] con las cuales caldearé luego la vivienda. Ya tengo llena una caja enorme, pero necesito muchas más. Mientras recojo las piñas, veo y experimento en el bosque una gran cantidad de cosas bellas; anteaer, por ejemplo, estuve espionando a una legión de perdices; hoy a una liebre, etcétera. Esto es, con mucho, más interesante y divertido que la vida en la ciudad.

Sólo que ahora, por desgracia, estoy separado de mi novia y necesito pagar mucho en franqueo. Espero casarme este invierno, pero el padre^[52] ha dicho rudamente que no, y no había dinero, por eso ahora debo trabajar y ganar algo,

pues en cuanto tenga lo necesario en la saca ya nadie le preguntará nada a ese testarudo.

En primavera, cuando todas esas preocupaciones estaban todavía lejos, en el horizonte, pasé un mes en Italia; [53] en Venecia bebí otra vez grandes cantidades de ese vino chipriota barato y dulzón; también capturé algunos cangrejos, oí algo de Händel y visité cierto número de palacetes antiguos que no conocía. Ahora todo eso me parece un sueño.

La literatura sigue proporcionándome pocas alegrías. Recientemente recibí una nueva reseña, hermosa, por cierto, sobre mis poemas, pero no hay nadie que los compre, y si tampoco funciona la última novela, ya todo me resultará demasiado estúpido, y entonces me veré en la situación de tener que intentar algo diferente.

Me haría usted un favor si le hiciese llegar al señor Ginzkey la carta que aquí le adjunto; saludelo de mi parte, si es tan amable.

¿No ha escrito usted nada? ¿Y Camill Hoffmann? Si tanto usted como él tienen algo nuevo, les ruego me lo envíen. Reciba mis saludos cordiales; espero escuchar más buenas noticias de su parte. Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

9. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[Viena, primero de noviembre de 1903]

Querido Hermann Hesse:

Le escribo inmerso en un estado de profunda alegría. No tengo necesidad de hacer cumplidos, pero qué maravillosos y bellos, qué sublimes son los tres primeros capítulos de su libro, que he leído con el corazón conmovido, con añoranza, pero sin envidias. Son algo tan alemán, tan auténtico y bueno; me alegra desde ahora el sonoro toque de clarín, al que deseo anticiparme y que con toda probabilidad acompañará la publicación de la novela, porque, aun si llegase a darse el caso de que el desarrollo y el final se viesen algo disminuidos, esa obra, tan sólo por su comienzo, no debería fracasar.

Es usted, muy querido señor Hesse, excesivamente modesto y recatado. ¿O acaso debería decir que es usted demasiado exigente? Ha escrito treinta poemas magistrales que fueron muy aplaudidos, y aunque eso no es suficiente —y así lo he enfatizado también públicamente, hace poco, en el *Magazin für Literatur*—, [54] ¿no está satisfecho usted de haberlos creado? ¿No significa nada para usted

que alguien le diga —y yo me cuento entre quienes le harían saber esto— que Hermann Hesse es hoy uno de los primeros en Alemania, un joven y gran escritor, más poeta que Holz,^[55] que Bierbaum,^[56] que Schaukal,^[57] que Otto Ernst,^[58] más que todos los que en la actualidad son ensalzados en el país con estruendosos tañidos de campana? ¿Acaso no es un éxito que Fischer acepte una novela suya? ¡Ya quisiera yo haber llegado tan lejos! ¿Quiere usted éxitos materiales? Tampoco faltarán, puesto que sus libros ganan amistades; el donativo que usted nos ha proporcionado con sus obras ya ha dado sus réditos: ha vendido tan sólo cuatro ejemplares, pero ha recibido ocho o veinte veces esa cifra en términos de admiración y respeto. Tengo algunos amigos que conocen sus versos de memoria —no son pocos los que yo mismo sé—, y los recitan siempre que se habla de obras de calidad. Creo que está demasiado aislado en la Selva Negra como para ser consciente de ello. Quédese allí, sin embargo, y escribanos otro libro; no necesito decir que ese libro será bueno.

¿Qué puedo contarle acerca de mí, de este pobre diablo que enferma a causa de la vanidad de sus padres, que quieren verlo llevando un birrete de doctor? En la Bretaña, en esa amada y apacible isla en la que me refugié para trabajar, creé un relato delicado y artístico^[59] que vendrá a completar mi volumen de novelas cortas. Desde entonces sólo traduzco de vez en cuando algún poema de Emile Verhaeren, el gran poeta franco-belga. Eso se convertirá en un nuevo libro.^[60] Pero no tengo ningún deseo de sostener en las manos ni de ponerme a hojear unos folios de papel repletos de mis extravagancias; quisiera estar de nuevo en la Île de Bréhat,^[61] en mi esbelto velero de color marrón, conduciéndolo hacia el mundo, hacia esos sitios que no conozco ni sospecho que existen. O hallarme en París, junto a esas hermosas mujeres que me mimaron tanto, hasta el punto de que ahora ando aquí, con paso desganado, de una aventura en otra, descontento y aburrido sin confesármelo. Paso cada vez más tiempo soñando. La creación se convierte en un tormento frente a ese puro goce de la antigua India, de no agrupar las imágenes de forma creativa, sino dejarlas deambular al azar, sin lógica, avanzando las unas hacia las otras, como en el sueño. En seis meses he conseguido hacer uno o dos poemas: alguien que normalmente era capaz de escribir muchísimo en seis días. Pero no pretendo quejarme: tal vez estos caminos tengan también una meta. No quiero ser altanero.

Cuénteme usted, querido señor Hesse, de su vida allí arriba en la Selva Negra. Y no se tome tan al pie de la letra lo de las cartas: en medio del silencio se escribe con mayor facilidad, y un urbanita adopta una postura patriarcal cuando se extiende demasiado. Pero no por eso me siento menos a gusto ante usted.

Me agradecería tener un retrato suyo; le correspondería con un donativo igual. Reciba un cordial saludo de su amigo

¿Ha escrito el *Berliner Tageblatt* alguna vez sobre sus poemas? De no ser así, podría intentarlo con ellos.

10. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Cabw; 2 de noviembre de 1903

Querido señor Zweig:

Le respondo muy brevemente porque estoy dando un paseo en este momento. No he hecho nada en los últimos dos días, después de haber terminado un breve trabajo.^[62] El domingo pasado transcurrió de un modo monacal y devoto: me dediqué a pintar con acuarela las letras capitulares de un hermoso libro antiguo. Hoy he serrado en el jardín dos viejas ramas del ciruelo, y algunos trozos de ellas crepitan ahora en mi estufa. Por lo demás, no hago más que fumar en pipa y leer las cartas que mi amor me escribe desde Basilea.

Lo que más me gusta de *Peter Camenzind* es el final. Usted me escribe de un modo tan halagüeño sobre el libro que pudiera relamerme todos los dedos, pero la continuación y el final le enfriarán los ánimos.

El *Berliner Tageblatt*, hasta donde sé, no ha reseñado mis poemas. Pero no se esfuerce por mi causa, ¡no estoy tan insatisfecho como usted cree!

¿Acaso ha pretendido usted hacerme la boca agua con su velero francés y sus mujeres parisinas? Pero, en fin, a cambio de eso tiene usted que terminar su doctorado, una ceremonia que siempre me parece un poco monstruosa y ridícula.

Quisiera poder responder a sus bondadosas y afectuosas palabras de un modo similar. Pero frente a esos tonos de elogio, por mucho que me guste escucharlos, mi pelaje áspero se eriza de un modo instintivo. Ya sabe usted que no sólo soy receptivo a la comprensión y la amistad, sino que también me siento agradecido en lo más profundo de mi ser. Por cierto, yo mismo consideraba mis *Gedichte* un libro maravilloso hasta hace un año, pero ya no me gusta tanto, salvo por tres o cuatro poemas que tengo por mis favoritos. También el bueno de *Camenzind* empieza a mostrarme *a posteriori*, burlonamente, sus malignos perjuicios. Mientras uno escribe, se siente como un pequeño dios, pero al final ve que lo que ha hecho no pasa de ser un trabajo de escolar, nada más. Uno jamás está satisfecho. ¡Cuántas veces no he pensado en las magníficas imágenes que crearía

si, en lugar de poeta, fuera pintor! Sin embargo, no soy capaz de dibujar ni pintar un solo trazo.

No puedo enviarle mi retrato porque no recibiré nuevas copias hasta después de Año Nuevo. Llegado ese momento, tendrá que recordármelo otra vez. Por cierto, mi aspecto en él es peor que en persona.

A la editorial Fischer le debo mi librito *Hermann Lauscher*.^[63] Este cayó en manos del editor, quien, posteriormente, me contactó. De modo que, por lo menos, él mismo tendrá la culpa si se lleva un chasco conmigo.

Por ahora tiene usted que contentarse con esto: últimamente estoy demasiado perezoso y cansado como para escribir mejor. ¡Mi amistad y mi gratitud quedan garantizadas todo el tiempo!

Suyo,

H. HESSE

11. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena [hacia diciembre de 1903]

Querido señor Hesse:

¿Cuántas cosas buenas no podría desearle con motivo de la Navidad? Es cierto que, en cuestiones literarias, tenemos criterios bastante parecidos sobre el valor y la estima de los acontecimientos, pero, debido a esos centenares de kilómetros de distancia que hay entre nosotros, no sé lo que le agradaría personalmente; de todos modos, le deseo para estas fiestas que pueda pasarlas con alegría en su ciudad natal.

Entre las decenas de miles de deseos que tengo yo mismo, está el de poder leer este año muchas hermosas cosas suyas. He terminado ahora de leer la novela en el *Neue D[eutische] R[undschau]*, y no me decepcionó, más bien le felicito por esa obra de arte madura y tan genuinamente alemana. Creo que nadie podrá evitar la impresión de que ha estado usted hurgando con ambas manos muy en lo profundo de sí mismo. Y eso ya es muchísimo. Yo, personalmente, sólo afloro en mis relatos de una manera tímida, en mis dos grandes novelas cortas oculté mi persona tras los personajes de dos muchachas,^[64] de modo que yo soy el único que sabe en realidad lo que se revela en la narración y lo que queda oculto en lo más íntimo. Este volumen de novelas cortas ha sido, por cierto, un parto doloroso: no ha salido del púlpito. En alguna ocasión fue un paquete listo para ser enviado a la editorial S. Fischer, pero en el último

momento rompí los cordeles y lo puse de nuevo sobre el escritorio. Una de esas novelas cortas^[65] fue aceptada por la *Neue Freie Presse* y espera desde hace un año y medio para ser publicada. Sin embargo, el conjunto, en general, no está pensado para el público. También he terminado una traducción de un poema de Verhaeren; pero no sueño con los laureles de la gloria, sino con un negro birrete de doctor que me amedrenta. Por lo demás, vivo de un modo bastante inteligente, disfruto de la temporada de óperas y conciertos de Viena, que es única y magnífica; me la paso muy bien con mis amigos, que crecen y cosechan éxitos. Ahora que sé que debo marcharme dentro de seis meses,^[66] nuevamente empieza a gustarme mucho mi vieja y querida ciudad, con su gente amable y su tranquilo y noble estilo de vida; ya comienza a dolerme el tener que dejar a personas tan entrañables como Camill Hoffmann, Franz Karl Ginzkey, Hans Müller, así como a otros a los que me siento muy unido. Pero ¿acaso estos pequeños sentimentalismos no son ya heraldos del filisteísmo venidero? Tampoco me agrada el hecho de no escribir más versos, y es que me desanima la parálisis de ese viejo y a veces tan fuerte y molesto afán. ¿Será, quizá, debido a la sombra del birrete de doctor por lo que las rosas ya no quieren florecer?

¡Un breve recordatorio! Usted quería enviarme su retrato para Año Nuevo: yo todavía no he encontrado los míos, pero no tardaré en devolverle la atención. Por hoy, sólo me resta transmitirle mis mejores deseos, el sentimiento de amistad, y que éstos le lleguen bajo el árbol navideño de la Selva Negra, con el ponche de Nochevieja en la mano. Su devoto servidor,

STEFAN ZWEIG

12. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Calw, 4 de enero de 1904

Querido señor Zweig:

¡Muchas gracias por sus amables deseos! El ponche de Nochevieja que usted me suponía bebiendo se ha transformado para mí en candentes reveses: yazgo en estos días con grandes dolores y una grave inflamación de los sacos lagrimales, con supuraciones en el ojo izquierdo. ¡Como no soy ningún héroe a la hora de soportar el dolor, dejo escapar muchos suspiros e impropiedades en estos días de enero! Todavía no he sanado completamente y sólo puedo escribir con mucho esfuerzo, pero, de todos modos, quisiera por lo menos corresponder a sus buenos deseos para el Año Nuevo y decirle que aún estoy vivo. En cuanto al retrato,

envié el encargo a Basilea, ¡pronto lo recibirá desde allí!^[67]

Comprendo en parte su estado de ánimo afligido. Sin embargo, ¡el hecho de ya no ser capaz de escribir poemas no debe preocuparle en absoluto! ¡En los últimos diez meses no he escrito ni siquiera seis poemas! La vena lírica nos llegará de nuevo, tanto a usted como a mí, para alegría nuestra y espanto de los editores.^[68]

Sus elogios de la temporada de conciertos vienesa me suenan como algo de fábula. Con la excepción de una sola vez, en los últimos tres años no he estado en ningún concierto: en Basilea me resultaban demasiado caros, y aquí no los hay. Sin embargo, a decir verdad, tampoco puedo decir que los eche de menos. Es cierto que estoy ávido de música, pero he sido tan mal educado y soy tan fantasioso, que prefiero escuchar el trino de las aves, el agua y el viento, e imaginarme que son música, hallarles un ritmo y tararear algunas melodías ingenuas, sin estilo, acordes con mi necesidad.

En este tiempo que llevo escribiendo ya me duele de nuevo la cabeza, por eso debo dar por finalizada esta carta. Conténtese con estos fragmentos y tenga la garantía de mi complicidad amistosa en relación con todo aquello que le sea cercano. En cualquier caso, habrá de enviarme, en su momento, su tesis doctoral, salvo que su tema esté demasiado fuera de mis horizontes.

A usted y a sus amigos, los afectuosos saludos de un servidor,

H. HESSE

13. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[Probablemente el 17 de enero de 1904]

Querido señor Hesse:

Sólo quiero agradecerle, con toda prisa, su hermoso e impresionante retrato, que he recibido desde una dirección desconocida de Suiza. Encaja muy bien con la imagen interior que sus libros han avivado en mí; tal vez me lo había imaginado con unas líneas más suaves, pero, por otro lado, esa angulosidad constituye cierta garantía de una voluntad consciente de sus metas y casi obstinada. Lavater sabría descubrir muchas más cosas en su fisonomía.^[69] yo podría, a lo sumo, añadir algunas bellas palabras más sobre ella, pero eso ahora no es necesario. El señor Ginzkey me contó que su *Camenzind* ya viste el atuendo de libro. Espero que me haga llegar usted ese hermoso libro personalmente o a

través del editor: en medio de mi actual vorágine de trabajo, quisiera dedicarle algunas palabras introductorias.^[70] En cualquier caso, ¡enhorabuena por su viaje a través del país de las tiradas innumerables!

¡Mi retrato de reciprocidad le llegará pronto! ¡Por hoy, sólo le envío a su solitario rincón de la Selva Negra muchos saludos y mis mejores deseos!

Suyo,

STEFAN ZWEIG

14. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Cabw 9 de febrero de 1904

Querido señor Zweig:

¡No se enfade conmigo porque lleve tanto tiempo sin responderle! No he estado muy bien, tuve algunos pequeños asuntos que resolver y mañana parto hacia la Jura de Suabia y [hacia] Tubinga para una breve recuperación. ¡Es por eso que hoy sólo me alcanza el tiempo para un apresurado saludo!

Ni yo mismo sé si *Camenzind* apareció ya oficialmente. Pero en cuanto lo haga, usted recibirá un ejemplar del editor, que desde hace mucho tiempo tiene su dirección. Ojalá que el libro no se malogre y me proporcione por lo menos un poco de éxito crediticio.

Este infame invierno, que no es tal, está sacándome de mis casillas. Tuvimos nieve por muy poco tiempo, y lo disfruté muchísimo: estuve medios días enteros paseando en el trineo de montaña. Pero desde entonces la nieve se funde, y llueve, el aire está templado y húmedo, siempre con vientos secos y cálidos del sur, sin carácter. Que el diablo se lleve esas raras ocasiones en las que los veranos son fríos y los inviernos cálidos: son algo que lastima mi alma, porque adoro el calor y el frío intensos, los colores brillantes y la luz clara.

Mañana pretendo salir de paseo por el periodo de un par de días, a menos que vuelva a llover con tanta furia. En primavera espero poder viajar a Múnich por una semana, más o menos.^[71]

En lo que se refiere al trabajo, desde Año Nuevo he hecho en realidad muy poco, pero pronto empezaré otra vez. Fui muy aplicado durante todo el otoño, algo desacostumbrado en mí, ya que no estoy muy apto para el trabajo demasiado fatigoso. Pero cuando es preciso hacerlo, todo funciona. Hace un año no hubiese creído que conseguiría mostrar un empeño tan respetable.

¿Y usted? Le deseo que su trabajo continúe prosperando y que pronto pueda

usted torcerle el cuello, para que le sea posible realizar una actividad más libre y agradable. Sería una pena que se convirtiera en un erudito.

Con muchos saludos, su servidor,

H. HESSE

15. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Freudenstadt, Selva Negra,

[hacia febrero o marzo de 1904]

Querido señor Zweig:

No es ninguna negligencia de mi parte que no haya recibido usted antes el *Peter*. El editor consideró mejor posponer la edición hasta ahora. En caso de que escriba usted algo sobre la novela —a lo que no quisiera apremiarle en ningún modo—, le estaría agradecido si, además de al editor, me enviase una copia también a mí. La dirección sigue siendo la de Calw.

¡Muchos saludos!

H. HESSE

16. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena,

5 de abril de 1904

Muy apreciado y querido señor Hesse:

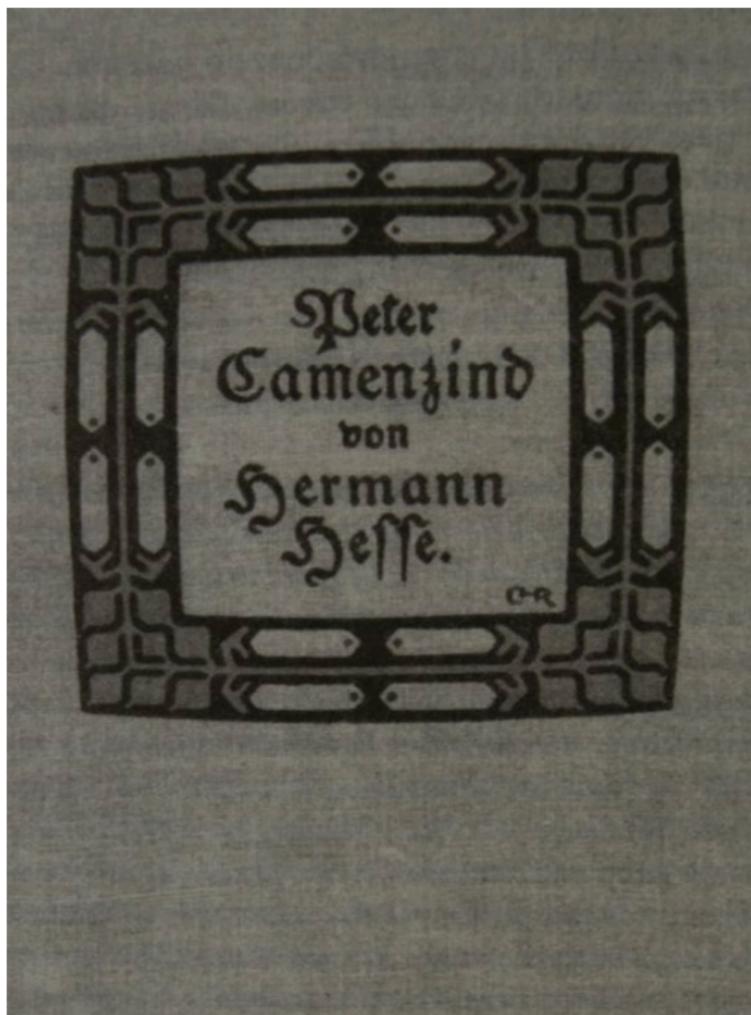
Aquí le envío algunas palabras sobre su libro.^[72] Mi examen^[73] me impidió extenderme todo lo que hubiese deseado. Considere estas palabras únicamente como una señal de sentimiento afectuoso y de viva complicidad; por el momento no puedo escribir más, y paso la palabra a nuestro querido Franz K. Ginzkey. Con saludos cordiales, suyo,

STEFAN ZWEIG

Querido señor Hesse:

Sobre su libro he « perpetrado », no hace mucho, una reseña, un monstruo de ocho folios, y ahora debemos esperar para ver dónde se publica.^[74] Le saluda muy afectuosamente, su devoto

F. K. GINZKEY



Primera edición de la primera novela de Hesse, *Peter Camenzind*, publicada en 1904 por S. Fischer.
Diseño de Franz Christophe.

UNA NOVELA DE HERMANN HESSE
Stefan Zweig

Es un libro hermoso y apacible este que quiero comentar. De muchos modos podría describirse su estilo suave, afable y fielmente alemán; podría decirse que es como una nube blanca que recorre suavemente su piadoso camino, como el tañido de una campana al atardecer o como una honesta plegaria. Hay muchas cosas dulces y misteriosas en la vida que nos asaltan de la misma forma. Pero estas comparaciones sólo intentarían enunciar algo inconcebible, algo demasiado único o conmovedor que flota entre el cielo y la tierra, perteneciendo a ambos y a ninguno a la vez. Esta hermosa obra es ingenua en el sentido más sonoro, pero es, al mismo tiempo, tan sensible de oído y sabia, tan dura y suave a la vez. Un destino se alza aquí con fuerza y vuelve a decaer sin poder abarcar la vida a lo grande, la vida brutal y multicolor; sin embargo, ese destino está colmado de toda la fuerza telúrica, embebida de su aroma más profundo. Hacia mucho tiempo que no teníamos un libro que hablase tan poco de acontecimientos y [haya] aprendido tan infinitamente de la vida.

Y ese libro se titula Peter Camenzind (Berlín, S. Fischer, 1904) y es de Hermann Hesse. Los más exquisitos adoran su estilo y una obrita aparecida bajo seudónimo, Hermann Lauscher, y lo hacen de un modo tan íntimo y callado, como sólo se valoran las obras de arte más selectas. Ya sabían desde hace mucho que él es, en Alemania, uno de nuestros mejores escritores. Ahora, Hesse pasa a ser conocido de muchos, y les entrega la historia de un chico campesino, un mozo duro y musculoso pero que lleva sobre los hombros la mediatunda cabeza de soñador del propio Hermann Hesse. Y he ahí su carácter trágico: alguien como él no consigue orientarse en la vida. No en lo externo, pero sí, quizás, en su interior. En lo externo hay demasiadas líneas torcidas entre él y los hombres: timidez, mala suerte, tosquedad, desasosiego, acritud, y todo eso le impide acercarse a los resbaladizos y dóciles burgueses cosmopolitas. En su interior, sin embargo, este joven abarca maravillosamente la vida: con su paso lento y sus suaves cavilaciones, concluye allí donde Spinoza, con esfuerzo more geométrico, había marcado, con trazo firme de compás, su sabiduría, en el más puro y bondadoso amor universal y en el suave fervor de los grandes amantes. Una auténtica ventisca de pureza corre sobre este último capítulo en las montañas, donde todo se aclara y reconcilia.

En este libro también se habla del amor. Cuando ese amor, sin embargo, se dirige a las mujeres, el final es siempre tragicómico y elegíaco. Pero cuando se dirige a los desdichados, se vuelve maravillosamente puro y piadoso; y cuando abarca la naturaleza, su rumor es como un coral en el que coinciden fraternalmente todas las voces de la vida. Este amor del universo es para mí lo más entrañable e imperecedero en esta obra de Hermann Hesse. Desde el punto de vista técnico, sin embargo, su novela no es siempre perfecta: Hesse narra la historia no como la vida misma, sino como un sueño que repite un destino y da

realce a lo amado al tiempo que olvida lo negativo; un sueño que se aleja deprisa, con pie ligero, de los años malos, para olvidarse más dulcemente en la contemplación de las imágenes familiares. La maestría artística de Hermann Hesse es por eso indiscutible; su estilo es claro, pulido y, al mismo tiempo, carece de todo brillo artístico. En ocasiones uno recuerda la Biblia. A menudo se piensa también en Gottfried Keller, del que tanto ha aprendido el autor: la alegría de lo apacible, el placer en las ondulaciones y lo divertido, y, por último, el gran arte de la sonrisa melancólica, más dulce que cualquier pasión. Para el alemán del norte, puede que tenga unas líneas excesivamente suaves y sea demasiado poco «eficiente» para sus ideales, demasiado soñador: pero eso sólo puede hacérselo más amable. Para mí, personalmente, Hesse ha escrito la novela alemana más amable desde la aparición de Ludolf Ursleu, la obra de Ricarda Huch.

Por eso he escrito estas palabras desde una satisfacción afectuosa y espontánea; por eso, también, he revelado en esa satisfacción muy poco sobre el libro. Pero lo prefiero así. Sólo quería pronunciar dos palabras: Hermann Hesse. Todavía son palabras mudas y vacías, y en un par de días las habrán olvidado nuevamente. Pero lean su libro, y entonces esas palabras refulgirán bajo una luz tan suave que ya no podrán olvidarlas.

De Die Freistatt,
Múnich, 2 de abril de 1904

17 HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Hacia el 20 de abril de 1904]

Querido señor Zweig:

¡Muchísimas gracias por sus amables líneas y por la elegante reseña! Hoy sólo puedo agradecerle y saludarle a toda prisa. Acabo de regresar de Múnich, donde estuve catorce días, y tengo aquí muchísima correspondencia y cosas por escribir.

Múnich fue divertido e interesante. Además de ver a mi amigo pintor, conocí también a algunos poetas, como, por ejemplo, a Ricarda Huch,^[75] al barón Bernus,^[76] etcétera, pero en realidad estoy contento de haber escapado al pavimento de la gran ciudad. ¡Si viera usted a Ginzkey, transmitale los más afectuosos saludos de mi parte! Le escribiré tan pronto encuentre un momento de ocio.

Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

18. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[23 de mayo de 1904]

Muy querido señor Hesse:

Muchas gracias por su amable librito,^[77] que he recibido y leído con alegría. Mi *Verlaine* —por desgracia todavía no tengo ni una sola noticia de él— lo recibirá usted seguramente como todos mis demás libros; y este año serán dos.^[78] Cuánto me alegra por su *Camenzind*; por todas partes afloran los merecidos elogios, por todas partes ese consuelo íntimo que usted se ha ganado. Menos valiosos me parecieron sus versos publicados en la *Neue Rundschau*.^[79] no me parecieron tan maravillosamente puros como sus primeros poemas italianos. Ya ve que soy muy sincero, pero en realidad lo soy únicamente con aquellos que estimo y aprecio tanto, como es el caso del poeta autor de *Peter Camenzind*. Cuénteles en alguna ocasión acerca de sus planes, de sus éxitos y de esas cosas terrenales a este amigo que le saluda afectuosamente y desde la más absoluta prisa,

STEFAN ZWEIG

19. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Hacia finales de mayo de 1904]

Muy querido señor Zweig:

Muchísimas gracias por la tarjeta^[80] y la carta; en estos momentos, como me quiero casar en verano,^[81] estoy en plena vorágine, y sólo puedo escribirle rápidamente. De aquellos versos ital[ianos] publicados en la *N[eue] Rundschau*, sólo aprecio todavía el que se titula «Chioggia»,^[82] los demás son precisamente

eso: un diario.

Dígame una cosa, ¿existe una edición de Baudelaire realizada por usted?^[83] ¡Me encantaría tenerla! ¿Y cuándo llegará el Verhaeren? Por desgracia, no soy crítico y no se me dan muy bien las reseñas, pero entre mis amigos suelo hacer lo que puedo por los libros que me gustan. Todavía no estoy en condiciones de comprar casi nada (los «libros que son un éxito» parecen más rentables de lo que son en realidad), y todavía no sé con exactitud de qué voy a vivir teniendo una esposa. Pero es también muy agradable y divertido, todo saldrá bien y la mera perspectiva me causa satisfacción.

Muchas gracias, y reciba los más afectuosos saludos de su amigo

H. HESSE

20. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Calw, 15 de junio de 1904

Muy querido señor Zweig:

Ayer llegó su libro^[84] y me sentí encantado, en primer lugar, de poder palparlo y contemplarlo en una magnífica y agradable *édition de luxe*. El papel, la portada y el diseño, el formato, el busto,^[85] la impresión: todo es magnífico y refinado, y su cariñosa dedicatoria ha incrementado considerablemente la alegría por poseer este espléndido libro. Pasé el día de hoy enfrascado en la lectura. A Verhaeren, por supuesto, sólo lo conocía de nombre, de modo que he podido disfrutar con este libro el placer pleno de la primera vez.

Así que muchas gracias, querido amigo, por este obsequio realmente noble. Aunque mi dicción no es buena, lo leí entero en voz alta, y a menudo quedé profundamente asombrado y feliz al ver la fuerza y la plenitud del efecto. La mayor impresión me la causaron «Regen» [Lluvia] y «Novemberwind» [Viento de noviembre]. ¡Los ha traducido usted de una manera inefablemente bella y poderosa! Luego, aunque no con la misma perfección en su pureza y su atmósfera, me gustaron las elegantes y tristes «Klagende Lieder» [Canciones de queja]. Y después resaltaría una gran cantidad de detalles, pasajes como, por ejemplo, los de la página 45:

Y a lo lejos refulge, púrpura y enorme,
con millones de ojos, la mar espumosa...

¡Eso es inmensamente bello!

¡Luego me gustó « Zum Meere hin!» [¡Hacia el mar!]

Su delicioso libro significó para mí más, muchísimo más de lo que significan los míos propios, y disfrutando de sus maravillosas « versiones poéticas» gocé todo el tiempo, de un modo silencioso e íntimo, del hecho de ser su amigo. ¡Por eso le doy las gracias con especial satisfacción y afecto!

Muy pronto se desatará aquí un enorme caos: en unas seis o siete semanas quiero casarme, y ya me rodea todo un enjambre de preocupaciones y planes.

Pero en cuanto vuelvan a reinar la paz y el sosiego, leeré en voz alta mi tesoro de Verhaeren y le escribiré otra vez. Por favor, salude también a Ginzkey muy afectuosamente de mi parte.

Su siempre leal, agradecido y devoto

H. HESSE

21. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Hacia finales de junio de 1904]

Querido señor Zweig:

¿No ha escrito usted nada sobre Verhaeren que pueda enviarme y prestarme por un breve periodo de tiempo?^[86] En cualquier otro caso, tal vez podría hacerme llegar rápidamente en una tarjeta (con el propósito de escribir un breve comentario sobre sus traducciones) algunas notas sobre cuándo nació V[erhaeren], desde cuándo es conocido para el público, lo que ha publicado, etcétera. En el fondo, no tiene mucha importancia, pero tiene que haber un poco de orden, ¡y la gente siempre quiere conocer « datos»! Se lo agradezco de antemano y le saludo cordialmente. Su servidor,

H. HESSE



Primera edición de la selección de poemas de Émile Verhaeren en versión de Stefan Zweig.
Diseño de Théo van Rysseberghe.

« POEMAS ESCOGIDOS» DE ÉMILE VERHAEREN
EN VERSIÓN DE STEFAN ZWEIG

La editorial ha dotado este libro de una gran belleza y elegancia, tan agradables y serios son el formato, el papel, la tipografía y las ilustraciones, que es una pena que estos versos aparezcan en una tirada tan pequeña y a un precio tan elevado, lo que significa que han sido editados únicamente para el reducido círculo de los exquisitos. En lugar de quinientos ejemplares, debieron editarse dos mil, y ser más baratos, de manera que cualquiera pueda comprarlos y regalárselos a sus amigos. Pero eso, quizá, podamos verlo todavía.

Hace algún tiempo, Stefan Zweig publicó en esta misma revista (Das literarische Echo VI, p. 972 y ss.) un estudio sobre el poeta flamenco Émile Verhaeren, en cuyo final el autor prometía ya la pronta aparición de sus versiones de los poemas de Verhaeren. Ahora éstas han aparecido con el título mencionado arriba, y se trata de una publicación loable y refinada. Quien todavía no conozca a este poeta de Flandes, podrá hacerlo de un modo acertado a través de una selección deliciosamente concebida, de una organicidad elegante, la cual abarca desde sus primeras pinturas, fríamente naturalistas, hasta la altura de su arte más poderoso y conmovedor. Las muestras escogidas son, sin excepción, piezas maestras.

Sobre Verhaeren, el más grande de todos los poetas contemporáneos que escriben en francés, el pensador apasionado y artista poderoso, Zweig dijo en aquel ensayo todo lo esencial. A mí sólo me resta hablar de estas «versiones», es decir, celebrarlas con gratitud y contento. Porque son magistrales, poseen una gran delicadeza de matices y de tono y, al mismo tiempo, tienen una elegancia y una flexibilidad de ritmo que uno encuentra en contadísimas ocasiones en las traducciones de versos. En particular, el magnífico poema «Der Regen» [La lluvia] y la colorida fantasía de «Fernab» [Lejos], desconcertante debido a la intensa claridad de sus visiones, han sido traducidos con fuerza descomunal y gran creatividad. Sin embargo, sería injusto elogiar en especial algunos poemas individuales, ya que todos ellos, en lugar de haber sido simplemente traducidos, han sido recreados y transformados en un valioso patrimonio de la poesía en lengua alemana, todo gracias a la delicadísima interpretación que de sus bellezas originales ha hecho un muy talentoso poeta. Sólo nos queda desear que Stefan Zweig pronto nos entregue una nueva selección y que ésa, unida a esta primera ahora publicada, sea asequible para un mayor círculo de lectores.

22. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[Hacia julio de 1904]

Querido señor Hesse:

¡Contento como una bandera al viento, le hago llegar mis felicitaciones! ¡Mucha suerte tanto en el arte como en la vida! Ya con la tercera reimpresión de *Camenzind* había tenido una enorme alegría, pero ahora usted me proporciona una segunda con su tarjeta.^[87] Ahora sólo querría que su eventual viaje de bodas^[88] le conduzca a Italia a través de Viena.

También Camill Hoffmann, mi querido amigo, ha tomado la decisión de casarse, para gran contento nuestro, porque por muchos amigos que uno pierda con ello —se quiera o no, pasa uno a la segunda fila, o incluso al último encuentro—, entra a formar parte de los triarios,^[89] los veteranos pero fiables.

Si su joven dicha, que deseo no envejezca nunca, le diera alguna vez tiempo para escribir una carta sobre su vida y su obra, piense usted en mí y tenga la certeza de que con ello me proporcionará una gran alegría. Transmita mis respetos a su esposa y reciba usted mismo un saludo afectuoso de su amigo sincero y devoto,

STEFAN ZWEIG

Cuando hayan pasado los dolores de los exámenes, le escribiré con más detalle desde algún escondite veraniego. Ahora me lo prohíbe esa diosa que ignoro desde hace tanto tiempo: la obligación.

23. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[Hacia finales de julio de 1904]

Querido señor Hesse:

Preste atención a mi firma. Será la primera vez —y para usted, la última— que firmo una carta, con alegría y orgullo, como Dr. Stefan Zweig. No porque quiera darme ínfulas con esas dos letras; es tan sólo un suspiro después de tanto estudio monótono. Ahora empiezo de nuevo a holgazanear con un goce del que he prescindido durante mucho tiempo, y me dedicaré a hacerlo sin reprocharme

nada a mí mismo, sin miedos. El trabajo ya se presentará en cuanto los viajes me dejen tiempo. Por estos días voy a visitar a mis padres en Marienbad. Estaré allí unos ocho días, vagando por esos bosques de Bohemia cuyos abetos, con su rumor, siempre parecen decirme cosas particularmente hermosas, cosas más profundas que la normal cháchara de hojas de los bosques anchurosos. Luego viajaré, bien a Bélgica, país del que me atrae la apacible y callada ciudad de Brujas, la cual me resulta más entrañable que Venecia o que cualquier otra ciudad italiana que conozca; o bien me iré al Tirolo, o a Suiza, en busca de la paz de un lugar solitario. Mis planes literarios los dejaré esta vez reposando en casa: sólo quiero trabajar un poco en mi ensayo sobre Verlaine,^[90] si es que se presentan las ganas y el ambiente. Y usted, querido señor Hesse, aunque no sea ninguna pequeña muchachita, o precisamente por no serlo, recibirá concienzudamente algunas tarjetas postales. Soy tan poco moderno como para considerar hermoso eso de mostrarle a otros el lugar donde uno está.

Me alegra ver que el interés por su magnífico *Camenzind* sigue creciendo; hace poco deduje otra vez por una carta que Hugo Salus^[91] es un entusiasta aficionado a su rapaz suizo. Ojalá que haya nuevas reimpressiones y una buena descendencia.

¿Es usted ya un esposo, querido señor Hesse? Si la Selva Negra no estuviese *tan* distante de mi itinerario, me gustaría pasar por allí para estrecharle la mano. Si hacia finales de este tiempo venidero estuviera usted por Múnich, haría con sumo gusto un desvío de mi ruta. Tengo la sensación de que podría pasar con usted, charlando, un par de magníficas noches de verano. A falta de eso, echo mano de vez en cuando a su *Camenzind* y hago que el libro me cuente algo del personaje. Y espero que la charla no sea menos divertida e inteligente con su *Hans Amstein*.^[92]

Salude a su señora esposa de mi parte y de todo corazón. Quién sabe cuánto de lo que los demás amamos en usted se lo debemos a ella, por lo menos algunos de esos nuevos versos que capturo de vez en cuando en una que otra revista y que me han conmovido sobremanera.

¡Y muchos saludos también para usted, querido señor Hesse!

DR. STEFAN ZWEIG

[Hacia finales de julio 1904]

Señor doctor:

¡Le saludo de todo corazón! Si su itinerario (a partir de la segunda semana de agosto) le acercase al lago de Constanza, me encontrará en Gaienhofen (en la orilla del Untersee del lado de Baden, en la estación de barcos), donde he alquilado una cabaña de campesinos.

En este instante estoy empacando mis poquísimas cosas. ¡No es posible siquiera pensar en escribir! Muchos saludos satisfechos le envía este servidor,

H. HESSE

25. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Berlín [sellado en correos el 3 de septiembre de 1904]

Querido señor Hesse:

Tengo que felicitarle continuamente por las nuevas ediciones, ojalá que muy pronto sea con motivo de la vigésimo quinta.^[93] Saludos cordiales de sus devotos

E. M. LILIEN^[94]
STEFAN ZWEIG

26. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena, 8 de septiembre de 1904

Querido señor Hesse:

De regreso de mi peregrinación, lo primero que me alegra es disfrutar de nuevo de la calma y el silencio que uno encuentra siempre con satisfacción en casa (por lo menos al principio, porque luego el deseo de viajar y la inquietud interior aportan una hermosa dosis de insatisfacción en esas horas de sosiego). Y estoy aprovechando esa satisfacción para escribirle a usted una carta que le he escamoteado durante mucho tiempo. Me he alegrado con tanta frecuencia y tan sinceramente por usted, que ahora siento la necesidad de decirselo. Las

circunstancias han sido muy variadas: por un lado, la relectura del *Peter*,^[95] en otra ocasión fue una noticia sobre el elevado número de tiradas; luego, también, el principio de « Die Marmorsäge» [La serrería de mármol]^[96] —como crítico severo, no voy a contar el *Hans Amstein* entre esos goces absolutos—, y, sobre todo, la agradable sensación de ver cómo el público y la crítica trabajan en colaboración para mostrarle a usted la gratitud que merece.

Tengo la sensación de que su vida, ahora, va avanzando a un ritmo bastante pausado, sobre todo después de que se desvanecieran tan pronto las preocupaciones que usted tenía acerca de su joven matrimonio. Desde lejos, todas no son más que hipótesis, pero seguramente que, visto de cerca, debe de haber « dicha suficiente»^[97] entre sus cuatro paredes. Me alegraría mucho recibir de usted mismo una confirmación de este mi deseo.

Mi viaje estuvo lleno de momentos hermosos, si bien fue demasiado agitado como para ser armónico. Ostende, Blankenberghe,^[98] Heyst,^[99] hermosas horas en Brujas, momentos heroicos en Berlín; al cabo, sentimientos encontrados. Las horas más deliciosas fueron las que pasé en casa de Verhaeren, cuya humanidad noble y hermosa no está en contraste alguno con la grandiosa imaginación de sus obras creativas. Vive alejado del mundo, con una mujer muy distinguida y cariñosa,^[100] en una absoluta soledad rodeada de verde,^[101] en medio de gente extremadamente primitiva que lo quiere mucho por su bondad, que le impide distanciarse de ellos. Jamás tuve ante un poeta esa sensación de grandeza como con él, y ello se debe, precisamente, a que no se anda con extravagancias ni poses, todo en él es cordialidad y moderación. No podré olvidar tan pronto esos días, del mismo modo que no olvidaré el tiempo pasado con Lemonnier,^[102] Meunier,^[103] Van der Stappen,^[104] etcétera.

Ahora quiero dedicarme de nuevo al trabajo. Mi estudio sobre Verlaine estará listo pronto, y mi volumen de novelas cortas^[105] ya está impreso, aunque no saldrá hasta febrero. He escrito algunos versos que me han proporcionado gran satisfacción, pero no por eso me daré prisa en sacar un nuevo libro de poemas,^[106] no tanto porque me sienta del todo despojado de temores y de apresuramientos, sino porque esta vez estoy totalmente seguro de mí mismo. En el invierno, que pasaré en París, deseo poner a prueba por fin mis músculos, no sólo mis nervios: quiero emprender un trabajo de mayor envergadura,^[107] aunque todavía hay cierto temor murmurando dentro de mí y diciéndome que es demasiado pronto. Pero el intento será más bien una consolidación, no un impedimento. Me han encargado un par de ensayos. Y precisamente para uno de ellos quisiera molestarle ahora a usted: debo escribir de nuevo sobre las nuevas « generaciones de poetas»^[108] en *Die Weite Welt*, el gran semanario de la

editorial August Scherl, y esta vez lo adornaré con su retrato. En esa serie estarán retratados los siguientes poetas: Hermann Hesse, Agnes Miegel,^[109] Hans Müller y dos o tres más. Espero que esté usted de acuerdo. Poseo un retrato suyo que debo a la bondad de su esposa: yo podría enviarles ése y usted luego me enviaría otro sin falta. En reciprocidad, recibirá usted doble copia de mi retrato: primero una de las hermosas fotografías que me hizo mi querido amigo E. M. Lilien,^[110] y en segundo lugar un grabado que él mismo ha empezado.

Le ruego su aprobación y un nuevo retrato. Ojalá que ese amor súbitamente despertado en Alemania no le agobie demasiado, para que de vez en cuando pueda escribirme también a mí: sobre sus planes y sus horas de matrimonio, de las que ojalá todavía no se haya alejado ese ambiente de luna de miel. Le ruego salute a su esposa de mi parte de todo corazón, y esté seguro de los afectuosos sentimientos que, junto con los otros, abraza por usted, de un modo más especial, su devoto y sincero

STEFAN ZWEIG

Le adjunto también unos cordiales saludos de Ginzkey; si de vez en cuando, a la hora del atardecer, le suenan los oídos, debe de ser que nos acordamos de usted con suma frecuencia durante nuestros paseos a la hora del crepúsculo.

Le adjunto a esta carta, como a las otras, una invitación para que venga a Viena cuanto antes, y espero que algún día la acepte, quizá durante alguno de sus viajes de paseo a Italia.

27. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Gaienhofen,

11 de septiembre de 1904

Mi querido señor Zweig:

Ahora que ha regresado, ya es posible escribirle de nuevo. Su amable y hermosa carta, así como todas las tarjetas enviadas desde su viaje,^[111] fueron para mí una verdadera alegría. Aunque en la última carta sí que había algo que me cautivó menos.

¡La historia de los retratos! Si ya no se pueden cambiar las cosas, no voy a hacer, por supuesto, un escándalo por eso. ¡Pero si todavía se puede impedir que mi retrato se publique en ese semanario, me sentiría infinitamente satisfecho! ¡Se

lo ruego! Por lo demás, escuché con placer todo lo que me cuenta. También me ha interesado mucho que me dijera que el *Amstein* no le gustase. Yo mismo no tengo ningún juicio sobre mis escritos, y a menudo lo más fútil me parece lo mejor. Ahora bien, aunque tampoco espero nada de la crítica, siempre me alegra cuando un amigo me dice lo que le gusta y lo que no le gusta. Escribí *Hans Amstein* hace un año y medio y no he vuelto a leerlo desde entonces. «La serrería de mármol» fue escrita durante el último invierno y la primavera.

Ahora vivo aquí, en el lago de Constanza (en el Untersee), desde principios de agosto, soy un hombre casado y espero sinceramente que usted, más tarde o más temprano, venga a visitarme. Porque, desde que vivo en el campo, Viena me resulta cada vez más lejana e imposible.

Gaienhofen es un pueblecito adorable, no tiene ferrocarril, ni comercios ni industria, ni siquiera tiene un párroco propio, de modo que esta mañana tuve que atravesar los campos durante media hora bajo una lluvia horrible para acudir al entierro de un vecino. Tampoco tiene agua corriente, de modo que debo sacar toda el agua del pozo; y no hay artesanos, por lo que es preciso que yo mismo haga cualquier reparación en la casa; tampoco hay carnicero: traigo la carne y los embutidos, etcétera, en una embarcación que atraviesa el lago desde el villorrio de Turgovia más cercano.^[112] En cambio, hay tranquilidad, el aire y el agua son excelentes, hay un hermoso ganado, frutas célebres y gente buena. No tengo ninguna compañía, salvo la de mi esposa y la de nuestro gato. Vivo en una pequeña casa de campesinos alquilada, por la que pago al año 150 (ciento cincuenta) marcos de renta.

¡Viva *Peter Camenzind*! Sin él no hubiera podido casarme ni mudarme aquí. Me ha reportado unos dos mil quinientos marcos, de los cuales puedo vivir dos años, por lo menos, si permanezco aquí.

La «celebridad», que al principio me alegró, es menos divertida de lo que pensé. Los maestros de escuela y las asociaciones me piden, en cartas redactadas en un estilo comercial, ejemplares gratuitos de mis libros, etcétera. Un periodista escribió que quería entrevistarme para un libro sobre «contemporáneos». Le respondí diciéndole que debía dirigirse a un establecimiento para hidroterapias. Eso fue cuando todavía vivía en Calw; hasta aquí, hasta Gaienhofen, no viene nadie, está demasiado apartado. Por cierto, el flujo de cartas, etcétera, ha disminuido, y otra vez vuelve la paz al campo.

Mi boda tuvo lugar a todo galope. Como el suegro no estaba de acuerdo y no quiere saber nada de mí, viajé hasta aquí mientras él estaba ausente de Basilea, y luego fuimos, *subitissimo*, directamente al Registro Civil. Ahora el anciano ruge desde lejos, pero poco a poco se va tranquilizando.

Ahora soy un hombre casado, y por el momento se ha acabado el nomadismo de gitano. Esta mujercita es cariñosa y razonable. Por cierto, todavía

no sabe que he encargado hoy un pequeño barril de vino blanco. El vino de aquí es infame por lo ácido.

¿Se va usted en invierno a París? ¿Y su volumen de novelas cortas sale en febrero? ¿Y ahora pretende trabajar en uno mayor? Querido señor y amigo, ¡acepte usted para todo ello mis mejores deseos! ¡Y acérquese alguna vez hasta el lago de Constanza! Aquí no verá demasiadas cosas nuevas como las que yo encontraría en Viena, pero sería agradable pasar una tarde con usted en el lago y la noche en mi habitación de labriego, sentados en el banco de la cocina. Ya me ocuparé yo de que el vino no se acabe. Y si todavía es posible, ¿retirará usted mi foto de allí? Me he burlado tan a menudo de todas esas fotografías de poetas que ahora no puedo participar de lo mismo. En el texto, no obstante, puede mencionarme.

¡Le ruego que sea amable conmigo y me haga participe siempre de su vida y de sus trabajos! Por ejemplo, me gustaría saber cuál es el título de su tesis doctoral. Fiel y agradecido, siempre suyo,

H. HESSE

28. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena, 20 de septiembre de 1904

Querido señor Hesse:

¿Puede creerme que su carta casi me causó más enojo que alegría? No por lo del retrato, que es, en definitiva, una simple y tonta historia con la cual esperaba proporcionarle alguna satisfacción. (De todos modos, pronto tendrá usted que abandonar esa resistencia ante la fama creciente, porque *Die Woche*^[113] no deja que se le escape nadie al que los laureles hayan rozado siquiera). Por supuesto que el retrato no será publicado. Pero es otra cosa muy distinta la que me causó el enojo. Perdóneme si no soy muy bueno calculando, razón por la cual sería un pésimo hombre de negocios, pero, en mi alegría por la anunciada tirada de diez mil ejemplares, había calculado para usted una suma igual en marcos. Sin embargo, ahora usted me escribe con orgullo diciendo que sólo son dos mil quinientos. Querido señor Hesse: usted tiene ahora una esposa —y espero que pronto tendrá algo más—, y por eso no debe dejarse timar de esa forma por un editor. No debe usted involucrarse del todo en una modestia que le sienta a su rostro como la túnica de un pobre pecador. Usted significa mucho para Alemania en la actualidad, y cualquier editor estaría feliz de decir que es suyo su siguiente

libro. Créame a mí, que veo todas estas cosas desde una perspectiva más amplia que usted, en su plácido rincón de Gaienhofen, y haga lo que le digo: ponga condiciones que le parezcan irrisorias a usted mismo. Ya verá con cuánta celeridad son aceptadas.

Pero ahora dejemos esta prédica de Martes de Carnaval. Hay otra cosa que quisiera decirle, pero no me siento capaz de hacerlo como es debido: usted lo sentiría mejor si pudiera estrechar su mano. Desde hace muchísimo tiempo no he leído nada que me conmoviera tanto, que me tocara el corazón con tan delicada mano, hasta el borde de las lágrimas, ni siquiera nada en *Peter Camenzind* me conmovió tanto como la continuación de «La serrería de mármol» que he leído hoy. La descripción de esa inquietud previa al momento en que se clarifican los sentimientos, ese caminar hacia la noche fue escrito por usted en una hora bendita. Con cuánto anhelo espero ahora el final, porque sé la maestría con la que suele usted acallar los acordes. Le deseo tantas horas felices como las que usted me ha deparado con esta novela corta.

Ahora me sobrecoge un temor: dentro de un mes pensaba poner en sus manos mi tomo de novelas cortas, pero ahora me temo que pueda usted menospreciarme al ver que a estos relatos no les han salido las alas todavía, que aún no han abandonado del todo el cascarón de la primera juventud. Sin embargo, espero que sepa usted escarbar algo aquí o allá que merezca no ser desechado.

Casi le envidio su vida apacible. Tanto más porque este año tengo planes de ir al lugar de mayor efervescencia: a París, ciudad a la que me atraen muchas cosas y hacia la que me desvía cierto ímpetu incontrolable. En primavera quiero gastarme el dinero de mi viaje de doctorado; primero iré al sur de España, luego, en marzo, estaré en las islas Baleares, y después, con la llegada de la primavera, con esa bendita compañía, me iré a dar un paseo por el norte, hasta los Pirineos, y me adentraré más tarde en Provenza, hasta llegar a la querida región de Bretaña, a la que todavía le debo un hermoso verano.^[114] Algún que otro trabajo se presentará por sí solo en este tiempo.

Jamás he tenido la oportunidad de estar totalmente ocioso por mucho tiempo. Ahora he terminado el borrador de una tragedia en verso (en un solo acto): sin embargo, todavía no puedo sentirme en buenos términos con la obra, desde que ha cobrado su forma definitiva. Por eso, pretendo cambiar dos de sus escenas, que son demasiado heroicas, o dejarla que se impregne durante un par de años del polvo del escritorio. Quizá con ello cobre una fuerza nueva.^[115]

Salúdeme de todo corazón a todo aquel que le sea entrañable en su pequeño mundo, y perdone que me haya inmiscuido en sus asuntos con el editor; y, por favor, no olvide que una carta suya siempre me depara un rato de alegría. Su amigo devoto, con lealtad y afecto,

29. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

*Gaienhofen,
22 de septiembre de 1904*

Querido señor Zweig:

Me veo obligado a responder, a modo de rectificación, algunas palabras a su amable carta. Las cosas no son tan graves como usted las supone. Sobre todo, no hay ahora, tal y como usted ha oído decir, diez mil ejemplares en el mercado, sino la mitad de esa cifra (cinco ediciones de mil ejemplares cada una). De ello yo percibo un veinte por ciento del precio de venta, lo cual hace alrededor de la mitad de la ganancia de todas las ediciones.

Espero que el asunto del retrato no le haya puesto de mal humor. Por cierto, ¿por qué habría de permitirle a *Die Woche* lo que le niego a usted? *Die Woche* ya tuvo antes algunos de mis mejores poemas y los rechazó; de modo que si ahora quisiera un retrato, yo estaría encantado de responderles con una carta bien seca. Ayer también me preguntaron de *Über Land und Meer*^[116] si podía enviarles un retrato, pero me negué.

Se aproxima un tiempo de sosiego para mí. He entregado ya todos los manuscritos que tenía, y por el momento no pienso hacer nada nuevo. Ahora, en cambio, leo mucho otra vez, y de antemano me alegra de corazón el arribo de su libro.

Sus planes para España y la Provenza me hacen la boca agua. ¡Pero después (aunque no lo haga durante el viaje a París) podrá usted venir tal vez hasta Gaienhofen para que conozca este rincón en el que vivo!

Tengo que terminar por hoy, pues me reclaman algunos deberes domésticos. ¡Próximamente tendrá más! Fiel y afectuosamente suyo,

H. HESSE

30. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Gaienhofen, 15 de octubre de 1904

Querido señor Zweig:

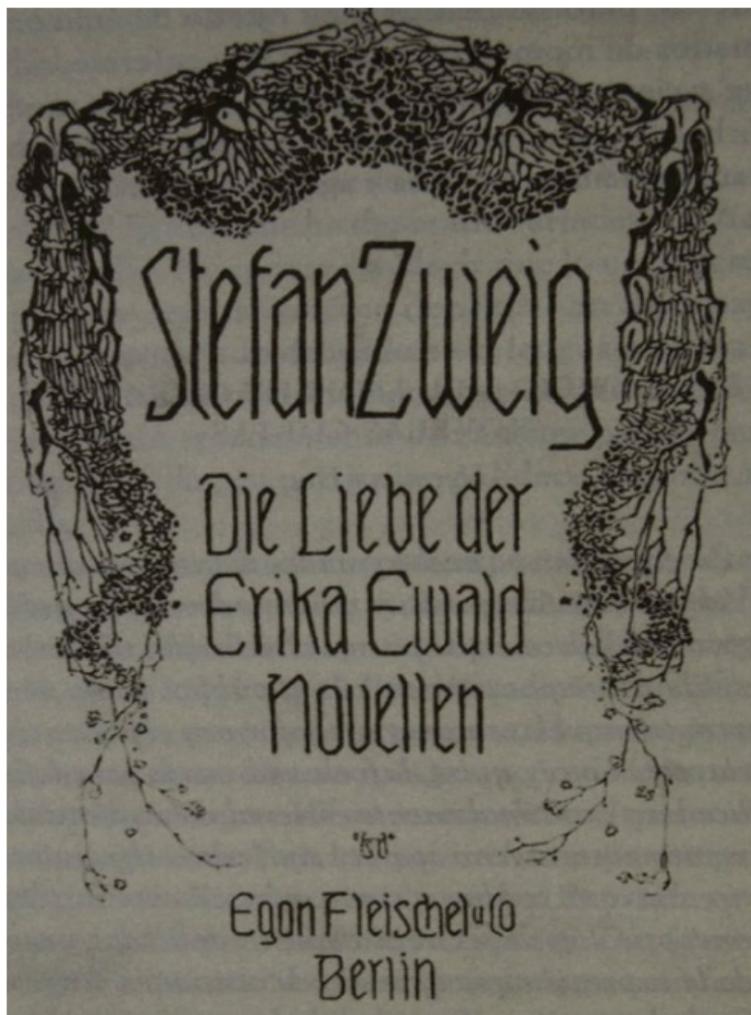
¡Muchísimas gracias por su *Erika*^[117] que he leído en los últimos días! El libro me ha deparado variadas alegrías y le felicito por ello. No quiere eso decir que lo considere perfecto, pues me resulta —¿cómo decirlo?— un tanto vago en su esbozo y demasiado delicado en el lenguaje, demasiado lírico. La verdadera narración desaparece quizá tras lo descriptivo, tras un razonamiento de carácter psicológico. El personaje de Erika, en particular, palidece un poco a causa de ello.

Pero éstos son, a fin de cuentas, aspectos de carácter técnico. En general, sus novelas cortas encierran una hermosa poesía y están respaldadas por una personalidad muy bien definida: eso es lo principal. Esa delicadeza sólo dificultará el éxito externo, pero no, ciertamente, el que se puede alcanzar dentro de un círculo más pequeño de lectores.

Es una lástima que el libro no encaje en el marco de mis reportajes mensuales,^[118] en los que suelo ocuparme preferiblemente de una literatura más popular. Pero tal vez usted pueda conseguir que yo reseñe su *Erika* en *Das literarische Echo*. ¿Qué le parece? Lo haría con enorme satisfacción.^[119]

Perdone mi brevedad de hoy. Pienso en usted con mucho afecto, pero mi tiempo y mi estado de ánimo se ven arruinados de momento, debido a una enfermedad de mi esposa^[120] y cierta sobrecarga de trabajo. De todos modos, no quería hacer esperar mis muestras de gratitud. Siempre desde la amistad más afectuosa y agradecida, suyo,

H. HESSE



Primera edición de la primera novela de Stefan Zweig, *El amor de Erika Ewald*, publicada en 1904.

Diseño de Hugo Steiner-Prag.

STEFAN ZWEIG, « EL AMOR DE ERIKA EWALD »
NOVELAS CORTAS

Stefan Zweig, quien ha hecho grandes méritos por dar a conocer a Verlaine en Alemania, y quien, además, ha publicado hace poco una selección de poemas traducidos de Verhaeren, se presenta ahora por primera vez al público como narrador con las cuatro novelas cortas que conforman el presente libro. «Novela corta» no es, quizá, la forma adecuada para definir estos delicados y casi tímidamente esmerados estudios del alma. El elemento narrativo no aparece aquí como algo autoritario ni obvio, sino que se pliega, como si buscase un sostén, a las soluciones psicológicas, extremadamente delicadas, y a una calidez de la expresión que aparece, en ocasiones, líricamente transfigurada.

Con ello quedan insinuadas las bellezas y las carencias de este libro singular y prometedor. Todavía le faltan la alegría y la fuerza ingenua y robusta del gran narrador. En cambio, los acontecimientos emergen bien preparados desde las iluminadas profundidades del alma, de un modo sencillo y serio; no asombran ni estremecen, pero son inteligibles, y su efecto perdura durante mucho tiempo en el silencio. No es, por cierto, una casualidad que sea precisamente la última y más extensa novela la que comprenda el contenido más genuino del género, ni que sea, además, la que presenta una mayor fuerza en la observación reflexiva, cierta psicología vacilante, que hace que el argumento, por sí mismo efectivo y lleno de color (el surgimiento y el deterioro de un retablo en un altar de Amberes), un argumento ciertamente delicado y suave, sea también más pálido y menos sólido en su esbozo. Uno desearía tener aquí, en ocasiones, una intervención más audaz, una mano más tosca y osada.

Pero en esta obra, como siempre sucede, los aspectos bellos están inseparablemente imbricados con las eventuales deficiencias, de modo que al final uno no desea que el conjunto fuese distinto, y se puede seguir con gusto hasta el final a su autor, un poeta de observación tan aguda y tan concienzudamente tierno. Porque Zweig, aunque no es todavía un narrador maduro y acabado, es una personalidad muy singular y entrañable, y eso vale más que cualquier aspecto técnico. Es por eso que le deseo a este primer libro no sólo muy buenos sucesores, sino también buenos lectores y amigos atentos.

De *Das literarische Echo*,
Leipzig, 15 de noviembre de 1904

París, 21 de noviembre de 1904

Querido señor Hesse:

El número de *Das literarische Echo* en el que ahora leo sus amables comentarios me recuerda que, además de mis palabras de sincera gratitud, le debo a usted una carta. Pero usted ya conoce París,^[121] y aunque no le guste la ciudad, sabrá cuánto lo acapara ésta a uno desde todos los frentes. He encontrado un piso muy hermoso con vistas a un jardín, tan tranquilo como si estuviese en medio del campo, rodeado de infinitas praderas. Eso me alegra mucho: poder estar con más frecuencia a solas, tranquilo conmigo mismo, disfrutando a mi manera; tengo algunos conocidos aquí *para el momento en que quiera*, y ello me complace. A Holzamer,^[122] al que conozco desde hace bastante tiempo, lo quiero mucho; y también me relaciono con algunos vieneses y con un par de jóvenes franceses, y si viene Verhaeren, tendré a un compañero valioso y bueno.

He empezado aquí, con muchas ganas, mi *Verlaine*,^[123] y lo he terminado con prisa antes de que me sobrecoja el creciente malhumor: no quiero estar atado ni comprometerme nunca más. Eso le destruye a uno lo más hermoso: la espontánea alegría en la creación.

Por lo que parece, está viviendo usted unos días felices. Me alegró mucho lo del *Wiener Bauernfeldpreis* [Premio Bauernfeld de la Ciudad de Viena],^[124] tanto más cuanto que se sabe que esos queridos caballeros vieneses son un poco testarudos. Y la Navidad está divulgando seguramente por todo el mundo nuestro querido *Peter Camenzind*—hace poco lo encontré incluso en forma de versos en un poema de Bernus—.^[125] Ojalá que todas las demás preocupaciones se hayan ido al diablo y viva usted de forma placentera, disfrutando de la creación.

De todos modos, querido señor Hesse, le ruego que no me olvide totalmente. Cuénteme si podemos esperar algo nuevo de usted o si está ahora en barbecho para futuros años de cosecha. Eso me alegraría muchísimo. Me hubiera gustado hacer una breve excursión para verle, estuve a sólo dos horas de camino durante mi viaje a París, pero, como me escribió que su esposa no se encontraba bien de salud, me abstuve de informarle para no forzarle a salir de casa. Tengo la confianza de que nos encontraremos en alguna ocasión, y en ese caso me gustaría mucho recorrer ese par de kilómetros para verle.

¿Y los viajes? ¿Se ha olvidado usted de ellos? Yo no, verdaderamente no; tengo la inquietud de viajar a todas partes, de verlo y disfrutarlo todo, me da miedo la vejez y perder esto —mi más querida posesión— en el abatimiento y la pereza. En marzo iré a España, que debe de ser el país más hermoso de Europa, lo *intuyo*. ¡Venga conmigo, usted sí que sería un compañero de viaje! No sé, pero cada vez que pronuncio la palabra España, siento como un tirón. Me alegra tanto la perspectiva de este viaje; y ya estoy estudiando español.

Reciba usted unos afectuosos saludos, de los cuales tendrá que compartir algunos con su esposa. Suyo, siempre fiel en mi devoción y mi amistad,

STEFAN ZWEIG

32. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

*Gaienhofen,
26 de noviembre de 1904*

Querido señor Zweig:

Gracias por su amable carta parisina. Esta vez no me resulta tan fácil responder, ya que no tengo muchas cosas alegres que decir. Demasiados pequeños y molestos trabajos, sumados a la mala suerte en lo doméstico, me han dejado en cierto modo hecho polvo. Mi esposa lleva ahora más de tres meses enferma, y hace dos que se marchó para someterse a una severa cura en Basilea, donde la visito con suma frecuencia. Me encantaría poder estar solo ahora, pero las labores domésticas y la preocupación por la esposa pesan como plomo sobre mí. Antes estaba acostumbrado a no inquietarme por nadie, vivía como un pájaro, de modo que ahora las preocupaciones se me hacen doblemente amargas.

Pero esto de aquí es hermoso. Desde anteayer tenemos nieve, que reposa montaña arriba y en los bosques, a la altura de la rodilla, y he estado cada día un par de horas fuera, caminando a través de esa blanca magnificencia. Mi barquita está ahora en tierra, y mañana la recogeré con otros tres hombres, un carro y una vaca, ya que habrá de pasar el invierno en el cobertizo.

Ahora no estoy escribiendo, y es mejor que no me hable de viajes. Si todavía fuera un jovencito, no dudaría en irme con usted a España. Un amigo mío está ahora recorriendo Córcega^[126] y cada vez que recibo una postal suya tengo una sensación extraña.

En cuanto mi esposa esté sana de nuevo, las cosas serán diferentes. Viviré una vida matrimonial de acuerdo con mi propio estilo y sin modelos previos. ¡Entonces vendrá usted aquí para ser nuestro huésped y podrá ver este esplendor! Siento mucho que haya usted pasado la última vez tan cerca. ¡Es suficiente por hoy! Fiel y atentamente suyo,

H. HESSE

33. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[23 de marzo de 1905]

Querido señor Zweig:

Muchas gracias por sus magníficas tarjetas postales,^[127] que en cada ocasión me depararon una sincera alegría e incitaron mi envidia.

¿Cuándo estará usted de regreso en París? No es imposible (pero todavía no hay nada seguro) que vaya brevemente a principios de mayo.^[128] ¡En cualquier caso, le espero aquí durante su viaje de regreso a casa!

Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

34. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Gaienhofen, finales de marzo de 1905]

Aquí le envío un breve saludo; me alegraría recibir también en su momento el *Verlaine*, por el que siento una gran curiosidad.

Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

35. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Gaienhofen, 1 de abril de 1905

Querido señor y amigo:

De regreso de una caminata a través de unos húmedos prados cubiertos de violetas, me pongo a hojear una vez más el librito sobre Verlaine^[129] y deseo expresarle a usted mi gratitud. Me ha reportado una auténtica alegría, y me resulta valioso tanto desde un punto de vista literario como psicológico; me alegra

mucho, además, que en lugar de aquellas antiguas frases huera de los cenáculos parisinos aporte usted un análisis sólido y elegante. He aprendido mucho de su presentación, y sentí una alegría serena al leer este tomito, como me sucede con todo lo que me llega de usted.

Lástima que no se encuentre usted aquí, la noche está increíblemente hermosa y llena de luz, y tengo la casa repleta de violetas. Ahora dígame pronto *cuándo* viaja usted, para que esta vez pueda producirse ese encuentro. Lo más hermoso sería que viniera hasta aquí y se quedara unos días.

Tenía en mente viajar a París, más o menos a principios de mayo, pero todo parece indicar que, por cientos de razones, eso no se concretará. Tanto menos deseo por lo tanto perderme ese encuentro con usted. Por la vía de Constanza, Radolfzell o Schaffhausen se llega fácilmente hasta aquí, y yo podría recogerle en alguno de esos lugares.

Mientras tanto, reciba usted los afectuosos saludos y agradecimientos de su fiel

H. HESSE

36. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

*París, 5, rue Victor Massé,
4 de abril de 1905*

Querido señor Hesse:

Sus líneas me han alegrado muchísimo, y por eso quiero enviarle de inmediato, en aras de no retrasar todavía más el momento de conocernos personalmente, cuáles son mis planes de viaje. En cualquier caso, me quedaré en París hasta el 10 de junio (15 de junio), y luego viajaré a Viena pasando antes por el lago de Constanza. Esta vez no dejaré escapar la oportunidad de visitarle, y también a Wilhelm von Scholz,^[130] con quien intercambio de vez en cuando alguna carta desde hace años y a quien iré a visitar en ese mismo lugar.

Por eso debería usted venir a París, y sería menester que lo hiciera entre el 5 y el 10 de mayo, porque para entonces no sólo estará aquí Verhaeren, en quien hallará a una de las personas más sencillas y puras que puedan conocerse, sino que también se encontrará Ellen Key,^[131] que me ha anunciado su arribo. Una reunión así sería magnífica, aunque fuera por unas pocas horas, y eso me haría muy feliz.

Yo podría dedicarle aquí casi todo el día —siempre y cuando eso no

constituya ningún impedimento para usted—, porque mis nuevos trabajos se resisten a avanzar como es debido. Es curioso: mientras que en Viena y en el campo mis versos me salen en las calles y los jardines, con lo cual siempre están prosperando, aquí me siento demasiado despierto, demasiado pendiente del aspecto urbano, como para decir que soy dueño de mí. Aquí las mujeres tienen a veces unas miradas que no sólo despiertan a los soñadores, sino también a los muertos.

Hay algo que sí quisiera prometerle en aras de atraerle hasta aquí, querido poeta Hermann Hesse: no le voy a hablar ni una sola vez de España ni de África. Porque, en mi deseo de fortalecer su antiguo placer de vagabundo, haría que usted se entristeciera al escuchar cuanto se ha perdido; además, yo empezaría a añorar de nuevo esos lugares, aunque, en realidad, aún no he levantado mi tienda. Porque en Viena no me siento del todo a gusto, como en realidad, a la larga, no me siento a gusto en ninguna parte; soy —como dice tan hermosamente nuestro Grillparzer en un poema— « un caminante que tiene dos extranjeros y ninguna patria». [132] Dios sabe dónde estaré a lo largo del año, tal vez con las golondrinas en el sur, tal vez de nuevo en Francia o en Alemania, pero seguramente no por mucho tiempo en Viena. Pero, en fin, ¿quién pretende convertirse en un astrólogo?

Me hubiese gustado mucho saber cómo le va con sus nuevas obras. Tenga la seguridad de que, a pesar de los muchos que ahora rondan su nombre, hay pocos que tengan una avidez tan irrefrenable de sus nuevos libros como yo. Y creo que usted no me hará esperar mucho tiempo, ni con el libro ni con la visita (involuntariamente, las dos palabras riman. [133] ¡Perdón!). Con la misma devoción y amistad de siempre,

STEFAN ZWEIG

37. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Abril de 1905]

Querido señor Zweig:

Una vez más, mis planes de viaje han cambiado en contra de mi voluntad. Estuve en Basilea, y estoy ahora por poco tiempo donde los Camenzind, en Gersau, [134] y sólo dentro de ocho días estaré de nuevo en casa, en Gaienhofen, donde le espero con alegría. Con muchos saludos, afectuosamente suyo,

38. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Gaienhofen, junio de 1905]

Querido señor Zweig:

Me alegra sobremanera su llegada. De todos modos, quisiera tenerlo un poco para mí solo aquí en Gaienhofen. Tal vez podría hacer las cosas de tal manera que pase usted el martes con Scholz^[135] en Constanza, y luego, el martes por la tarde, viaje a Steckborn a las 6.55 o a las 8.02 (es media hora en tren), desde donde el barquero lo traerá [hasta aquí] en unos pocos minutos. Luego podrá pasar la noche en mi casa y quedarse todo el miércoles, o parte de ese día. Si Scholz no pudiera el martes, entonces venga usted directamente aquí con el vapor (que parte a las 11.50 de Constanza). Gaienhofen es una de las estaciones del barco. El equipaje puede dejarlo en Constanza.

En caso de que desee quedarse todo el martes allí, o si está muy cansado, el miércoles por la mañana temprano sale un barco de Constanza; zarpa a las 6.35 y llega aquí a las 7.45.^[136]

Muchos saludos de su

H. HESSE

39. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[Finales de julio de 1905]

Querido señor Hesse:

Con tardanza vengo a saldar mi deuda. Pero he estado vagando por viejas sendas, y lo hice tan deprisa que apenas me quedó tiempo para los amigos que están lejos. Sólo hoy puedo enviarle los retratos: en primer lugar, el que le muestra como un audaz cazador, y en segundo y tercer lugar, las fotografías de los juncos de la orilla y de las personas (en la reproducción, algo apartadas), situadas en medio de ellos. Para mí, sin embargo, sigue siendo el valioso recuerdo de unas hermosas horas pasadas junto al lago, la cuales me

proporcionaron una agradable confirmación de todo lo bueno que había esperado de usted durante tanto tiempo.

De todos modos, no aguantaré mucho más: quiero ser a toda costa el señor Urian,^[137] que puede contar acerca de sus viajes. Por eso me iré dentro de catorce días al Tirol, probablemente al pequeño lago de Misurina, y luego, en otoño, a la bendecida Florencia. Tengo algunos proyectos de trabajo en la mochila, y también tengo ganas de acometerlos: si es que las cosas no se quedan por el camino,^[138] algo que me ha sucedido ya varias veces.

¿Está todavía el señor Finckh^[139] con usted? Si es así, transmítale mis más afectuosos saludos, y no menos a su esposa, que no debe enfadarse conmigo por el hecho de que en mis fotos aparezca con el rostro tan salpicado por el sol. ¡Esas fotos no serán publicadas! Sólo la suya como cazador tuve que regalársela a una muchachita que adora de un modo fanático el *Peter Camenzind* y, según me temo, también un poco a su señor autor.

Cuando esté remando en el azul lago de Constanza, piense usted alguna vez de nuevo en mí. O cuando se reúna con Bodman,^[140] o en cualquier momento. Nosotros (*id est.* Ginzkey y yo) pensamos ayer en usted mientras bebíamos una botella de Gumpoldskirchner. Tal vez no sepa lo que es el Gumpoldskirchner: pues lo más sencillo sería que viniera usted a Viena y se lo mostraremos. Eso le complacerá, y, de modo especial, nos complacerá a nosotros. Hasta entonces le saluda con el mismo sentimiento de amistad su devoto servidor,

STEFAN ZWEIG

¿Ya ha entablado usted amistad con mi querido Casanova?!^[141] ¡Debería hacerlo!

40. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena, 17 de octubre de 1905

Muy querido señor Hesse:

Ya estoy de nuevo en casa. Y apenas llegué, revolvi los libros que ocupaban mi escritorio y saqué de entre ellos su nueva novela.^[142] Ya la he leído.

Muchas palabras sobre ella estarán llegando en estos días hasta su apacible morada: tanto impresas como escritas. Pero permítame decirle, por lo mismo,

cómo lo he sentido yo. El sentimiento no significa crítica, por eso puedo decirlo sin tener la necesidad de hacer comparaciones (tal y como hará todo el mundo, que parangonará este libro con el *Camenzind*).

Me gusta mucho esta historia profunda y narrada con un arte tan maravilloso, y me gusta, sobre todo, por su humanidad. Hay en ella cosas que yo mismo he sentido en mis años de adolescente y que luego perdí: y con este libro han aflorado en mí aquellas antiguas horas, esas horas amargas y dulces sobre las cuales nunca supimos que serían lo más hermoso que podríamos tener. Usted ahora lo ha descrito de un modo tan conmovedor, que estrecho agradecido sus manos desde la lejanía. Y luego están esas dos escenas de amor, que ahora forman parte de mi vida como si de acontecimientos propios se tratara.

¿Acaso no es algo inefable? ¿Puede hacer más un poeta? Apenas. Ya sé: tengo ciertas objeciones a algunos elementos aislados de la composición (todos nosotros tenemos una excesiva formación literaria como para no saber definir el sabor de esas cosas), pero todo eso se difumina en la abrumadora impresión que me ha causado el *alma* del libro.

Quisiera que todos se sintieran tan satisfechos de ello como yo mismo. Pero, por desgracia, no lo creo así. Tal vez escuchará usted algunas cosas feas: hay en Alemania suficientes personas de esas que no le perdonan a ningún escritor vivo que tenga diez ediciones. Valore todo lo desagradable, pero al mismo tiempo disfrute del entusiasmo que le hará sentir lo que usted significa para Alemania; y que tenga suerte en la pesca. Sé que eso es más importante para usted.

No sé si escribiré algo sobre este libro.^[143] Creo que, en la actualidad, uno llega demasiado tarde a todas partes, y usted es *actuel*. Pero no importa: más tarde o más temprano quisiera recoger de una forma coherente y redonda todo lo que le debo a través de sus libros.^[144]

Reciba, por lo tanto, mis felicitaciones. Y muchos saludos a su esposa, y también para usted, de este su devoto y fiel amigo,

STEFAN ZWEIG

41. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Finales de diciembre de 1906]

Querido señor Zweig:

Die frühen Kränze^[145] me proporciona una gran alegría, se lo agradezco y

le envío mis mejores deseos.

Mi Bubi^[146] crece y prospera. Finckh se ha comprometido y pretende casarse en enero. He tenido mucho trabajo en esta última etapa y quiero permitirme una buena dosis de tranquilidad para este invierno. Con muchos saludos, suyo,

H. HESSE

42. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

*Gaienhofen,
21 de febrero de 1907*

Querido y apreciado señor Zweig:

Muchísimas gracias por los libros que le entregaré a Finckh.^[147] Él se encuentra ahora en Karlsruhe, pero luego estará de nuevo aquí, en labores de construcción.

Tengo muchísimo trabajo, y también dolores en los ojos, otra vez con suma frecuencia. El volumen de novelas cortas^[148] aparecerá este año. En primavera viajaré quizás un poco por Italia;^[149] por lo demás, no tengo otros planes en perspectiva, salvo trabajar mucho, entre esos trabajos algunos verdaderamente gratos, como la construcción de una pequeña casa.^[150] Le estoy dictando estas líneas a mi esposa, que también le saluda.

Fielmente suyo,

H. HESSE

43. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Gaienhofen, 1 de abril de 1908

Querido señor Zweig:

Ésta es, según creo, mi primera carta a usted escrita en máquina de escribir,^[151] razón por la cual la doto con algunos ceremoniosos ornamentos. He

recibido hoy su tragedia, [152] cuya próxima lectura me alegra y por la cual, de momento, le doy las gracias.

Son algunos los hilos que nos retrotraen hasta los tiempos antiguos. También a mí me sucede así, y he comenzado hoy un breve relato que tiene lugar en el Asia Menor del posterior periodo imperial (bajo mandato de Probo). [153]

El próximo invierno, quizá, *Deo volente*, [154] podría por fin ir a Viena. Es decir, un amigo me ha convencido para que dicte una conferencia en esa ciudad, en la cual él me va a apoyar como buen recitador que es. Todavía no se ha acordado nada, y tampoco me he informado aún sobre las condiciones ni las circunstancias de esas «veladas poéticas» (que a mí me resultan, por supuesto, ridículamente antipáticas). Pero hay tiempo todavía para eso; por el momento, me alegra mucho la posibilidad de hacer un viaje a Viena.

Hace mucho tiempo que no sé de usted, pero he podido ver con satisfacción, gracias a su amable dedicatoria, que no me ha olvidado. ¡Espero que podamos regocijarnos de un reencuentro antes de que seamos dos caballeros muy ancianos! También tenemos en Ginzkey [155] a un amigo común que está muy cercano a mí.

Mis saludos cordiales y mis mejores deseos, también para la obra de teatro, de este viejo amigo,

HERMANN HESSE

44. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Gaienhofen, 12 de abril de 1908

Querido señor Zweig:

A pesar de su consejo, es mejor que dejemos las cosas en esas cartas de cortesía. [156] Todo funciona según el principio de reciprocidad, aunque a veces ese principio no sea del todo recíproco: ahora estoy leyendo aquel manuscrito y voy a interceder por él ante la redacción de *März*, [157] y usted, a cambio, puede aconsejarme en lo de mi viaje a Viena.

Me vendría bien ir en octubre, ya que tampoco quisiera conocer Viena en pleno invierno. También me agrada mucho su proposición sobre la pequeña sala en la librería Heller, [158] y ya había considerado la perspectiva de tener una estancia de unos ocho días. Sólo creo que tendré que hacer una segunda velada

de lectura para poder paliar los costes. Y esto, por desgracia, es necesario, porque desde la construcción de mi casita, con la cual me equivoqué un poco en los cálculos, no puedo permitirme hacer meros viajes de placer.

Tal vez usted (o el propio Heller) podría aconsejarme sobre lo que tengo que hacer para organizar en esa misma semana una segunda velada, y esté en condiciones de decirme cuánto es posible obtener, aproximadamente, con una velada de esa índole. No pretendo lucrarme, sólo deseo, por lo menos, cubrir los gastos del viaje y de la estancia, y soy tan torpe en esas cuestiones de negocio como nadie puede imaginar.

Mucho me alegra la perspectiva de verle a usted y a la querida y antigua ciudad de Viena. Debía haber viajado antes, cuando todavía era un hombre insaciable y podía participar en todo (pero desde entonces he perdido una buena porción de salud), pero, así y todo, me prometo muchas cosas agradables e inolvidables de esta visita a Viena y del encuentro con ustedes (usted, Ginzkey, Bartsch^[159]).

He echado un breve y rápido vistazo al manuscrito, pero me parece que lo recomendaré a Múnich. ¡Sobre esto, más tarde!

Con saludos afectuosos, su servidor,

H. HESSE

45. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Gaienhofen, 8 de mayo de 1908

Querido señor Zweig:

¡Un saludo en medio de la prisa, para que no crea que me he olvidado de usted! Hemos pasado unos días terribles: mi mujer yace enferma, no tenemos una empleada que sirva, y, en estos días, he de partir hacia Berna. ¡Por eso sólo le envío hoy estas pocas palabras!

Me he puesto de acuerdo con Heller y he dado mi aprobación para mediados de octubre. Todavía tenemos que precisar algunos detalles. Cuando llegue el momento, me comunicaré con usted para pedirle que consiga algún alojamiento cerca de su casa en alguna pensión tranquila y modesta.

Me alegra mucho la perspectiva de este viaje. Tal vez pueda ver también al señor Bessemer,^[160] que me envió ayer un amable saludo y al que le ruego saludé de mi parte.

Si usted, o alguno de los amigos vieneses, fueran a pasarse por el lago este

verano, les ruego que no me olviden, sino que se acerquen a conocer mi nueva casita y a mi pequeño hijo.^[161]

Le saluda afectuosamente, suyo,

H. HESSE

46. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Hacia septiembre de 1908]

Querido señor Zweig:

Tendré mi primera conferencia (intima) en Viena el 15 de octubre, por lo tanto, llegaré, a más tardar, el día 13, y me quedaré unos diez o doce días (posiblemente incluyendo una estancia en Graz). ¿Podría usted alquilarme una habitación privada, en lo posible que sea tranquila? De lo contrario se lo pido a Ginzkey. Próximamente le diré la fecha exacta de mi llegada. Me alegro mucho.

Suyo,

H. HESSE

47. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Bolzano, 28 de septiembre de 1908

Querido señor Hesse:

Ginzkey hará las primeras averiguaciones en lo relativo a su habitación, y luego, en cuanto yo regrese a Viena, me ocuparé a fondo de ese asunto. No se arrepentirá de hacer este viaje. Estaré en Viena a partir del día 8 de octubre, y me alegra enormemente el poder ayudarle a conocer la ciudad.

Muy afectuosamente, suyo,

STEFAN ZWEIG

48. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Principios de octubre de 1908]

Ahora llegaré a Viena el 12 de octubre, a la 7.15 de la tarde (procedente de Múnich).

Hasta pronto, suyo,

H. HESSE

49. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Viena, 17 de octubre de 1908

Querido señor Zweig:

Hoy salgo de viaje, ^[162] iré por dos días a Semmering, lo necesito. ¡Así que hasta pronto!

Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

50. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Semmering [23 de octubre de 1908]

Querido señor Zweig:

Es una pena. Ayer llegué tan tarde a casa, ^[163] que hoy dormí toda la mañana. Ahora ya tengo cita para el mediodía y para la noche, y debo correr para poder cumplir con ellas. Mañana, bien temprano, la partida. Es por eso que, desgraciadamente, tengo que despedirme por escrito y hacerle llegar también por esta vía mi afectuosa gratitud por su enorme hospitalidad. Mantendré un grato recuerdo de Viena y de usted.

¡Quisiera que mis mejores deseos le acompañen durante sus viajes a Dresde,

Kassel^[164] y la India!^[165]
Agradecido y siempre fiel, suyo,

H. HESSE

51. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[Elefanta,^[166] finales de 1908]

¡No olvidaré su Buda!^[167]
Muy afectuosamente, suyo,

STEFAN ZWEIG

52. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Marzo de 1909]

Querido señor Zweig:

¡Bienvenido a Europa! Sus viajes son más aguerridos que los míos: hace poco bajé por el Rin hasta Dusseldorf,^[168] y aquello me pareció algo temerario y distante. A decir verdad, ahora tengo dos hijos.^[169] Tengo también un jardín que ha sido ampliado recientemente, en el que debo trabajar como un culi. Me alegra mucho el arribo de ese Buda, el Excelso, el maestro del camino de ocho sendas, y espero que haya llegado bien.

¡También le agradezco las tarjetas postales que me envió desde la India y Ceilán!^[170] Ambas me impresionaron.

Por favor, salude a Ginzkey y a los demás amigos, también al doctor Fleischer.^[171]

Afectuosamente suyo,

H. HESSE

53. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Gaienhofen [verano de 1910]

Mi querido señor Zweig:

Su amable carta^[172] me llega como un consuelo y un estímulo en días algo aciagos, por lo cual le estrecho afectuosamente la mano.

Me complace saber que estas horas ahorradas las ha dedicado a trabajar en una obra seria.^[173] Dondequiera se cree una obra, dondequiera se sueña un sueño, donde se siembre un árbol o nazca un niño, allí está obrando la vida, abriendo una brecha en las tinieblas del tiempo, ese que yo jamás recorro sin esperanza, pero sí, a menudo, embargado por una profunda tristeza. Mi mujer y mis hijos han salido de viaje, y yo estoy completamente solo en casa bajo el gran olmo, y, mientras reflexiono, siento la satisfacción de tenerle como un

amigo en el que se puede confiar.

Afectuosamente le saluda su servidor,

H. HESSE

Hesse realizó una segunda visita a Viena en octubre de 1913. No nos ha quedado ninguna correspondencia entre Hesse y Zweig en los años que van desde 1911 hasta 1914.

54. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

9 de noviembre de 1915

Muy querido señor Hesse:

No se asombre de que, después de varios años de silencio —en los que estuve viviendo como un nómada en algún lugar del mundo—,[174] me dirija de nuevo a usted, de repente, por primera vez, pero sentí la necesidad de decirle algunas palabras de gratitud. Desde los primeros días de la guerra me conmovió sobremanera su actitud humana y poética, y cada una de sus palabras, cada vez que las encontré en medio de las otras muchas voces que me dolían, me conmovieron en lo más íntimo. Luego me escribió mi amigo Rolland,[175] diciéndome que estaba muy cerca de usted, y eso me proporcionó una nueva alegría. Pero casi nada de eso me hubiera puesto en condiciones, a mí, al portador de esa carta, de enviarle a usted un saludo si yo no hubiera sentido en la hostilidad de aquellos ataques una soledad frente a la cual la aclamación y la admiración constituyen un deber. Su artículo de ayer en *Die Zeit* decía una vez más lo que yo siento.[176] Con nobleza y belleza ha dominado usted su misión de poeta. Tolstói,[177] y Björnson,[178] las dos grandes voces de la conciencia, se han acallado estos días, en los que cada individuo estaba obligado a enfrentarse a la multitud y, por lo menos, salvar su alma y permanecer fiel a sí mismo. Rolland me ha ayudado mucho con su ejemplo moral: él fue para mí la más fuerte voz de alerta en defensa de la justicia.

También tengo que agradecerle su *Knulp*[179] Sus últimos libros son, para mí, verdaderamente los más hermosos. Y si me permite hablarle con toda franqueza,

entonces le diré lo que me pareció: después de los primeros dos libros,^[180] noté en usted un ligero agotamiento de la imaginación poética, o por lo menos ésa fue mi impresión. Tal vez estuviera pasando por una mala época, tal vez se lo estuviesen impidiendo aquellas circunstancias poco favorables. Y a veces —y se lo digo con franqueza— tuve el callado temor de que su camino fuera cuesta abajo y comenzara a declinar. Luego volví a leer, cada vez con mayor frecuencia, algunos versos aislados, y tuve la impresión, con los últimos dos libros, de que se había producido una regeneración interior. Está todo tan impregnado de alma en sus últimos libros, es tan universal. Jamás hubo tanto horizonte, tanta pureza y una visión tan amplia en su obra. Y fue entonces cuando, al antiguo amor, vino a sumársele una renovada admiración.

Mucho me gustaría poder adjuntar a esta carta un libro a modo de gratitud. Pero desde hace dos o tres años lo mantengo todo paralizado, principalmente los últimos poemas. Sólo he terminado un libro sobre Dostoievski,^[181] en el que están comprimidos, en unas cien páginas, tres años de trabajo y mucho amor. Creo que usted podrá admirarlo si sale publicado cuando llegue la paz (¿Cuándo? ¿Oh, cuándo?). Ahora no estoy en condiciones de hacer nada para mí, mi servicio militar^[182] me acapara del todo. Esto ya dura varios meses, y sólo se animó y cobró un poco de colorido gracias a un viaje de tres semanas que hice por toda la región de Galitzia,^[183] casi en las mismas espaldas de los rusos. Por cierto, me ha contado Robert Michel^[184] sobre el descuido por el que no fue aceptado usted de inmediato en el cuartel general de la prensa de guerra:^[185] creo que puedo arreglar eso en cualquier momento, siempre y cuando usted todavía lo desee. De todos modos, no se lo aconsejaría: uno allí pasa semanas enteras sin poder estar solo nunca, siempre rodeado de gente, siempre en medio de conversaciones y movimiento. También Bartsch^[186] regresó de su viaje algo perturbado.

Pero le estoy escribiendo demasiado, y yo sólo pretendía, en realidad, enviarle estas breves palabras: ¡gracias! ¡Muchísimas gracias!

Con la antigua admiración de siempre, suyo,

STEFAN ZWEIG

Berna,
20 de noviembre de 1915

Querido señor Stefan Zweig:

Responder a su amable y hermosa carta sin máquina de escribir y sin prisas, en un agradable estado de ocio, sería hoy uno de mis deseos preferidos. Pero por desgracia no puede ser, pues acabo de regresar de Alemania, tengo unas sesenta cartas sin responder relacionadas con prisioneros, debo asistir cada día a reuniones y cumplir con otras tareas vinculadas a esos temas. A todo eso se añade la horrible historia del periódico. Ahora ya está resuelta, del resto se ocupará el abogado, y aunque me ha minado mucho, me ha sido tal vez de utilidad. Los amigos verdaderos que tenía siguen firmes a mi lado; de los demás, me alegra haberme librado. También, de ese modo, ha quedado expresada con claridad mi posición con respecto a los acontecimientos actuales, por lo menos en lo que atañe a un poeta. Supongo que usted conoce cuál es esa posición. No es muy distinta de la de Rolland, sólo que yo, a pesar de todo, trabajo directamente en interés de Alemania, también desde un punto de vista periodístico. Pero no participo en ninguna parte donde se incite al odio y a la revancha, y espero una Alemania y una «alemanidad» futuras que sean muy distintas a la de la mayoría de los actuales vociferantes.

Usted ha mencionado en su carta muchas cosas, y ha insinuado otra que me demuestra lo bien que me conoce. Su intuición es correcta en todos los casos. Las oscilaciones en mi producción, superadas desde hace años, se remontan en el fondo al hecho de que, en su momento, tras el primer éxito, las cosas me fueron demasiado bien. Eso ha cambiado radicalmente, desde entonces he bebido de muchos cálices amargos y he sufrido tanto, incluyendo en lo más íntimo, que me hubiese hundido si no hubiera encontrado un punto sólido en mí que hace que el mundo se me haga cada vez más prescindible. Y esto, durante la guerra, se ha convertido en una experiencia totalmente consciente.

¡Me alegra que le guste el *Knulp!* Para mí este libro es, junto a *Rosshalde*^[187] y a algunos poemas, el más querido de mis escritos.

La visita de Rolland el último verano fue una agradable y buena experiencia para mí.^[188] La comunicación estuvo bastante limitada debido a mi incapacidad para expresarme en francés, pero nos comprendimos enseguida, y veo, por algunas líneas de su carta, que Rolland me estima e intuye con claridad mi lado más auténtico. Es un hombre magnífico, de una gran pureza, y para mí es agradable y consolador saber que me estima.

No me escribe usted nada de su servicio militar. ¡Permítame saber algo sobre ello en cuanto tenga tiempo y deseos de hacerlo! Yo he sido, ahora por segunda vez, licenciado del servicio (hasta finales de dic[iembre]), por solicitud de la delegación alemana en este país, y trabajo como intermediario y hombre de

confianza entre la Cruz Roja alemana y algunas organizaciones benéficas neutrales de aquí. Sobre todo me ocupo de las bibliotecas para prisioneros.^[189] Si supiera usted de algún rico que quisiera donar algo o de algún buen editor que quisiera regalarnos algunos libros, se lo agradecería. Pero que eso no se convierta en una molestia para usted. La gente en el país, la que se ocupa de la lectura para los prisioneros, es bastante proclive a la literatura de tratados, de modo que yo siempre tengo que estar completando y ayudando con mis propios recursos.

¡Ojalá que vivamos la paz en algún momento antes de que sean mayores los destrozos! Para entonces usted publicará algún nuevo libro, cosa que me alegra desde ahora. De mi cosecha sigue apareciendo siempre alguna cosa, aun en contra de mi voluntad. Saqué un pequeño y fútil librito^[190] en Constanza, sólo con el propósito de ganar un poco de dinero para las bibliotecas. El libro de poemas *Unterwegs* [De camino]^[191] saldrá próximamente, más barato y con un apéndice que incluye poemas contemporáneos.

Mi pregunta al general Dank^[192] para que se me acogiera en el cuartel general de la prensa fue una especie de intento desesperado, ya que por entonces estaba intentando, en vano, asegurarme un trabajo valioso y duradero en el servicio público. Ahora lo tengo, y es más de lo que puedo rendir, y me alegra no necesitar más aquella opción, sobre la cual tuve muchas dudas desde el mismo comienzo.^[193]

¡Si viera usted a Bartsch o a Ginzkey, transmítalos muchos saludos! Desde que empezó la guerra no sé nada de ellos de forma directa. Gregori^[194] me envió en dos ocasiones saludos desde Sajonia, donde se dedica a vigilar prisioneros. Ludwig Finckh es médico en un hospital de campaña de Constanza.

Confórmese por ahora con este saludo, ya llegará otra vez el momento de que podamos hablar tranquilamente.

¡Y muchísimas gracias por acordarse de mí!

Suyo,

HERMANN HESSE

56. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Berna, 13 de septiembre de 1917

Querido señor Zweig:

He leído de inmediato el *Jeremías*^[195] y el poema me ha causado una hermosa y profunda impresión, y sus convicciones y su seriedad hacen que usted esté de nuevo cerca de mí como un ser querido. También percibí con mucha fuerza la actualidad de la obra, y desearía que algunos de sus parlamentos fundamentales, como los del segundo cuadro, gocen de la mayor divulgación y efecto.

¡Muchas gracias por este libro!
Afectuosamente suyo,

HERMANN HESSE

57. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Berna, 20 de noviembre de 1917

Querido amigo Zweig:

Mientras esté usted en Suiza,^[196] me gustaría mucho verle, como sea. El miércoles por la noche, probablemente, no estaré libre, pero por lo general lo estoy todas las noches, también durante el día, si lo sé con antelación. Mi teléfono es el 3207.

El próximo lunes estaré quizás en Zúrich para ofrecer una lectura en la sala del tribunal de jurados. Pero todavía no es del todo seguro que se realice.

¡Piense en esa posibilidad! Me gustaría mucho hablar con usted.
Suyo,

H. HESSE

58. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Hacia finales de 1917]

Querido señor Zweig:

¡Es una pena que no hayamos podido vernos esta vez en Berna! Pero confío mucho en que venga usted de nuevo hasta aquí y me lo haga saber con antelación.

Después de su partida, volví a leer su *Brennendes Geheimnis* [*Ardiente secreto*],^[197] y la intensidad y la verdad de ese querido poema me hablaron de nuevo en toda su pureza y su fuerza.

Le saluda afectuosamente, su servidor,

H. HESSE

59. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

18 de febrero de 1918

Querido Hermann Hesse:

El día 27 de febrero es el estreno aquí de *Jeremías*. ¿Es preciso que le diga que me alegraría verle en él? No obstante, tengo en cuenta su lejanía y en cualquier caso iré otra vez para verle.

Muy afectuosamente, suyo,

STEFAN ZWEIG

60. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Berna, 25 de febrero de 1918

¡Me alegra que se haya acordado de mí! Pero, por desgracia, no puedo ir; estoy metido (para poder tomarme algunas vacaciones hacia finales de marzo) en una empresa que no me deja ni una hora libre al día.

Los mejores deseos de su

H. HESSE

61. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Marzo de 1918]

Gracias por su escrito,^[198] que me da una gran alegría. Ya veo que está usted en Rüschlikon. En la vieja casa junto a su hotel,^[199] donde vivió una vez Brahms, residen dos queridos amigos míos.^[200]

Desde hace mucho tiempo no dispongo de una hora libre fuera de la asistencia a los prisioneros. Ahora tengo que tomarme un respiro. La semana próxima viajaré de vacaciones al Tesino.

Le saluda afectuosamente, suyo,

H. HESSE

62. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Rüschlikon, 12 de agosto de 1918

Querido señor Hesse:

Hoy sólo quisiera decirle lo hermoso que me ha parecido su artículo sobre el « lenguaje » publicado en el *Frankf[urter] Zeitung*,^[201] cuánta claridad hay en usted y qué bien sabe expresar sus palabras: me gusta su arte hoy más que nunca.

Y su manera tan humana. Sus palabras en la *Friedenswarte*^[202] fueron tan puras y claras. He visto cómo le atacaba el periódico de Clemenceau^[203] y la gente que quería allí su « victoria », pero eso sólo le honra. Jamás nuestra palabra fue más necesaria que ahora. Alemania está atravesando una crisis de conciencia: ya se ha esfumado la hipnosis, y se despierta otra vez el sentimiento, se intuye el sufrimiento. Y en este mes de agosto corresponde tomar una decisión. O se crea la paz ahora, o ésta sólo ocurrirá dentro de un año. Tenemos que emplear todas nuestras fuerzas para que sea *ahora*, y no por un sentimiento de patriotismo cualquiera (aunque para mí la continuación de la lucha significa el insalvable hundimiento de los poderes centrales), sino por el deber ante las personas. Detesto la política, pero ahora tenemos que servir a aquello que está por encima de ella, la preservación de la vida. Por lo menos eso es lo que siento en este instante.

Me rebela el sentimiento de que el destino es inconmensurablemente grande y aguarda después de estos días. Destino para todos nosotros, para niños y abuelos. Y si pudiera gritar lo que siento, sería mejor para mí y para la época.

Le estrecho afectuosamente la mano, con fiel admiración, suyo,

STEFAN ZWEIG

63. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Rüschlikon, Hotel Belvoir
[hacia el 24 de septiembre de 1918]

Querido señor Hesse:

Gracias por el envío. Su misión tal vez se torne más difícil en la medida en que los libros se vuelvan más escasos y valiosos. Ahora se imprimirá del *Jeremías* una tirada que le hará alcanzar entre cinco mil y ocho mil ejemplares, y espero entonces quedarme con algunos para su hermosa misión.^[204]

Desde hace seis meses estoy aquí, en Rüschlikon, viviendo y trabajando tranquilamente. Me asquea la política, estos tiempos me hacen desesperar, y trabajo para olvidar. La única cosa pública que he escrito^[205] ha sido para el suplemento de la *Friedenswarte* (lástima que no quiera usted aprovechar esa oportunidad de decir unas palabras, pero tal vez lo recupere más tarde, en otro momento).^[206] ¿Ha leído usted, por cierto, en el último número, el magnífico artículo de Otto Flake, «Die Aufgaben der deutschen Intellektuellen» [Las tareas de los intelectuales alemanes]?^[207] Merecería ser divulgado en cien mil ejemplares.

Pienso a menudo y con afecto en usted. Me gustaría ir a verle de nuevo, si no temiera tanto a Berna, esa ciudad mezclada, con tanta gente que habla y piensa en términos políticos, con un objetivo y una intención, gente a la que apenas consigo evitar.^[208] Estuve dos días con Rolland.^[209] ¡fueron jornadas maravillosas!

Le agradezco de corazón: por su recuerdo, su manera de pensar y por su obra. Desearía que pronto pudiera volver a ser usted mismo: entre el nuevo mundo y nosotros jamás podrá alcanzarse de nuevo un auténtico orden. Todos nos estamos convirtiendo en personas retrógradas, nostálgicamente proclives a un pasado mejor: hasta ese momento en el que el futuro vuelva a ser puro y valga la pena vivirlo; ya a nosotros, tal vez, no nos alcanzarán los años.

Un saludo muy afectuoso para usted y su esposa de su fiel

64. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

18 de octubre de 1918

Muy querido Hermann Hesse:

Tengo que agradecerle desde lo más íntimo el pequeño libro^[210] y muchas otras cosas. Entre todos los poetas de aquí, es usted el más sólido: hay algo en usted que nada puede estremecer, ya que está arraigado mucho más profundamente que en la época. No dejo de ver cuál es el precio de esa seguridad: una infinita resignación ante los avatares de la vida exterior, renuncia y abnegación. Ha vivido usted unos años difíciles: percibo eso en sus versos, que son ahora tan plenos, tan maduros y claros. Y sé que ya no podrá sucederle nada más.

Expreso todo esto de un modo torpe, pero creo que se da cuenta de lo que quiero decir. Espero estar pronto de ese otro lado en el que se encuentra usted ahora, en ese más allá desde el que se puede mirar a este mundo enloquecido con un espíritu creativo y lúdico, pensando en esos otros mundos que uno ha soñado de un modo más profundo. Ah, ¡por qué no puedo decir todo esto de mejor forma! Sin embargo, lo siento claramente, en donde más duele, con esa claridad que ahora es en usted tan obvia en la palabra, en el pensamiento y en su esencia. Usted mismo no sabe, querido Hermann Hesse, cuánto ha madurado en estos últimos años. Yo sí que lo sé, y por eso se lo digo: si escribiera usted ahora un libro, sería uno absolutamente maravilloso. Hay muy pocas personas de las que esté tan seguro como de usted. Y sin duda no hay ninguna a la que le diría esto de una manera tan impúdica y natural: porque nada sería más fatídico que el hecho de que, una vez que todo en usted ha alcanzado tal madurez y claridad, le sobreviniera otra vez el cansancio o que esta época de desvarios lo arrastrase en su torbellino.

Con afectuosa admiración, su siempre fiel

65. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[Hacia finales de octubre de 1918]

Querido señor Hesse:

No es mi estilo enviar a gente para que conozca a otra gente ni a amigos para que conozcan a otros amigos. Pero me gustaría mucho que conociera usted a mi querido Frans Masereel,^[211] el maravilloso dibujante belga y una de las personas más nobles y sencillas (su *Image de la passion d'un homme*^[212] [Imagen de la pasión de un hombre] me parece una de las obras inolvidables de esta época). Él sabe alemán y le gustan mucho sus obras.

El lunes vendrá a Berna por unas horas, a eso de las 16.30, y se quedará hasta las 18.00. Tal vez pueda escribirle usted unas palabras *poste restante* sobre dónde puede encontrarle en la ciudad o en cualquier otro sitio.^[213]

¡Qué giro ha dado todo mientras tanto! Ya no estoy tan contaminado políticamente como para no sentir una infinita tristeza ante tanto sufrimiento.

Muy afectuosamente, suyo,

STEFAN ZWEIG

Hasta el lunes, M[asereel] estará aquí, conmigo.

66. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Berna, 15 de noviembre de 1918

Querido señor Zweig:

Todavía le debo las gracias por su carta tan amable. No me refiero a aquella en la que me anunciaba usted a Masereel, pues esta última llegó demasiado tarde, en un momento en el que apenas podía hacer nada, sino a la anterior. En ella usted me decía, entre otras cosas, que ya « no podía sucederme nada más », y le entiendo muy bien, si es que con ello se refería a que me he concentrado en un punto tan distante y fuera de la vida mundana, que ya el destino no puede provocarme más dolor. Por desgracia, eso sólo es cierto en la medida en que ése era mi objetivo. Pero no lo he conseguido en absoluto, y, precisamente en los días en los que usted me escribía eso, me sucedieron muchas cosas. Después de

meses que fueron en parte terribles, mi esposa sufrió un trastorno nervioso y está desde hace poco internada en un sanatorio,^[214] ya no me es posible llevar las labores domésticas y tengo que enviar fuera a los niños, dos de los cuales ya se han marchado.^[215] El tumulto en el mundo y la incertidumbre de todo futuro también hacen su efecto, aunque ahora lo sentimos poco. Estoy solo, sumido en profundas preocupaciones. Pero, mientras tanto, no le cuento nada a nadie acerca de esto.

En estos días, concretamente anteayer, debía hacerle la primera visita a mi esposa, pero entonces se interpuso la huelga. Es cierto que todo ese teatro no me conmueve demasiado. El trabajo con los prisioneros debe continuar, pues es ahora más necesario que nunca, y todavía es muy incierto lo que será de ellos o cuándo saldrán en libertad. Por el momento, sin embargo, todo esto se ha interrumpido, los internos están allí sentados, indecisos, la embajada no tiene ninguna directiva y, en parte, tampoco tiene crédito. Eso hace que también falte el consuelo de una labor a la cual, en condiciones normales, podría aferrarme.

Veo cuánto me ha sobrevalorado recientemente en su amable carta. Por algunas horas aflora la sensación de que todos estos acontecimientos y miserias son sólo imágenes que no penetran hasta lo más íntimo. Pero es difícil vivir luego las horas restantes.

Reciba un saludo de este servidor,

H. HESSE

67. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Salzburgo, 28 de julio de 1920

Querido Hermann Hesse:

Desde hace cuatro semanas, desde que leí el *Klingsor*,^[216] tengo intenciones de escribirle una carta. Pero no he estado en condiciones de hacerlo. *Klingsor* ha sido para mí una experiencia tan *personal*, he sentido tantas cosas en ese libro que también hierven de un modo notable en el ritmo sanguíneo de nuestros años, que se ha apoderado de mí cierta sensación de vergüenza, sí, una auténtica y estúpida vergüenza infantil de hablar con usted acerca de ello (sobre todo sin que nadie me lo haya pedido y, más que todo, sobre una hoja de papel). Sólo le digo que lo *subterráneo*, lo *peligroso* en estas novelas cortas (ah, vaya palabra tonta esa de «novela corta») me han hablado con tono fraternal, y seguramente usted me

entiende. También el Dostoievski de los *Tres maestros*,^[217] que espero haya recibido de la editorial Insel (de lo contrario le enviaría un ejemplar), le dice a usted algo.

Querido Hermann Hesse, su senda es tan maravillosamente recta, precisamente porque ese camino se ha adentrado en alguna ocasión hasta las sombrías profundidades de las cosas. He aprendido tantas cosas de usted en sus últimas obras, y ahora lo aprecio como nunca antes. Y poco a poco, también Alemania comienza a darse cuenta de lo que significa tenerle. Perdona usted esta estúpida carta de su siempre devoto

STEFAN ZWEIG

Esta carta, que acabo de releer, es en verdad ilícitamente incoherente, o por lo menos así lo parece: acéptela tan sólo como señal de mi voluntad de decirle que le estoy muy agradecido; le escribiré próximamente una misiva razonable.

68. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Berna [sellado en correos el 4 de agosto de 1920]

Querido señor Zweig:

Gracias por su amable carta; me ha dado con ella una gran muestra de afecto. Estoy solo, casi siempre enfermo, y empiezo a envejecer, y en esos casos se experimentan pocas cosas alegres. Comienza la glaciación.

Si viera usted a Ginzkey, saludelo afectuosamente de mi parte.

Fiel y suyo,

H. HESSE

69. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

*Salzburgo,
2 de noviembre de 1920*

Querido Hermann Hesse:

En alguna ocasión fue usted un hombre (¿lo es todavía?) para el que un buen libro constituía una alegría para varios días. Yo, que estoy aquí encerrado entre el jardín y la casa,^[218] he desarrollado un nuevo amor por estas mariposas de la habitación, esas cosas coloridas, tranquilas y sin palabras; de modo que puede usted ponderar la alegría que sentí cuando recibí ayer su *Wanderung* [Peregrinación]^[219] un libro en el que, ya desde el mismo exterior, se ha alcanzado una armonía a la que muy raras veces se llega.

Y luego, cuando uno lo ha abierto y se ha sumergido en él, cuán maravillosamente agasajado se siente. Está usted hoy, Hermann Hesse, en una hora magnífica. Habla con tal desparpajo desde el sentimiento como sólo es capaz de hacerlo un hombre libre, alguien que ha apartado de sí esos «peores enemigos del hombre», el miedo y la esperanza, alguien que no tiene necesidad de rendir cuentas ante sí mismo y que sólo *vive* en ese sentido último tan parecido al original, al sentido meramente vegetativo. Créame que para alguien como yo, que ha seguido año tras año cada uno de sus pasos, representa un enorme placer sentir que ha dado usted de pronto un salto que le ha llevado desde su antiguo y pequeño universo hasta el mundo eterno. Sólo alguien como yo, que ha permanecido dos décadas inquieto, en eterna peregrinación, sabe toda la voluptuosidad que encierra vivir «en el aire», como dice Beethoven, amigo del azar y del encuentro eterno.

En aquella ocasión en que me envió usted aquella triste tarjeta, tuve intenciones de escribirle unas palabras para animarle. Pero usted no las necesita, usted podrá recuperarse por sí solo. Lo único que deseo repetirle es esto: deje que alguna vez los vientos le traigan hasta nosotros, hasta este hermoso mundo de Salzburgo. Aquí puede vivir también con libertad y sin quejas, mucho más barato incluso que en Suiza. También hay aquí algunas personas que encenderían velas en una pequeña ceremonia por su presencia.

Vivo aquí con tranquilidad, trabajo. Pero en primavera partiré a Italia^[220] por cuatro semanas: tal vez entonces nuestros caminos se crucen.

Con muchos saludos, su fiel y devoto

STEFAN ZWEIG

Querido señor Zweig:

Su amable y hermosa carta me sorprende estando en cama. Yazgo enfermo en la casa de un amigo médico de Locarno,^[221] dado que no encontré atención médica en Montagnola, pero ya estoy un poco mejor. Sus saludos me proporcionaron una gran alegría; pienso a menudo en usted y me sé unido a su persona. Si en algún otro momento vivo una época en la que tenga deseos de viajar, cuando se desvanezca mi terror a las oficinas de pasaportes, iré de nuevo a Salzburgo.^[222] Tampoco está tan lejos. ¡Salude a los amigos!

Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

STEFAN ZWEIG, « TRES MAESTROS (BALZAC, DICKENS,
DOSTOIEVSKI)»
Hermann Hesse

Un libro exquisito, a pesar de cierta tendencia a lo literario y también a lo retórico. Stefan Zweig, ese hombre de fino olfato, describe en un ensayo, hermoso por su forma, las figuras de los tres grandes poetas románticos del siglo pasado: Balzac, Dickens y Dostoievski. Balzac, el poeta de la Francia pos-napoleónica, el poeta de la ambición, de las ansias de poder insatisfechas, del arribismo. Dickens, el idílico de la Inglaterra harta, el entusiasta de lo pequeño, lo cotidiano, lo menudo.

Y Dostoievski, el insaciable, para el que el mundo no significa nada, para el que el sentimiento de la vida significa todo, que prefiere el amado tormento a la saciedad, el desmedido y volcado únicamente hacia su interior, para quien toda realidad se convierte en fantasmagoría, todo sufrimiento en un himno a la vida. Particularmente el trabajo sobre Dostoievski, con mucho el más amplio del libro, ahonda en las profundidades y se convierte en una hazaña creativa.

De *Vivos voco*,
Berná y Leipzig, noviembre de 1920

STEFAN ZWEIG, « ROMAIN ROLLAND»
Hermann Hesse

Es la primera biografía alemana sobre Rolland, y está escrita por Stefan Zweig, quien conoce al poeta desde hace mucho tiempo, quien, en los años de la guerra, estuvo a menudo muy cerca de él y se declaró públicamente partidario, en varias ocasiones, del ideal pacifista de Rolland: por lo que este libro llega en el momento justo. Si bien todavía no es posible emitir un juicio definitivo sobre el poeta Rolland, sobre el hombre Rolland, en cambio, sobre su figura espiritual y su significado para esta época, el autor, Stefan Zweig, ha dicho en este hermoso libro palabras que perdurarán. La obra ha surgido a partir de un amor y un respeto que resplandece en muchas de sus páginas, y lo hace de un modo conmovedor y dominante. Yo también puedo apoyar esa afinidad, ya que la figura de Rolland fue igualmente para mí, durante la guerra, una consoladora garantía para la persistencia del pensamiento europeo; también a mí me facilitaron la subsistencia espiritual, en algunos días sin esperanza de aquellos terribles años, el testimonio, la aprobación y la mera presencia de este valiente y solitario testigo. A muchos les sucedió algo parecido. En el libro de Zweig se muestra de una manera concluyente cómo la vida y el destino íntimo de Rolland apuntaban durante la guerra hacia esa posición solitaria pero influyente en los cuatro puntos cardinales.

De *Wissen und Leben*,
Zürich, 15 de junio de 1921

STEFAN ZWEIG, « MARCELINE DESBORDES-VALMORE RETRATO DE LA
VIDA DE UNA POETISA »

Hermann Hesse

La poetisa francesa Desbordes-Valmore era hasta ahora, por lo menos hasta donde sé, una total desconocida en Alemania. Nació en 1786 y murió en 1859, y su vida, en gran parte, se compuso de miseria, peregrinación y pobreza de comediante. En medio de una vida de estrecheces, esta mujer delicada y magníficamente valiente no perdió la fe jamás, amó por encima del círculo de su vida personal, fue compasiva y repartió consuelo con bondad maternal; familiarizada ella misma con todo sufrimiento, aprendió a transfigurar ese pesar. Y en la miseria de sus pobres pisos alquilados, entre las penurias de dinero, las preocupaciones familiares, las labores domésticas y el teatro, se consoló a sí misma y acunó sus lamentos en versos maravillosos y sencillos, salidos del corazón. En Francia, en su época, era bien conocida, Sainte-Beuve, Baudelaire y Balzac llamaron la atención del mundo sobre esta poeta. Y ahora Stefan Zweig les narra por primera vez a los lectores alemanes esta notable vida. Su hermosa biografía va acompañada de una

selección de sus poemas, traducidos en versión libre por Gisela Etzel, así como de una abundante selección de cartas de la poeta. Es conmovedor y emocionante leer este libro, y los versos de esta mujer (por suerte muchos de ellos aparecen también en su versión original) resuenan en nosotros no como una bella literatura, sino como una naturaleza hermosa e íntima.

De *Vivos voco*,
Leipzig, febrero de 1922

71. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Salzburgo
[hacia el otoño de 1922]

Querido señor Hesse:

Esta vez sólo pretendía pedirle disculpas por haberle hecho llegar mi nuevo libro, *Amok*,^[223] directamente a través de la editorial: los paquetes para Austria tardan catorce días, antes de pasar por todas esas instancias que los retrasan, como la aduana o las oficinas de exportación, y el envío más reciente de cosas a Suiza es otra vez una calamidad. Por eso se lo hice llegar directamente a través de la editorial Insel, pero quisiera que sienta que está pensado personalmente para usted. Tengo la sensación de que algunas cosas en él le resultarán comprensibles y cercanas. Sin pretensiones de vanagloriarme, siento que en muchas ocasiones recorremos interiormente caminos muy próximos, que a los dos esta época nos ha estremecido de igual modo, y que hemos sido empujados hacia un camino interior que a algunos les parecerá tal vez demasiado apartado, como una huida, mientras que nosotros sabemos que es, precisamente, un intento por llegar a lo esencial.

Me parece admirable la frecuencia y la claridad con la que usted, con esa plasticidad que le es innata, expresa lo que a mí me conmueve en medio de mi propia confusión. Sólo que usted es mucho más concentrado, tal vez porque sus sufrimientos han sido mayores, y por los años que lleva de ventaja.^[224] Pronto hará veinte años que sigo su camino, ese camino que, por muy duro que a usted le parezca, es maravillosamente hermoso. ¡Cuán lejana parece ahora la distancia entre obras en apariencia tan maduras como *Camenzind* y *El último verano de Klingsor*! Usted no se dará cuenta tan plenamente, porque, en su sentimiento, incluye (¡de un modo inconsciente!) el precio que ha tenido que pagar al destino

por esa depuración, mientras que nosotros, sus amigos, sólo sentimos el mero peso del valor y cómo cada cosa nueva presiona un poco más el cascarón. No permita usted, por ello, que las horas se le oscurezcan en su soledad, en ese exilio que usted mismo ha escogido, unas horas cuyo reflejo en el espíritu, en la imagen poética, nos hace tan felices. Y recupere otra vez un hábito de su juventud: ¡el de peregrinar! Ello renueva al hombre desde abajo. Tres semanas en Italia el año pasado, una semana en París, una semana junto al mar en la primavera y en el verano, me han liberado este año, una vez más, de todo lo que amenazaba con sepultarme, y me he jurado no quedarme quieto nunca más por mucho tiempo, mientras las piernas me soporten. Al único sitio que no pude ir fue a Lugano, en parte por consideración a la familia (mi anciano padre,^[225] que estaba muy enfermo por esa época, se hallaba solo en Viena), en parte por miedo a las multitudes y a mi cansancio creciente cuando estoy entre mucha gente. Pero usted, querido y admirado Hermann Hesse, no desaprenda lo que es el mundo: venga alguna vez a vernos, siempre tenemos lista una habitación para usted si decide pasar por aquí; en todas partes hay gente esperándole para darle las gracias, en todas partes le aguarda el viejo mundo para entregar algo de su eterna juventud.

¡Acepte esto a modo de gratitud por su saludo! ¡Le recordamos muy a menudo, siempre con un profundo cariño! Muy fielmente, suyo,

STEFAN ZWEIG

72. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

De viaje, 27 de noviembre de 1922

Querido Stefan Zweig:

Su amable carta me ha encontrado enfermo, internado en el balneario de Degersheim, en Toggenburg,^[226] donde se me han echado encima con ayunos y métodos para sudar, con una auténtica cura de caballos que he soportado durante cinco semanas; ahora, sin embargo, me siento frágil, y estoy en el viaje de regreso al Tesino, lentamente, donde iré a visitar a dos de mis hijos y a algunos amigos.

Me ha escrito usted una carta muy amable, por la cual le estoy agradecido.

Ahora recibirá usted un libro mío,^[227] cuyos tres últimos capítulos le mostrarán con claridad el último tramo de mi peregrinación interior. ¡Acójalo

como un gesto de fraternidad! Ya cuando lei su leyenda del juez justo^[228] me pareció que ésta estaba emparentada un poco con mi *Siddhartha*. Mi santo viste un atuendo indio, y su sabiduría está más próxima a la de Lao Tsé que a la de Gotama. Lao Tsé se ha puesto ahora muy de moda en nuestra buena y pobre Alemania, pero casi todos lo ven en realidad como una paradoja, mientras que su pensamiento, precisamente, no es paradójico, sino rigurosamente bipolar, de modo que tiene una dimensión más. Y yo bebo con frecuencia de esa fuente.

Desde su primera visita a Gaienhofen se nos han ido acumulando todo tipo de vivencias que nos unen, y yo suelo mecarme de vez en cuando, con placer y gratitud, sobre ese puente colgante, y entonces pienso en usted con un sentimiento de amistad. Salúdeme a su querida esposa de mi parte. Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

73. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

*Salzburgo,
13 de diciembre de 1922*

Querido Hermann Hesse:

¡Llegue hasta su plácido mundo mi profunda gratitud por sus amables palabras! También yo siento, cuando miro en retrospectiva todos estos años, que entre nosotros hay una curiosa andadura conjunta en la lejanía. No es casualidad que, hace ya más de veinte años, hayamos comenzado con esa afinidad en la poesía y luego hayamos coincidido una y otra vez en cuestiones decisivas como las de la guerra o Rolland; que ambos, al mismo tiempo, hayamos, a través de una leyenda del mundo indio, introducido variaciones en unos conocimientos similares. Intuyo con exactitud que eso no es fruto del azar, sino que obra en ello un destino, que son algunas de esas misteriosas similitudes por las cuales me gusta tan infinitamente una obra como *Klingsor*. Quizás usted, al mismo tiempo, podrá leer en mi nueva novela corta, *Amok*—que espero le hayan enviado de la editorial Insel; y de no ser así, le ruego me lo comuniqué—, algunas cosas que permanecen oscuras o cerradas para los demás. Precisamente en estos días me he sentado para escribir un resumen acerca de sus últimos libros^[229] —tal vez no saldrá sin que roce lo personal, pues en la actualidad ya no me parece correcto hablar desde lo alto, desde una cátedra literaria imaginaria; tengo que tratar un asunto en la medida en que lo hago mío, de lo contrario no me interesa

—. Espero poder concluir en estos días el ensayo, que pronto le mostraré en qué medida veo reflejado en sus obras su propia metamorfosis.

La mayoría de los narradores y prosistas de Alemania en la actualidad escriben, para mi sentir, muchas cosas intrascendentes (si bien lo hacen de forma magistral), cosas que se caracterizan por la carencia de valor en la psicología, y toda esa problemática me parece, en aquéllos, orientada hacia el azar, mientras que, en su caso, siento con mucha fuerza ese movimiento penetrante hacia lo central, hacia el nervio de la existencia.

Querido Hermann Hesse, me han alegrado mucho sus palabras. Antes, cuando éramos jóvenes y no pesaban sobre nuestros hombros la carga de la correspondencia ni la agencia del llamado éxito, nos enviábamos alguna que otra hoja de papel de tiempo en tiempo. No permitamos que se pierda esa buena costumbre de antaño y, sobre todo, déjese usted ver alguna vez. Sabe, porque ya se lo dije en una ocasión, que aquí le esperamos con hospitalidad, y tengo ahora la sensación, más cierta que nunca, que nos sentiremos muy a gusto estando juntos.

Reciba un afectuosísimo saludo de su

STEFAN ZWEIG

EL CAMINO DE HERMANN HESSE

Stefan Zweig

Toda altura alcanzada es siempre el retorno de un comienzo: es por eso, precisamente, que el artista famoso y querido por todos permanece encerrado en una especie de anonimato, de un modo similar —o incluso más— que el desconocido; vive encostrado, petrificado dentro del concepto llano y manejable que el mundo se ha creado de su singularidad, y sus transformaciones y metamorfosis más profundas se hunden bajo esa superficie de un modo igual de misterioso e imperceptible para los otros. La opinión pública clava siempre la vista, únicamente, en la sombra que ha arrojado sobre el mundo el esplendor temprano del primer éxito de sus poetas, y durante mucho tiempo no se da cuenta de que, entretanto, el hombre vivo —que anda cuesta arriba o cuesta abajo— ha abandonado su antiguo molde. Uno de esos ejemplos contemporáneos de mirada imprecisa me parece encontrarse en la valoración que se hace de Hermann Hesse, cuya notable, asombrosa y significativa transformación y profundización de su esencia poética ha permanecido casi inadvertida debido a la popularidad generalizada, amplia y satisfecha, calentada incluso en el ámbito de un público hogareño. Sin embargo, no conozco en la literatura alemana de los últimos tiempos

un camino más singular de desarrollo interior que el suyo, un camino con todas sus sinuosidades, pero recto a fin de cuentas.

Hermann Hesse comenzó a escribir hará ahora unos veinte o veinticinco años, y comenzó como lo hace el hijo de un pastor de Wurtemberg: con versos, versos muy suaves y añorantes. Por entonces trabajaba como ayudante de librero en Basilea, era tremendamente pobre y estaba solo. Pero, como siempre sucede con los poetas anhelantes, cuanto más amarga es la vida, más dulces son su música y sus sueños. Todavía hoy me sé de memoria algunos de aquellos poemas (que a mí, el más joven, me cautivaron por su tono sedoso, por la delicadeza del sonido), y todavía hoy me parecen excepcionalmente hermosos, todavía hoy siento el aliento puro de un poema como éste, titulado «Elisabeth» :

*Como una blanca nube
en el alto cielo,
así de blanca, bella y distante,
eres tú, Elisabeth.*

*La nube pasa y se marcha,
sin que apenas la percibas,
y a través de tus sueños
penetra en la oscura noche.*

*Pasa con tan argénteo brillo,
que luego, sin descanso,
sientes la dulce nostalgia
de esa nube blanca.*

No había ningún tono nuevo en esos poemas, como sí los había, por ejemplo, en aquellos del joven Hofmannsthal o de Rilke, que coronaban las bóvedas del lenguaje lírico por la misma época, llenándolas de sonidos; era el mismo bosque romántico alemán de antaño, en el que sonaban los cornos de Eichendorff y resonaba sobre las praderas la dulce chirimía de Mörike. Sin embargo, en ese tono de añoranza vibraba una pureza notable que hizo que entones algunas personas aguzaran el oído. Entretanto, aquel hombre vehemente se había escapado de la tienda de libros, vagó por las calles como un nómada y bajó hasta Italia; escribía en algunas ocasiones, uno o dos libros de los que apenas nadie tomó nota. Y de repente, en cuanto la Neue Rundschau y la editorial S. Fischer publicaron su primera novela, Peter Camenzind, el joven se hizo famoso. Exactamente lo mismo que en un principio nos conmovió tanto de sus poemas a unos pocos jóvenes, conmovía ahora, con fuerza arrolladora, a un círculo mucho más amplio: la profundidad, la pureza de esa añoranza, la prosa sonora, educada

con *Gottfried Keller*; y —esto hay que decirlo para explicar la gran amplitud del éxito— cierta germanidad en el sentimiento, un brio suave en la sensibilidad, la cautelosa sordina de todas las pasiones, esa manera del sentimiento alemán que se expresa en los cuadros de *Hans Thoma*, como aquél en el que un adolescente está sentado con un violín a la luz de la luna, aquellos cuadros de sentimiento puro y tonos delicados que fascinan tanto a los jóvenes y que luego, a pesar de todo el respeto, le parecen a uno, de algún modo, tenuemente vergonzosos. También sus novelas siguientes, *Bajo la rueda* y *Rosshalde*, así como algunas novelas cortas, conservaron esa pureza suave y se hicieron muy populares: se las puede calificar, con justicia, como el noble prototipo del arte narrativo germano-burgués.

Entonces hubiese podido creerse que con ello quedaría satisfecha la añoranza del peregrino; entonces el otrora pobre ayudante de librero estaba asentado en su casa junto al lago de Constanza, tenía una mujer y dos luminosos hijos a su lado, un jardín, un bote, una cifra escandalosa de ediciones y una celebridad literaria y burguesa muy extensa. Podía, pues, vivir plácidamente y bien. Pero, hecho llamativo, cuanto más lo colmaba el exterior, cuanto más sosiego acudía a él, tantas más cosas se inflamaban, se desataban y movían en el interior de este hombre curioso. Y poco a poco aquella añoranza, otrora pálida, tan alemana y sentimental, se fue transformando en una inquietud humana, demasiado humana, una conmoción impaciente y buscadora de todo el ser. Por algunos pequeños síntomas se notó primero que ese hombre no reposaba en sí mismo, en su éxito, que quería siempre otra cosa, algo más esencial, que él —para emplear el genial diagnóstico de *Goethe* sobre el hombre de espíritu genuinamente poético— era de aquellos que tienen una pubertad repetida, un recomienzo eterno de la juventud. Eso lo sacó de nuevo de la sólida casa y lo llevó de viaje otra vez, lo atrajo hasta la India; luego, de repente, empezó a pintar, a practicar la filosofía, incluso una especie de ascetismo; poco a poco la inquietud, la voluntad de transformación a partir de un elemento meramente poético y anímico, se convirtió en una disposición del alma, en una emoción dolorosa y profunda del hombre en su conjunto.

En sus obras, sin embargo, esa transformación no se reveló de forma tan inmediata. Los hermosos volúmenes de novelas cortas de aquellos años de tránsito forman parte, ciertamente, de la prosa narrativa más pura, y *Knulp*, ese solitario rezagado de un universo romántico, me parece un imperecedero fragmento de esa pequeña Alemania, un cuadro de *Spitzweg* que, al mismo tiempo, está lleno de una música pura, como una canción popular. Sin embargo, para mi gusto personal, en todas aquellas novelas cortas de *Hermann Hesse*, tan justamente populares, hay siempre cierta cautela comedida, una consideración sentimental que, con su música y su lirismo, se desentiende del problema allí donde éste es más caliente, más quemante e hirviente; yo no sabría expresarlo de otra manera. No es que él, como la mayoría de los grandes poetas alemanes, falsifique las cosas, ni que, de un

modo consciente, describa a sus personajes dotándolos de una psicología fraudulenta, porque eso tampoco lo hace jamás ninguno de los románticos, ni Stifter, ni Storm. Lo único que hacen estos, últimos es no decir la verdad completa, se evaden y apartan allí donde la realidad les parece sensual y, por lo tanto, ya no tan poética. Y ese gesto cobarde de volver la cabeza (o, para decirlo de un modo más respetuoso: ese púdico gesto de volver la cabeza), ese reconocimiento que, al mismo tiempo, no quiere ver, no hace sino restar valor a la mayoría de las novelas cortas de Hermann Hesse escritas en aquellos años, al igual que disminuía otras novelas cortas de Stifter y de Storm, y es que a estos escritores les falta esa voluntad resuelta y decidida para acorrallar la realidad y acorrallarse a sí mismos, en lugar de envolverla en un velo romántico en el último instante. En la persona se presentía ya al hombre entero, en los libros se presentía aún el eco del adolescente que no se atrevía a ver el mundo de otro modo que no fuera romántico, poético.

Entonces vino la guerra —y a uno se le quema la boca al atribuirle a esta última algún mérito—, la cual, debido a la excesiva presión reinante en la atmósfera, exprimió lo decisivo de tanta gente, y fue ella también la que promovió en Hermann Hesse esa brecha interior. Toda la vida del autor se volvió un caos entonces: hacía tiempo que había perdido ya su luminosa casa, el matrimonio había terminado, los hijos estaban lejos; solo, en medio de un mundo que se derrumbaba, rechazado con violencia en su desmembrada y romántica fe en Alemania y Europa, Hesse, como un desconocido, como un principiante, tuvo que poner de nuevo manos a la obra. Y a partir de una espléndida intuición de esa profunda roturación de su esencia, de la total renovación de su destino, de un nuevo comienzo de la vida, Hermann Hesse hizo entonces algo que no se había atrevido a hacer desde hacía mucho tiempo ningún poeta de rango en Alemania (algo que cualquiera debería intentar en su vida por lo menos una vez): publicó la primera obra de su nueva etapa no con el estandarte seguro de su nombre, sino que la lanzó al mundo con el más estricto anonimato de un seudónimo insignificante. De repente, la novela de un desconocido Emil Sinclair comenzó a levantar cierto revuelo en los círculos literarios: Demian se titulaba aquel libro notablemente oscuro y profundo, que contaba la historia de una juventud de una manera curiosamente ramificada que se adentraba hasta las mismas tinieblas del alma. Cuando lo leí, pensé en Hesse, pero sin sospechar que él pudiera ser el autor: a mí el tal Sinclair me parecía un vástago de la misma especie, un joven que había leído mucho a Hesse, pero que lo superaba con creces en el conocimiento del alma, en una sinceridad bastante poco frecuente. Porque allí estaba ausente del todo ese carácter elusivo, ese tono vacilante en la psicología; por el contrario, había en ese libro un sentido aumentado que iba perforando el elemento misterioso de la vida con un espíritu más que despierto; las acuarelas de las vivencias del alma, que antes pasaban con mano temblorosa y trazos delicados

por encima de los destinos oscuros, habían cedido el paso aquí a unas tonalidades sensuales y cálidas. Y mi asombro se volvió respeto cuando, dos años más tarde, supe que Emil Sinclair era Hermann Hesse, pero un nuevo Hermann Hesse que había llegado hasta su propia esencia, el Hermann Hesse real, el hombre, no el soñador.

Ese límite es hoy absolutamente nítido, y desciende hasta las raíces más recónditas de su esencia. No es que la problemática del otrora tan delicado observador se haya convertido en algo distinto que penetra hasta lo más profundo y que absorbe lo oscuro dentro de sí; no es que una tormenta interior se haya llevado con un soplo, y por completo, el aliento, sentimental de la boca del hombre que habla; sólo que ahora una mirada distinta y más sabia lo domina todo: lo inconcebible, la contemplación, la pupila. El misterio ronda desde siempre el invisible avance de un artista hacia sí mismo, y eso es algo que las palabras no pueden expresar. En el caso de los pintores es más obvio, uno puede ver de forma sensorial cómo aflora en ellos, de repente —por ejemplo, después de un viaje a Italia o cuando han contemplado por primera vez a un nuevo maestro de la pintura—, el misterio de la luz, del aire, del color; entonces puede apreciarse cómo comienza una nueva fase de su arte. En el caso de los poetas, esa transformación es menos palpable, sólo el nervio puede sentirla. Ahora, cuando Hesse describe un árbol, un ser humano, un paisaje, no me siento en condiciones de explicar por qué su mirada y su tono son distintos, más plenos, más sonoros, más claros; no soy capaz de decir por qué todas las cosas son un grado más auténticas y están más próximas a lo que son en sí mismas. Pero léanse aquellos libros completamente fortuitos, posteriores al Sinclairs Notizbuch [Cuaderno de apuntes de Sinclair] (publicado por la editorial Rascher & Co., de Zúrich), y el texto Wanderung [Peregrinación], estos últimos ilustrados con acuarelas propias, y compárense con aquellas descripciones poéticas juveniles. Aquí todo es savia y fuerza en el lenguaje, y cuenta con esa economía que sólo puede permitirse la abundancia; todavía ondula en el autor la antigua inquietud, sólo que ahora lo hace con un oleaje más profundo. Pero lo más maduro, lo más rico y singular que nos ha dado hasta ahora este nuevo Hesse es su novela corta El último verano de Klingsor, que en mi opinión, y según una valoración consciente, es una de las obras más significativas de la nueva prosa. En ella se ha alcanzado una transformación muy poco frecuente: la mirada se ha vuelto mágica, consigue, a partir de la propia fuerza de su alma, crear un resplandor titilante y fosforescente aun en aquellas zonas oscuras, un resplandor que ilumina el misterio de las fuerzas concomitantes. Nada abarca más amplia y tibiamente todo que esa luz centelleante y concentrada, para ella la vida se vuelve fatal y demoniaca, una atmósfera eléctrica que se crea una iluminación abismal a partir de sus propias fuerzas. En el cuadro vital del pintor Klingsor; los colores de Van Gogh han sido transformados en una nueva composición en prosa, y nada muestra con mayor claridad el camino que ha

transitado Hermann Hesse: desde Hans Thoma, ese poeta-pintor de la Selva Negra, el hombre idealista y de trazos llanos, hasta esa magia poseída de los colores, hasta la disputa eternamente apasionada entre la oscuridad y la luz. Y cuanto más inabarcable, múltiple y misterioso, tanto más mágica, confusa y difuminada es la manera en la que el autor siente el mundo, con tanta mayor seguridad y claridad se yergue dentro de sí mismo el hombre que conoce. La notable pureza de la prosa, la maestría de la expresión de esos estados inefables le otorgan a Hermann Hesse una categoría muy particular en el marco de la poesía alemana, esa que, por lo general, intenta describir y reflejar lo más poderoso a través únicamente de formas o no-formas caóticas, a través del grito y del éxtasis.

La última obra de Hesse también está pletórica de esa economía: se trata de su poema indio Siddhartha. Hasta ahora, Hesse, en sus libros, siempre había lanzado al mundo preguntas anhelantes a través de sí mismo; aquí, sin embargo, intenta responder por primera vez. Su parábola no es altanera ni tiene pretensiones sabias ni aleccionadoras, reposa en una contemplación que respira con tranquilidad: jamás su estilo fue más claro, transparente y despreocupado que en esta casi objetiva descripción de los senderos espirituales de un hombre que se va aproximando a sí mismo, escindido entre la fe y el descreimiento. Después de aquellas oscuras melancolías, de las púrpuras desgarraduras del libro de Klingsor, aquí la inquietud pasa a ser una suerte de reposo: parece haberse alcanzado en ella un peldaño desde el cual puede tenerse una amplia perspectiva del mundo. Sin embargo, uno presiente que ése todavía no es el último. Porque lo esencial de la vida no es su reposo, sino su movilidad. Quien desee aproximarse a esa esencia tiene que insistir en una eterna peregrinación del espíritu, en una eterna inquietud del corazón; cada paso de esa peregrinación es, al mismo tiempo, un acercamiento a uno mismo. Pocas veces, salvo con Hermann Hesse, he sentido con mayor fuerza esto en un poeta contemporáneo en el ámbito de nuestra literatura alemana. Aunque originalmente, en efecto, Hesse es menos talentoso que otros en términos de creatividad, y está, además, gracias a una pasión innata, menos embebido de lo demoníaco de la existencia, poco a poco ha ido acercándose a sí mismo a través de esa profunda inquietud, ha ido penetrando cada vez más en lo hondo del mundo verdadero, y lo ha conseguido más que todos sus compañeros de juventud, lo ha hecho más allá de su propia fama, de la popularidad general de la que goza: todavía es imposible delimitar su esfera, mucho menos sus posibilidades definitivas. Pero sí que hay una cosa cierta: toda obra poética que sale hoy de la pluma de Hermann Hesse, después de esa metamorfosis interior al mismo tiempo tan abnegada y perseverante, tiene la pretensión de una validez moral extrema y cuenta también con nuestro amor. Y algo más que es cierto: a pesar de la admiración por todo lo ya hecho, se puede, y se debe, poner en este hombre de algo más de cuarenta años las mismas expectativas que mostramos ante un principiante.

De Neue Freie Presse,
Viena, 6 de febrero de 1923

74. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Montagnola,
10 de febrero de 1923

Querido señor Stefan Zweig:

Como consuelo para una nevada repentina, que vino ayer a cubrir de nuevo nuestra primavera en ciernes, me llegó su ensayo, que leí esta mañana en la cama, y ahora me dispongo a darle las gracias y a expresarle la sincera alegría por la sagacidad, la sensibilidad y el esmero que muestra ese texto. Yo veo algunos detalles de un modo diferente; por ejemplo, no pienso que *Rosshalde* sea un libro de la misma índole que *Bajo la rueda*, etcétera, sino que marca claramente y con énfasis un punto medio, ese punto de la contención y la reflexión, al que le siguen *Märchen* [Cuento de hadas],^[230] el primer despertar, y *Demian*,^[231] la primera obra esencialmente distinta. Pero nada de eso tiene importancia, y sólo lo digo para demostrarle que he leído su ensayo con atención.

Desde mi punto de vista, mi camino sería el siguiente: en la temprana juventud, debido a una obstinación contra la casa paterna, no conseguí desarrollarme dentro del mundo religioso-espiritual en el que crecí; es decir, no logré convertirme en un cristiano a mi manera, sin que ello significase la pérdida de mi propia personalidad. Ante tal situación, era fácil convertirse en poeta; por eso, durante muchos años, la poesía fue para mí un paraíso en el que jamás dejaba entrar del todo los conflictos de mi vida personal y espiritual. Desde muy temprano me dediqué a los estudios sobre la India, a los métodos de vida indios, y encontré mi religión dentro del lenguaje de imágenes de la India y de China; es decir, di con la religión que me parecía echar en falta en Europa. Que ella aparezca aún en *Siddhartha* bajo el ropaje hindú no significa que todavía me resulte importante lo hindú que hay en ese libro; sin embargo, sólo cuando ese elemento hindú empezó a dejar de ser importante para mí, se me hizo posible describirlo, del mismo modo que siempre me parecen descriptibles aquellos elementos de la vida que me dicen adiós y se alejan de mí.

Esto está mal formulado y, por supuesto, sólo queda dicho entre nosotros.

Reciba mis saludos en su querida Salzburgo; me alegra saber que está usted allí, es una idea que me resulta agradable. Montagnola sigue prestándome un

servicio, y por ahora no parece que nada vaya a cambiar. Pero ¡quién puede saberlo!

Le saluda afectuosamente, con la lealtad de siempre, este servidor,

H. HESSE

75. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

*Salzburgo,
21 de febrero de 1923*

Querido Hermann Hesse:

Muchas gracias por su amable carta. Si le he proporcionado una alegría, entonces se ha cumplido el propósito inicial. Ahora la *Neue Freie Presse* me ha solicitado que se ponga usted mismo en contacto con ellos y les haga llegar ocasionalmente algún texto (dicho en privado, ellos aceptan que les envíen trabajos que aparezcan simultáneamente en publicaciones alemanas o de la Bohemia de habla alemana, pero no reimpressiones).

Muy afectuosamente, suyo,

STEFAN ZWEIG

76. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Zúrich, 14 de marzo de 1923

Querido Stefan Zweig:

Su libro *Amok* es hermoso, hay muchas cosas en él que me han conmovido muy de cerca, y por eso lo releo una y otra vez.

Le agradezco también su tarjeta, pero no me apetecería trabajar con la *Neue Freie Presse*.

Los ciruelos comienzan a florecer; y o, en cambio, padezco muchos dolores y pronto tendré que someterme a una nueva cura.^[232]

Le saluda afectuosamente este servidor,

77. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[Friburgo, 20 de febrero de 1925]

Querido Hermann Hesse:

¡Tan cerca de usted, a quien tanto desearía volver a ver! ¡Pero espero que eso suceda pronto!

Su fiel servidor,

STEFAN ZWEIG

Espero poder visitarle pronto. ¡Hasta la vista!

Suyo,

PHILIPP WITKOP^[233]

Mis saludos más devotos,

W. MOMBER^[234]

Y para acabar, uno que sí irá a verle con toda seguridad, y muy pronto,

EMIL RONIGER^[235]

78. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Salzburgo, 14 de mayo de 1925

Querido señor Hesse:

Tengo que escribirle algunas líneas acerca de su libro sobre el balneario en Baden,^[236] que me llegó ayer y que lei de inmediato. Permítame ser inmodesto

por dos minutos y, por mor de nuestra antigua relación, decirle algo que resulta casi altanero: creo que existen pocas personas que sientan de un modo más íntimo lo que a usted le importa en realidad. Para mí está muy claro el camino que conduce desde *Demian* hasta *Klingsor*, *Siddhartha* y ahora hasta este libro, y eso tal vez se deba a que yo mismo tengo cada vez una mayor proclividad a la pasión por la psicología y a la autenticidad. Percibo muy claramente cómo ha pasado usted desde el nivel superficial de ese elemento juvenil todavía sentimental (*Peter Camenzind*), y ha ido bajando, de un modo inexorable, a regiones más profundas, hasta llegar a su verdadera esencia; lo que me parece otra vez maravilloso en este nuevo libro es la manera en que usted, a través de la poesía, haciendo incluso uso de un ligero humor, ha sabido soltar lo doloroso y, en cierto sentido, el lado científico del diagnóstico.

Nos conocemos mutuamente, querido Hermann Hesse, y esto desde hace tiempo, el suficiente como para que tenga yo ahora que untarle la boca con miel, de modo que podrá usted creerme cuando le digo que he recibido este libro con un goce inaudito y una satisfacción verdaderamente fraternal. Es, por cierto, un placer especial ver cómo usted, por obra y gracia del azar, ha rozado una esfera emparentada con la de Thomas Mann (el particular estado del alma de un enfermo en un sanatorio); sin embargo, su libro libera, mientras que el de Mann deprime. En fin, que me he sentido muy próximo a usted y sería un verdadero holgazán si no le escribiera por lo menos unas líneas para decírselo. Yo también le he enviado un libro mío, *Der Kampf mit dem Dämon* [*La lucha contra el demonio*],^[237] el cual, espero, lleve ya varios días en sus manos. Pero no por eso necesita usted decirme nada sobre él, salvo, quizá, si aún no lo hubiese recibido; en ese caso infórmeme de ello con unas breves palabras para hacer que se lo vuelvan a enviar.

Que le vaya bien, querido y muy estimado Hermann Hesse; si no me equivoco del todo, nos queda un año para cumplir el primer cuarto de siglo desde aquel momento en el que intercambiamos nuestro primer saludo. ¡Con tanta mayor satisfacción pasamos ahora a ese segundo cuarto de siglo! Su fiel servidor,

STEFAN ZWEIG

Querido señor Zweig:

Reciba usted mi gratitud por su amable carta, con la cual me ha deparado una alegría. No son muchas las personas, aparte de usted, de quienes haya esperado una palabra de auténtico entendimiento de mi breve libro sobre el balneario, y como nosotros, además del noble instinto de entender, poseemos además el deseo algo sentimental de ser entendidos, me siento muy contento con su amable carta.

He recibido su libro, y le doy las gracias por ello, pero, en vista de que no deseo leerlo de un modo superficial, sólo he podido llegar hasta la parte dedicada a Hölderlin, un fragmento que disfruté y al que le he tomado cariño. He vuelto a pasar este invierno en Basilea, como el anterior,^[238] pero no me sentó nada bien, y todavía no sé si repetiré el experimento. Llevo muchos años viviendo en soledad, a menudo he pasado incluso meses sin hablar con nadie, y ahora que de cuando en cuando intento de nuevo ver el mundo y tratar con personas, se pone de manifiesto que tengo una costra a mi alrededor y que huelo a algo que la gente no puede soportar, por lo cual me dejan solo una vez más, de forma rápida y espontánea,^[239] aun en los casos en los que yo ni siquiera busque eso. Desde hace algunas semanas estoy de nuevo en mi casa del Tesino, y he retomado mi oficio del verano, la pintura con acuarela. Ello y, en ocasiones, la lectura son las únicas alegrías que me han quedado. Mientras le escribo esto, entra por la ventana el viento, el trueno de una tormenta y el canto de un cuclillo.

Le saluda afectuosamente, suyo,

H. HESSE

80. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Stuttgart, 1925]

Querido Stefan Zweig:

Su *La lucha contra el demonio* es un libro muy hermoso, por el cual le doy las gracias ahora una vez más.

Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

81. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[29 de mayo de 1925]

Querido señor Stefan Zweig:

Con satisfacción he recibido aquí en mi casa a un compatriota suyo, alguien de su círculo de amigos, y hemos pensado con afecto en usted.

Muchos saludos de este servidor,

H. HESSE

Un afectuoso saludo.

Estamos sentados en un bosque de castaños, delante de una bodega, con vino, pan y queso.

FELIX [BRAUN]^[240]

82. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

[6 de noviembre de 1926]

Mi querido Hermann Hesse:

Puede usted tirar tranquilamente estas pocas líneas si le parecen estúpidas o impertinentes. Sólo quería decirle que sus poemas publicados en el *N[eue] R[undschau]*,^[241] después de cierta resistencia inicial, me han conmovido en lo más profundo; por lo general, no me gustan esas confesiones colectivas de los antiguos cristianos, pero aquí el aspecto lírico, gracias a su desenfado, tiene un sonido tan estremecedor, a veces intencionadamente metálico u óseo, que he llegado a sentir un escalofrío. Sin embargo, de un modo casi mágico, me siento muy cercano a usted en muchas vivencias —algo de por sí curioso y que he advertido con suma frecuencia—, he experimentado algunas cosas suyas bajo mi propia piel, en la misma medida en que observaba, entendía y me contemplaba. Sé cómo ahora, en su caso —un hombre que fue demasiado suave durante demasiado tiempo—, el diablo le ronda, sé cómo se ha desgarrado usted la piel delgada y pálida, hasta sacarse sangre, a fin de palpar debajo la carne roja y caliente. Querido Hermann Hesse, en todo este desvaído estercolero de la

literatura, le aprecio a usted muchísimo, más que nunca antes, y sólo deseaba decírselo. Tengo la sensación de que si pudiéramos sostener un día una larga charla, nos entenderíamos. Siempre nos hemos entendido, cuando todavía no sabíamos nada; tanto mejor nos entenderemos ahora, que llevamos en el cabello esas primeras canas que soportamos de mala gana. ¡Es una carta estúpida, lo sé! Pero algo tenía que decirle cuando leí aquellos poemas, porque ellos enseguida apelaron a mí. Las palabras son indiferentes. Ojalá sienta usted lo que quiero decir.

Muy afectuosamente, suyo,

STEFAN ZWEIG

Tengo hoy, en el Burgtheater, el estreno de mi versión de *Volpone*,^[242] pero estoy en Salzburgo. Ya no puedo soportar los teatros, me enferman los grandes grupos de personas, me provocan náuseas, como si fuera una mujer embarazada. Eso de la soledad es un arma de doble filo.

83. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Zúrich,
10 de noviembre de 1926

Querido amigo Stefan Zweig:

Aquellos poemas publicados en la *Rundschau* son una selección tomada de un pequeño ciclo que debe aparecer hacia finales del invierno.^[243] Entre las pocas direcciones que he dado para que se envíen ejemplares privados, está también la suya. Ya ve usted que había contado con que me entendiera, de modo que también puede imaginar la alegría que significó para mí la amable carta suya que acaba de llegarme hoy.

Le escribo sin sosiego, en un entorno poco favorable: acabo de llegar aquí para pasar una parte del invierno; estoy sentado entre las maletas a medio deshacer y todavía no he conseguido acostumbrarme de nuevo al ruido de la ciudad. No obstante, no quisiera poner su carta junto a todas aquellas que uno se propone responder más tarde, y por eso me veo obligado a enviarle de inmediato, por lo menos, un breve saludo.

Puedo imaginar que mi problema es, en parte, también el suyo. No se trata del problema del hombre que empieza a envejecer y que tiene que empezar a

saborear los difíciles años alrededor de la cincuentena, sino más bien el problema del autor al que su oficio se le ha vuelto dudoso y casi hasta imposible, porque ha perdido el sentido y el suelo bajo sus pies. Desde la guerra, eso ha ido aumentando en mí de manera constante, y los siete años de vida en solitario en mi pueblo del Tesino no lo han hecho más fácil.

En un principio, a partir de esa miseria, y de la enorme dificultad a la hora de crear (cada palabra me produce un tormento), no conozco otra salida que el intento de expresar esa misma miseria, es decir, escribir confesiones, y una parte de esas confesiones son estos poemas. Todavía no sé cuándo me estará permitido escribir de nuevo «objetivamente» y actuar y crear de un modo puro, como artista. El mero propósito de sobrellevar la vida es en principio, a pesar de algunos momentos felices, lo suficientemente difícil.

Estaré de viaje más o menos desde el 22 de noviembre hasta mediados de diciembre, visitando a amigos en Fráncfort y en sus alrededores,^[244] ofreciendo lecturas para pagar la gira, también en otros dos sitios, algo que hago en muy raras ocasiones. Por lo demás, pienso vivir todo el invierno en Zúrich, y si viniera usted por aquí en algún momento, me daría una alegría. Sin embargo, le pido que no le diga a nadie más cuál es mi dirección en esta ciudad.^[245]

Muchas gracias por su amable aclamación, y reciba un afectuoso saludo de su

H. HESSE

84. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Baden, 5 de noviembre de 1928]

Querido Stefan Zweig:

Muchas gracias por su discurso sobre Rilke;^[246] lo leí con satisfacción e interés. Estoy curándome en un balneario de aguas sulfurosas, y pretendo pasar el invierno en Zúrich (Schanzengraben 31); no regresaré a Montagnola hasta la primavera.

Reciba un afectuoso saludo de su

H. HESSE

85. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[18 de noviembre de 1929]

Querido señor Zweig:

De regreso de un breve viaje a Suabia,^[247] enfermo y congelado, me encuentro con el correo de hace catorce días. Y para olvidarlo por un día, cogí su *Kleine Chronik* [Breve crónica]^[248] y he permanecido tumbado, leyendo y pensando en usted durante todo esta gris jornada.

¡Muchas gracias por pensar en mí!

Vivo bastante tranquilamente, intentando dificultarle aún más al mundo la tarea de alcanzarme. Pero eso no siempre funciona. El mundo, en la actualidad, está tan diabólicamente a gusto y satisfecho consigo mismo, como si hubiese comenzado de nuevo una « gran época ». Pero a veces hay sol y mariposas, y otras veces se siente una dicha plácida mientras se hace música (versos), y hay otras en las que aparece un fructífero rayo salido de alguna máxima de los antiguos chinos.

Le saluda, de todo corazón,

HERMANN HESSE

[Hacia el final del año 1931, Stefan Zweig le envió a Hesse el manuscrito de la bibliografía de sus obras, reunida por Erwin Rieger y Fritz Hünich. Ese libro, que fue publicado en la editorial Insel con motivo del quincuagésimo cumpleaños de Zweig, registraba, entre otras, más de cien traducciones de obras de este autor a otros idiomas, V. K.]

86. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Salzburgo,
9 de diciembre de 1933

Querido Hermann Hesse:

Esta época se ha vuelto tan extraña, y uno mismo se siente tan inseguro de

todas las relaciones, que un simple saludo nos hace más felices que antes un exuberante regalo. Por eso su poema^[249] fue para mí algo más que un saludo, fue un auténtico deleite. He pensado a menudo en usted, y mi silencio ha comprendido el suyo. Durante meses me he resistido a decir una sola palabra en medio de toda esta locura,^[250] aunque han estado tirando de mí tanto desde la derecha como desde la izquierda, y ahora la gente, a través de la publicación de algunas cartas privadas, ha logrado arrastrarme de algún modo por todo este estercolero de la política.^[251] Dentro de dos o tres meses, sin embargo, recibirá usted un pequeño libro mío con carácter de confesión. He elegido a Erasmo de Rotterdam como salvador, el hombre del centro y de la razón, que también se vio atrapado entre las ruedas de molino del protestantismo y del catolicismo; como nosotros, que ahora nos encontramos en medio de los grandes movimientos contrapuestos de nuestros días.^[252] Fue para mí un pequeño consuelo ver lo mal que le fue, saber que uno no está solo cuando se atormenta, como hombre decente, a la hora de tomar decisiones y resoluciones difíciles, en lugar de acomodarse y salir corriendo en busca de resguardo tras las espaldas de un partido.^[253]

Hace dos meses hablé largamente con Rolland acerca de usted. Él le estima mucho y me contagió unas ganas enormes de ir a visitarle, pero estuve seis semanas en Londres y allí, en la Biblioteca del Museo Británico, ¡encontré una soledad mucho más agradable que en cualquier otra parte del mundo europeo!

Con el cariño y la admiración de siempre, su fiel servidor,

STEFAN ZWEIG

87. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[Hacia 1934]

Querido señor Stefan Zweig:

Muchas gracias por su *Erasmus*, una figura que siempre me gustó; de todos los humanistas, los que más estimo son él y Tom[ás] Moro. También me satisface la belleza del libro en su exterior. ¡Espero que le haya llegado el pequeño regalo que le envié en reciprocidad!

Le saluda y le recuerda con afecto, un servidor,

88. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

*A bordo del «SS Manhattan»,
30 de enero de 1935*^[254]

Querido Hermann Hesse:

He estado viajando un poco por Estados Unidos: ahora que el mundo se tambalea, hace uno bien en contemplarlo de nuevo desde todos sus lados. El viaje ha sido magnífico, agotador y consolador a la vez, pero, por suerte, ahora en el barco se puede disfrutar de tranquilidad y de tiempo. Y es cuando me he acordado de una deuda moral. Porque pocas veces una obra poética y de pensamiento me ha conmovido tanto como su *Das Glasperlenspiel* [*El juego de abalorios*],^[255] y quería decírselo, pero el tiempo se me ha echado encima. No hay nada más importante que la idea sobre cómo lo individual puede desplegarse en oposición a la mecanización (tal y como se pone de manifiesto en Estados Unidos de una manera visible), y el hecho de que usted resuelva ese problema en un sentido afirmativo, y no con la forma habitual de la mera resignación, ha sido de mucho provecho para mí. Querido Hermann Hesse, cuán hermoso es su camino, qué bien sabe usted, tras cada nueva fase interior, iniciar una superior, en el sentido de la espiral de Goethe: retorno al punto de partida pero en una superficie más elevada.^[256] Cuán extenso es el camino desde *Camenzind* hasta el hombre que hay en usted, y cuán seguro se ha mantenido erguido en todas estas etapas. Estimo y aprecio mucho su actitud resoluta en lo más íntimo, una actitud que no reacciona ante los movimientos periféricos; he aprendido a detestar honradamente la política, que siempre tiene que sobredimensionar las cosas, que traiciona a la palabra por la consigna, al dogma por su hipérbole, y he aprendido a detestarla como el polo opuesto a la justicia. La he visto ya en demasiados países como para no saber que la política no es, como decía Napoleón,^[257] el destino moderno, sino únicamente la incierta sombra de movimientos que ni siquiera a nosotros nos está dado identificar; sólo es, en realidad, un juego, tanto más fortuito cuanto más legal y teórico se muestra hacia el exterior. Creo con firmeza que es precisamente esa exteriorización la que tiene que forzar una interiorización de los mejores, y en la misma medida en que los otros se vuelven más gregarios, con tanta mayor tozudez afirmarán su derecho los hombres que caminan solos.

Espero poder verle alguna vez más. Estoy colgado, con bastante inseguridad, de una frágil rama; mi casa en Salzburgo (desde cuya ventana puedo mirar hacia Baviera) ya no es más mi hogar, [258] no tengo talento de emigrante, de modo que ahora vivo prácticamente como un estudiante, a veces allí, otras veces acá, y percibo casi como una dicha el haber sido expulsado de esa mullida y segura existencia. He aprendido mucho durante el año pasado en Londres, y ahora en Estados Unidos. Ojalá todo ese saber salga a la luz, porque el *intermezzo* biográfico ya ha terminado, y quiero intentar decir y crear de nuevo lo que me resulta importante en lo más íntimo.

Acepte usted este pequeño regalo como pago de una enorme deuda interior y como muestra de mi cariño: ¡no sonría usted, pero hace ya treinta y cinco años que nos carteamos por primera vez!

Muy afectuosamente, suyo,

STEFAN ZWEIG

89. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

*Montagnola,
[15 de] febrero de 1935*

Querido Stefan Zweig:

Su amable carta, enviada cuando estaba a bordo del *Manhattan*, constituyó una alegría para mí. En los últimos tiempos, las cosas se han desenvuelto de modo tal que nosotros, ya antes bastante aislados, nos vemos ahora detestados e infamados por nuestros propios correligionarios, y todo porque no nos entregamos como mero instrumento de lucha política. En alguna parte deben de quedar algunas existencias que den continuidad, aunque sea a través de finos hilos, a ciertas tradiciones, y no pienso tanto en esas hermosas cosas idílicas, sino en algunas antiguas y respetables convenciones como la honestidad intelectual, etcétera. Entre esas tradiciones a las que hago referencia y cuya protección nos incumbe, están, sobre todo, el sentido de la calidad, el no doblegarse ante la cantidad. Es por eso que me alegra saber de la existencia de algunos camaradas, y eso apoya mi creencia.

Usted mismo acaba de confirmarme que hace treinta y cinco años que estamos al tanto el uno del otro. Es un tiempo hermosamente largo y, al calcularlo, se percibe que todo lo frágil, en sí mismo, ratifica cierta tendencia al envejecimiento y al final. Entretanto, el mundo, en la época más reciente, nos ha

facilitado ver el lado consolador de nuestra transitoriedad.

Yo, después de varios años viviendo solo, estoy casado de nuevo,^[259] siempre en Montagnola, a una hora de Lugano, y hace mucho tiempo que no hago ningún viaje, salvo una vez al año, cuando voy a Zúrich. Tengo amigos en Rüslikon, y cada vez que veo allí la colina con el Belvoir me acuerdo de usted.
[260]

A. Ehrenstein^[261] me ha escrito bastante animado desde Rusia. Casi envidio a los que pueden creer en el ideal comunista, si éste no produjera tales hecatombes humanas o si pudiera tropezarme con más frecuencia, entre los actuales representantes de esa idea, con gente cabal o con pensadores de tal elegancia y tan bien formados como, por ejemplo, Ernst Bloch. Entonces sí que estaría bien. Pero en principio no es así.

Sería una alegría para mí poder verle alguna vez por aquí.

Afectuosamente, su servidor,

H. HESSE

90. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Montagnola
[hacia el 20 de febrero de 1935]

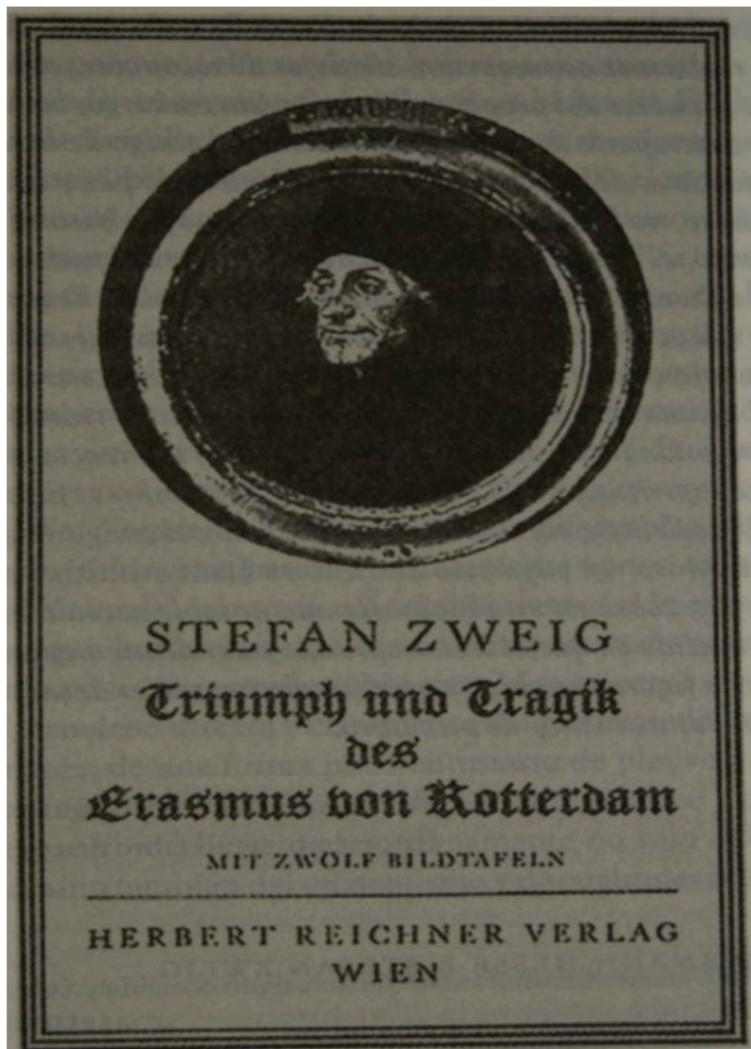
Querido señor Stefan Zweig:

Cuando le escribí recientemente, olvidé algo que ahora quisiera retomar. Ya sabe usted cuánto aprecio su *Erasmus*, y tal vez tampoco ignore que la figura de este pensador me resultó familiar y querida desde muy temprano, gracias a mis cercanas relaciones en Basilea: conocí muy bien a Hans Trog, el último traductor de los *Coloquios*,^[262] y esto ya desde 1900, años más, años menos. Hasta ahora no he encontrado sitio en ninguna parte para escribir unas palabras de recomendación; se lo solicité a un periódico suizo, pero éste se negó a ello. Ahora me he propuesto, a modo de prueba, escribir dos veces al año, para Suecia (en la *Bonniers Lit[t]er[ä]ra Magasin*), una reseña sobre libros alemanes de importancia. Acogería el *Erasmus* en ese proyecto, si le fuera posible a usted gestionar con la editorial el envío de un ejemplar de la segunda edición revisada.
[263]

Hace poco H[ans] Carossa,^[264] que estaba de paso, fue nuestro huésped, y eso me proporcionó una alegría; también hablamos sobre usted. Le saluda

afectuosamente, un servidor,

H. HESSE



Sobrecubierta de la segunda edición (1935) de *Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam*, de Stefan Zweig.

STEFAN ZWEIG, « TRIUNFO Y TRAGEDIA DE ERASMO DE
ROTTERDAM»
Hermann Hesse

Stefan Zweig ha escrito un libro titulado Triumph und Tragik des Erasmus von Rotterdam [Erasmus de Rotterdam: triunfo y tragedia de un humanista] (editorial Herbert Reichner; Viena), Con su estilo ágil, pero con una gran calidez salida de lo más hondo del corazón, Zweig no traza la biografía privada del gran humanista de aquella época, sino más bien su postura y su destino intelectuales. A la batalla final con Lutero, ese firme y furibundo luchador, dedica el autor un capítulo realmente conmovedor; sin dejar de reconocer, al hacerlo, la grandeza del propio reformador. Sin embargo, la verdadera contraparte de este sagaz erudito, del amigo de la razón y la justicia, del heraldo de una doctrina de la paz y del humanismo, no fue Lutero, sino el no menos sagaz Nicolás Maquiavelo, el racionalista teórico de la política del poder. A él opone Zweig, en el último capítulo, al humanista Erasmo, y llega a la conclusión de que, a pesar de todas las guerras y todas las victorias de la política de poder, siempre estará vivo el ideal de una justicia supranacional y una «humanización de la humanidad», ideal que ejerce también su influencia, como fuerza espiritual, en la educación de los hombres. Erasmo, hombre célebre y, sin embargo, apenas leído, el amigo del gran Tomás Moro, en cuya casa escribió su Laus stultitiae en el año 1509, cobra en esta biografía una notable actualidad, y, en la medida en que el lector aprenda a ver de un modo nuevo a esta figura ejemplar, también sabrá apreciar de una manera inédita al autor de este libro.

De Bonniers Litterära Magasin,
Estocolmo, septiembre de 1935

91. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[18 de abril de 1935]

Querido señor Stefan Zweig:

Ayer llegó su nuevo libro^[265] con la cariñosa dedicatoria; se lo agradezco y me alegra; pronto mi esposa me lo leerá en voz alta, porque a ella también le atrae sobremanera.

Si lee de vez en cuando la *Neue Rundschau* (S. Fischer), encontrará en ella, cada dos meses, algunas reseñas mías sobre ciertos libros, reseñas que constituyen por el momento mis únicas publicaciones. Y en el número siguiente, el de mayo, encontrará una referencia a C[hristoph] Schrempf^[266] que me mantuvo ocupado durante unos seis meses. Este hombre, que en los próximos días cumplirá setenta y cinco años y que hace poco acaba de enterrar a su mujer, vino hasta mí en un viaje, estuvo varios días en Montagnola y tuvimos varias conversaciones largas, a pesar de estar yo en un pésimo estado de salud. Este anciano maravilloso y adorable, de quien me separan algunas diferencias (él, por ejemplo, tiene una postura absolutamente opuesta al arte), se me ha vuelto aún más entrañable después de esta visita, porque hasta ahora no lo conocía personalmente. Tal y como yo lo veo, este hombre tiene dos orígenes. Por un lado, proviene directa y claramente del pietismo del sur de Alemania, de una forma poco entusiasta de pietismo, una forma más bien sobria y moralmente muy estricta; y puesto que se liberó bastante tempranamente no sólo del pietismo, sino también del cristianismo y de cualquier religión dogmática, asimismo está muy marcado por ese hecho en su manera sobria e insobornablemente honrada. Su segundo origen, que es también su patria espiritual, está en Sócrates, que es para él como un padre y un hermano (ha escrito el libro sobre Sócrates más original y sugestivo).^[267] Y en la línea que va de Sócrates a Schrempf está también Lessing, al que Schrempf conoce al dedillo y que le ha servido de sólida inspiración, en especial, *Ernesto y Falk*. *Conversaciones para masones*^[268] y *La educación del género humano*.^[269]

Este anciano sabio y modesto llegó justamente en un momento en el que yo me encontraba en un estado físico miserable y con el ánimo muy agotado, y aunque al lado de este hombre de setenta y cinco años me sentía ridículamente consumido y cansado, el contacto con él me ha hecho muchísimo bien. Hoy viajo a Zúrich, en parte para volver a escuchar la *Misa en si menor*, en parte, también —por desgracia—, para discutir a fondo algunas cosas con mi editor sobre su situación y la mía,^[270] una perspectiva nada agradable. Esta tarde, por lo tanto, pasaré de nuevo por Rüschtikon, junto a la colina en la que usted vivió durante un tiempo. También por aquellas fechas escuché una interpretación de la *Misa en si menor*^[271] en plena guerra, y el *dona nobis pacem* fue entonces casi insoportable de escuchar por la manera en que se clavaba en el corazón.

¡Addio, me he extendido demasiado en mi cháchara, pero acéptelo usted con amabilidad! Afectuosamente, un servidor,

Viena,
4 de mayo de 1935

Muy querido Hermann Hesse:

Sólo puedo corresponder a su hermoso envío con un pequeño obsequio que ha aparecido como suplemento de *Philobiblon*.^[272] Para mí los manuscritos son lo que para usted los cuadros, y tal vez lo sean incluso de un modo más místico, porque son mucho más herméticos.^[273] Supongo que ahora, durante dos o tres semanas, en Zúrich podrá combinar de un modo agradable esos dos elementos que contentan a un peregrino: un paisaje hermoso y una buena biblioteca.^[274] La mía propia ha quedado bastante abandonada en Salzburgo, y tengo la sensación de haberla leído entera, una sensación que es falaz, por supuesto, pero, en cualquier caso, estoy cansado de mis propias habitaciones y estoy disfrutando de esta vida nómada de ocio estudiantil. Creo que usted también experimentó, cuando tenía exactamente los años que ahora cuento yo, cierta tendencia a salir de viaje, y esa inclinación parece formar parte de una vida en toda regla, ser algo orgánico de un organismo normal, no una anomalía. En cualquier caso, me dejo llevar mientras que quede un resto de impulso interior, y hace mucho que no me pregunto dónde voy. Sé que por muy frenéticamente que baile la peonza, ésta en algún momento cae. En cualquier caso, Viena era también un sitio agradable, y a mí me hubiese gustado tenerle aquí para que participase de las sólidas charlas que tuvimos con Bruno Walter^[275] antes y después de la presentación del *Mesías*, de Händel, porque también a mí me atrae mucho la música (al parecer como a usted mismo); ella actúa magníficamente por encima de lo mundano y de la política, lo que le confiere un efecto tranquilizador. Tal vez nada me ha ayudado más en este último año que la estrecha relación con Toscanini^[276] y Bruno Walter, y el hecho de que aún no haya perdido el equilibrio (como sí le ha sucedido a la mayoría) se lo debo a ese elemento consolador.

Sé que Zúrich no está muy lejos del Tesino y que tal vez usted me permita dar un salto hasta ahí abajo para verle en algún momento. Sé que soy un huésped poco peligroso, que no incomoda por mucho tiempo a nadie y al que tampoco le gusta que otros le roben demasiado tiempo.

Por desgracia, mi esposa, en su momento, me prohibió que hiciera pintar bajo el reloj de sol de nuestra antigua y hermosa casa salzburguesa el breve poema que había concebido para él:

El sol sólo se toma un breve descanso,
toma su ejemplo, querido huésped.

A mi esposa le pareció sumamente descortés. Pero creo que eso me hubiese salvado de demasiadas horas aburridas.

Con el mismo cariño y afecto de siempre, este servidor que le admira,

STEFAN ZWEIG

93. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Londres [¿1936?]

Querido señor Hesse:

Hemos hablado tan animadamente de usted, que ahora no tenemos más remedio que enviarle un rotundo saludo con nuestra admiración de siempre. ¿Cuándo se publica *El juego de abalorios*?

Su fiel servidor,

STEFAN ZWEIG

Muy querido señor Hesse:

Estoy de camino hacia Estados Unidos. Regresaré en enero; espero que usted y su esposa se encuentren bien.

Muy afectuosamente, suyo,

JOACHIM MAASS^[277]

94. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[17 de agosto de 1936]

Querido señor Stefan Zweig:

Su tarjeta enviada desde Londres me llenó de contento, estimo mucho a

Joachim Maass y me alegra que estuvieran juntos. *El juego de abalorios* está terminado más o menos hasta la mitad (a lo sumo). Y puesto que para la primera mitad he necesitado unos cuatro años, todavía tardará algún tiempo.^[278]

Le saluda muy afectuosamente, este servidor,

H. HESSE

95. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[25 de junio de 1937]

Querido Stefan Zweig:

Estoy recuperándome de una enfermedad,^[279] pero me encuentro bastante hundido. Su amable carta^[280] me ha llegado al corazón, ¡y le agradezco mucho que se haya acordado! ¿Nos veremos alguna otra vez? Tendría que ser en mi casa, en Montagnola.

Le saluda, de todo corazón, este servidor,

HERMANN HESSE

Un libro mío^[281] ha sido enviado recientemente a su dirección en Salzburgo; espero que, a pesar de todo, lo reciba.

96. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Villa Castagnola au Lac, Lugano-Lido
[12 de septiembre de 1937]

Querido amigo:

Estoy aquí por ocho días, y si pudiera ir a verle o si pudiera reunirme con usted en algún otro lugar, ¡sería una alegría!

Suyo, *stravecchio*,^[282]

97. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

[13 de septiembre de 1937]

Querido Stefan Zweig:

Muchas gracias, me alegra que esté usted allí.

Tal vez pueda venir usted el miércoles o el jueves con el coche del correo, que parte de Lugano a las tres de la madrugada, llamando un día antes a mi esposa. En esta época vienen muchas visitas, y yo quisiera tenerle, de ser posible, sólo para mí.

En la guía telefónica está nuestro número (le ruego no lo divulgue), con el nombre de Bodmer,^[283] Montagnola.

Afectuosamente, suyo,

H. HESSE

98. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

*Lugano-Lido, viernes
[17 de septiembre de 1937]*

Querido Hermann Hesse:

Cuando bajé de la montaña, tuve que reprimir el deseo de darle las gracias por una estupenda tarde, puesto que temí que pudiera usted interpretarlo como un apremio para poder repetir una visita tan agradable. Y ahora a mi alegría se une esta carta suya de saludo.^[284] ¡Por desgracia, el miércoles ya me habré marchado! El martes por la mañana viajo al «isolino» de Toscanini^[285] para visitar a ese admirado amigo y echar un vistazo a esa isleta del archipiélago Borromeo que el director me ofreció con tanta frecuencia como alojamiento durante mi estancia en Estados Unidos. Luego partiré de inmediato a París,^[286] a fin de poner ante mis pupilas los grecos^[287] y las miniaturas, y luego —casi no me atrevo a decirlo— voy a casa, a Londres. Cuánto me duele perderme por

un día una visita a usted y a su querida esposa, pero el reloj de arena del verano ya ha cerrado su ciclo para mí; por eso, en lugar de recibirme a mí, recibirá pronto dos libros a modo de saludo.^[288]

¡Muchas gracias! Fue tan agradable verle, como en Gaienhofen y en Berna (y en un similar y oscuro momento del mundo).

Su más devoto amigo,

STEFAN ZWEIG

99. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

10 de noviembre de 1937

Querido señor Zweig:

La editorial Reichner me ha enviado, seguramente por encargo suyo, *Hombres, libros y ciudades*; le doy las gracias por ello y le deseo que pase usted un buen —por lo menos soportable— invierno en esa gran ciudad que no soy capaz de imaginar.

Afectuosamente,

HERMANN HESSE

100. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Montagnola, 7 de julio de 1938

Querido Stefan Zweig:

Perdone la molestia, llevo mucho tiempo, y aún más intensamente desde el 11 de marzo,^[289] ocupado con la atención a los emigrantes, etcétera, y quisiera dirigirme a usted ahora para tratar un caso que me toca muy de cerca.

Desde hace algunos días tenemos en casa, como huésped, a una muy buena amiga de mi esposa, la señorita Elisabeth Löbl,^[290] una médico de Viena, y muy buena, por cierto; tardó muchísimo en poder salir de su ciudad, en un principio estará con nosotros, pero quisiera, en caso de que sea posible de algún modo, partir de aquí rumbo a Inglaterra, a fin de someterse en ese país a un

examen de homologación, etcétera, etcétera.

Nuestro ruego es el siguiente: tendríamos que saber con exactitud lo que se necesita para matricular a médicos extranjeros que desean revalidar su título en la Universidad de Edimburgo (*post graduation*).

En segundo lugar: ¿es posible que usted o alguno de sus conocidos se ponga en contacto con alguien de allí para que autorice la matrícula? Según nuestras averiguaciones, una solicitud hecha desde aquí probablemente no tendría éxito alguno, mientras que esa misma solicitud, hecha por alguien que resida en Inglaterra, tiene muchas más perspectivas de éxito.

Le ruego me envíe una respuesta y, de ser posible, me brinde su ayuda.

También nosotros aquí sufrimos mucho las circunstancias actuales, mis relaciones en Alemania se desmoronan, por el momento ya no recibo pagos desde ese país;^[291] por todas partes me acaparan las necesidades de los emigrantes y los refugiados. En una atmósfera como ésta, uno se cansa bastante de la vida.

¡No me tome usted a mal que haya osado molestarle con este caso! Seguramente ya el propio Rolland le ha comentado que se ha retirado a Burgund;^[292] su alquiler en Villeneuve estará vigente durante uno o dos años más, y quiere ir allí de vez en cuando.

Le saluda afectuosamente,

H. HESSE

101. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Londres, 9 de julio de 1938

Querido Hermann Hesse:

En el servicio de auxilio, que actualmente me aparta del trabajo propio no menos que a usted, la prisa es *important*.^[293] En el caso de la doctora, la señorita Löbl, he hecho de inmediato varias averiguaciones. Adjunta a esta carta encontrará la información. La técnica inglesa, en estos asuntos, es como en todas las otras cosas: no comprometerse, mantener una falta de claridad absoluta. En ninguna parte se puede averiguar si todavía aceptan estudiantes ni por cuánto tiempo lo harán. Sólo puede hacerlo, *in situ*, el propio interesado, pero con un enorme despliegue de energía, y siempre *ad personam*. Ya tenemos experiencia aquí en estos temas. Cualquier otro esfuerzo es denegado o aplazado. Lo más

triste, querido Hermann Hesse, es que el trato forzoso y constante con personas desesperadas y sin salida lo debilita a uno demasiado; y éstas, las que nos arrasan, son únicamente las primeras oleadas de una avalancha descomunal. Usted tendrá su montaña, ^[294] ese lugar maravillosamente apartado, pero tanto usted como yo hemos leído nuestro *Fausto*, y sabemos cómo las preocupaciones ajenas entran por el hueco de la cerradura.

Mis mejores deseos para usted y su entrañable esposa,

STEFAN ZWEIG

[Adjunto]

Los médicos extranjeros que posean un doctorado tienen en principio la posibilidad, después de alrededor de un año de estudios en Edimburgo, de hacer el examen inglés. La primera premisa para ello es que el interesado consiga una plaza de estudios en un hospital particularmente cualificado en Inglaterra (no ha de ser necesariamente en Edimburgo), plazas que tienen un cupo limitado. Una vez que tenga dicha plaza, se necesita, expedida por la Home Office, una autorización para estudiar, autorización que hasta el momento, y por lo general, siempre ha sido otorgada. En ocasiones la única condición es que el estudiante se comprometa por escrito, desde el mismo comienzo de los estudios, a no solicitar establecerse en Inglaterra una vez vencido el examen. El tema sobre si se debe dejar entrar o no a los médicos austríacos es objeto de acaloradas disputas entre sus colegas ingleses, de modo que la perspectiva es que se le permita el establecimiento en Inglaterra a un número muy reducido de médicos, una vez que éstos hayan aprobado el examen. Por tal razón, un estudio en este país es un asunto extremadamente incierto, ya que casi todas las colonias se han negado hasta ahora a acoger a los médicos.

A juzgar por todos los casos conocidos, la obtención de una plaza de estudios sólo es posible mediante una presentación personal, ya que no existe ninguna dependencia central, sino que uno está obligado a entregar una detallada solicitud a continuación de la otra.

102. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Leukerbad, 27 de julio de 1938

Querido Stefan Zweig:

Muchas gracias por sus informaciones para nuestro emigrante, he encendido varias velas por él y esperamos que lo de Inglaterra funcione todavía. ¡Entretanto tenemos nuevos casos cada día! Algunos sin esperanza. La amargura nos impregna en ocasiones como el agua a la esponja.

Le saluda con afecto, su servidor,

H. HESSE

[Con esta carta, la última de las que nos ha quedado constancia, concluye la correspondencia entre Hermann Hesse y Stefan Zweig, quien apenas cuatro años más tarde se quitaría la vida en Brasil. Ese mismo año, en 1942, Hesse había terminado su obra de madurez, *El juego de abalorios*, el cual, en vista de que no podía ser publicado en Alemania, apareció en Suiza en 1943. Hesse, galardonado en el primer año de la posguerra con el Premio Nobel de Literatura, sobrevivió a Zweig veinte años, y murió, a la edad de ochenta y cinco años, en Montagnola.

Poco antes de que se desatara la Segunda Guerra Mundial, Stefan Zweig se marcharía de Londres en compañía de su secretaria, Lotte Altmann (con la que contraería matrimonio el 6 de septiembre de 1939), y se establecería en el balneario inglés de Bath, en el cual residían muy pocos emigrantes. Allí solicitó la nacionalidad británica, que le fue concedida en marzo de 1940. A partir de entonces, comenzó a llevar una intranquila pero muy productiva existencia de nómada, con viajes de lecturas y conferencias y estancias de trabajo en Estados Unidos y América del Sur, donde dijo adiós a la vida el 22 de febrero de 1942, en compañía de su esposa, enferma de asma.

En una carta de condolencia a la primera esposa de Zweig, Friederike, Thomas Mann recapitulaba los motivos de aquel colega al que conocía tan bien: «El fallecido fue un hombre con una incondicional y radical convicción y disposición al pacifismo. En la guerra actual, cuya llegada teníamos que anhelar [...], él jamás vio otra cosa que lo que era, una guerra, una sangrienta desgracia y una negación de su esencia. Alabó a Francia por no querer combatir, con lo cual consiguió “salvar París”. No quería vivir en ningún país en guerra; como ciudadano británico, abandonó Inglaterra y marchó a Estados Unidos, de allí se fue a Brasil, donde fue objeto de grandes honores. Y cuando se vio claramente que también ese país sería arrastrado a la guerra, se despidió de la vida. Eso tiene consecuencias que escapan a cualquier crítica. No queda otra opción que sellar con la muerte su naturaleza y su convicción. La muerte es un argumento que derrota cualquier réplica», V. K.]

EPÍLOGO DEL COMPILADOR

La correspondencia de Hermann Hesse con Stefan Zweig —quien era cuatro años más joven— se extendió por un periodo de treinta y cinco años, y sería, junto al diálogo con Thomas Mann, que duró más de cuatro décadas, el intercambio epistolar más duradero que Hesse mantuviera con otro escritor prominente. Lo desacostumbrado de esta relación radica en que fue Hesse, que, por lo demás, prefería tratar con músicos y pintores en lugar de hacerlo con literatos, quien le dio inicio, mientras que, por lo general, sucedía lo contrario, y eran los escritores los que acudían él. Quizá esa peculiaridad se explique si se piensa que, en enero de 1903, cuando Hesse escribió a Zweig por primera vez, rogándole que le enviara una antología de traducciones de poemas de Verlaine que había aparecido poco antes, estaba en los inicios de su carrera literaria; de modo que aún no era —como sucedería un año más tarde, tras el éxito de su primera novela, *Peter Camenzind*— un reconocido joven de talento, mimado por todo el ámbito de la cultura. A ello se añadiría el hecho de haber encontrado en Zweig a un simpatizante de su poeta preferido de entonces, cuyos versos —« Les sanglots longs... »— estimaba por encima de todos los demás. En razón de una afinidad electiva con la vida vagabunda y antiburguesa del poeta francés, fallecido tan sólo nueve años antes, Hesse había establecido en Basilea el llamado « Club de los Descarriados », cuyo libro fundacional estuvo dedicado a « Nuestro finado hermano Verlaine ». Zweig respondió de inmediato y con entusiasmo, tal y como era su costumbre siempre que podía establecer un vínculo personal con algún colega. En reciprocidad por la antología solicitada, Hesse envió a Zweig un ejemplar de su segundo libro de poemas. Se trataba de un pequeño libro, publicado en 1902 por la berlinesa editorial Grote, que llevaba por título *Gedichte*, y en cuyo capítulo « Buch der Liebe » [El libro del amor] aparecía la versión de Hesse de un poema de Verlaine: « Mon reve familier ». Resulta asombroso —y también muy significativo— que, simplemente a partir de unos cuantos poemas aislados publicados en revistas, aquel poeta que malvivía en la lejana Basilea con su salario de empleado de una librería de viejo —que no superaba los ciento diez francos— había llamado ya la atención de Zweig. Y no menos notable resulta que Hesse tuviera en su poder, a esas alturas, la primera publicación de Stefan Zweig, el libro de poemas *Silberne Saiten* en diciembre de 1901, Hesse había

sido invitado por la Asociación de Maestros de Basilea a dictar una conferencia sobre los poetas contemporáneos más importantes, y ya ahí había llamado la atención sobre el primer trabajo, que comprendía unos sesenta poemas, de aquel estudiante oriundo de Viena que muy poco antes había cumplido veinte años.

El trueque de su propio libro de poemas por la colección de poemas de Verlaine elaborada por Zweig satisfizo las expectativas de Hesse: la traducción del poema francés incluida en *Gedichte* sería recogida más tarde en la segunda edición de la antología. Y no menos satisfecho quedó el propio Zweig, que vio cumplido su deseo de conocer, a vuelta de correo, algo más sobre el poeta de Calw.

En cualquier caso, no es posible pasar por alto que, ya desde las primeras cartas, se pusieron de manifiesto las diferencias de origen y naturaleza de ambos escritores. En contraste con la de Hesse —hijo de un misionero; criado en circunstancias más bien modestas y provincianas; que no tenía sino el título de bachiller y que, al año y medio de haber comenzado una formación como mecánico, la abandonó para capacitarse como librero—, la vida de Stefan Zweig, que era hijo de un industrial textil de la cosmopolita ciudad de Viena y provenía de la clase pudiente, había transcurrido de un modo manifiestamente menos dramática. Igual que Hesse, Zweig había descubierto muy tempranamente su vocación de escritor. En su caso, sin embargo, esa vocación entró en conflicto con las expectativas de sus padres, por lo que se vio obligado, de acuerdo con lo planeado, a terminar el bachillerato —cosa que logró obteniendo además magníficas calificaciones— y, tras hacer el examen final de enseñanza media, a empezar una carrera que culminaría con una tesis doctoral sobre la filosofía de Hippolyte Taine, luego de cursar estudios de filosofía, filología románica e historia de la literatura en Viena y en Berlín. Sólo después de eso los padres de Zweig toleraron las ambiciones literarias de su hijo, decisión en la que sin duda influyó el renombre, muy satisfactorio para su familia, que el joven Zweig había ganado a raíz de la publicación de sus primeros libros —que habían ido apareciendo mientras cursaba sus estudios—, y fundamentalmente gracias a sus primeros relatos, que vieron la luz en el prestigioso diario vienés *Neue Freie Presse*. Por otra parte, la propia naturaleza cosmopolita y entusiasta del estudiante Zweig le había ganado múltiples contactos con escritores que eran célebres en aquel entonces, como Georg Ebers, Karl Emil Franzos, Richard Dehmel, Franz Karl Ginzkey, Richard Schaukal, Theodor Herzl y el barón Bőrries von Münchhausen. Una respetable nómina que Zweig detalla en su primera carta a Hesse, ampliándola con nombres de escritores residentes en el extranjero con los que lo unían lazos de amistad cultivados a través de la correspondencia.

Hesse no era, desde luego, un entusiasta de los contactos: la avalancha de nombres de la primera carta de Zweig hizo reaccionar de inmediato al joven de humilde extracción, que no pudo sino dar a entender al austriaco que prefería

evitar los mundanos círculos de artistas, en los que había que echar mano de formas y de palabras selectas. Según Hesse, su querencia, por el contrario, estaba en la naturaleza silvestre, o entre los libros; prefería viajar como un vagabundo por Italia, o tratar con gente sencilla, a socializar con personas distinguidas. Zweig podía haberle enviado su poema «Soirée», publicado poco antes, en el que se lee: «Me habían invitado, | No sé decir la razón; | Señores de flacas piernas | Estaban por todo el salón. | Eran señores de nombre | Y de fama colosal, | Uno dramas escribía | Y el otro novelas hacía. | Con soltura se mostraban | Y con gran algarabía, | Pero a mí me dio vergüenza | Decir que también yo escribía». En lugar de eso, adjuntó a su carta su libro *Escritos y poemas póstumos de Hermann Lauscher*. Hermann Lauscher era un supuesto poeta amigo, muerto prematuramente, cuyos escritos Hesse firmaba como compilador. Stefan Zweig se dio cuenta enseguida de que Hesse era el autor del libro, e hizo ver a su colega lo mucho que se aproximaban las preferencias de uno y otro, ya que, según el propio Zweig, uno podía sentirse un extraño incluso en la gran ciudad, y él no correspondía al cliché de un literato de café vienés. Zweig insiste en que él también prefiriera reunirse en el campo con autores menos ruidosos, y que, por lo demás, intenta satisfacer las expectativas de sus padres, esto es, acabar lo más pronto posible su tesis de doctorado, sin que eso le impida soñar con emprender un corto viaje a Italia.

Ese viaje, planeado para la Pascua de 1903, no se realizaría nunca; de lo contrario, ambos escritores hubiesen podido encontrarse en Venecia, teniendo en cuenta que el segundo viaje de Hesse a Italia, previsto inicialmente para mayo, tuvo que ser adelantado un mes a fin de que el joven escritor concluyese su primera novela, *Peter Camenzind*.

Hesse había enviado el manuscrito a Berlín, a la editorial S. Fischer, donde fue aceptado de inmediato. Antes de aparecer en forma de libro fue publicado en la prestigiosa revista cultural *Die Neue Rundschau*. Uno de los primeros en felicitar a Hesse por su novela sería Stefan Zweig: tras la lectura de unas pruebas, en las que la historia aparecía algo abreviada, el austriaco auguró al libro «tiradas innumerables».

La decisión del famoso editor fue tan estimulante para Hesse que, en septiembre de 1903, dejó el empleo del que malvivía y canceló el contrato de su piso alquilado en Basilea para intentar ganarse la vida exclusivamente con la literatura. Un tema prioritario de sus futuros cuentos sería la superación de las dramáticas circunstancias de su niñez y su juventud. Para alcanzar tal meta, nada más obvio que desplazarse hacia el escenario de las tempranas vivencias que tanto lo marcaron: la casa paterna. Además, allí podía vivir sin pagar alquiler, cosa indispensable en un momento en el que aún no tenía ingresos fijos. Tras la muerte de su madre, ocurrida en abril de 1902, la atmósfera de la casa —que albergaba la editorial de la Misión de Calw— era más tranquila, y había más

espacio. A principios de octubre de 1903, Hesse ocupó allí su antigua habitación y escribió su segunda novela, *Bajo la rueda*, que envió a Berlín, al mismo S. Fischer, dos meses después. Mientras tanto, la edición en forma de libro de *Peter Camenzind* había aparecido también, por lo que los pronósticos de éxito hechos por Zweig comenzaron a volverse realidad de inmediato: apenas unas pocas semanas después de que la novela saliera al mercado, su autor, Hermann Hesse, era ya tan conocido que no sólo los periódicos empezaron a interesarse por él, sino también otros editores. A raíz del éxito de la novela, Hesse comenzó a escribir, para distintas publicaciones, algunos relatos cuya trama tenía lugar en su ciudad natal. La editorial Schuster & Loeffler, por su parte, lo invitó a escribir dos monografías, una sobre Boccaccio y otra sobre san Francisco de Asís, para su serie *Die Dichtung [La poesía]*, que serían publicadas en abril y julio de 1904, respectivamente. Para entonces, la novela *Peter Camenzind* había alcanzado ya su cuarta edición, lo cual significó una mejora tan notable en la situación financiera de Hesse que el joven pudo pensar en casarse con su prometida, Maria Bernoulli, fotógrafa e hija de un abogado de Basilea, y en ir a ocupar con ella, en su condición de autor independiente, el «primer taller legítimo» de su oficio. En agosto, la pareja se trasladó a Gaienhofen, un pueblo de trescientos habitantes, situado en la zona más tranquila e inaccesible del lago de Constanza, donde se establecerían en una antigua casa de campesinos por la que pagaban un alquiler anual de ciento cincuenta marcos.

Entretanto, Zweig había escrito ya un afectuoso comentario sobre la novela *Peter Camenzind* y, si bien éste tenía cierto dejo de principiante, en él se destacaban algunos aspectos que más tarde se revelarían como característicos del escritor de Calw: la cercanía con la naturaleza y la seca sobriedad que diferenciaban al prototipo de hombre encarnado en Peter Camenzind de los resbaladizos y blandos ciudadanos del mundo, cualidades que permitían al escritor poner de manifiesto su propio amor por el mundo natural.

Seis meses después, Hesse publicó su primera reseña sobre un libro de Stefan Zweig, dedicada a las traducciones de Zweig de los poemas del poeta flamenco Émile Verhaeren, al que, en los años siguientes, Zweig haría muy popular en Alemania —incluso más de lo que sería nunca en su propio ámbito de origen, el mundo de habla francesa— gracias a otras ocho publicaciones entre las que se contaban una biografía, traducciones de piezas teatrales y una monografía sobre Rembrandt y Rubens. En su comentario, Hesse destacaba, con razón, la plasticidad de las traducciones de Zweig, su elegancia rítmica y su belleza. Le parecieron de tal manera notables que llegó a decir algo que muy pocas veces se escucha en relación con las traducciones: que podían llegar a enriquecer la propia poesía alemana.

Mientras, Zweig celebraba en Verhaeren al cantor de un himno dedicado al progreso tecnológico; al tiempo que, una vez concluida su tesis de doctorado, el

escritor austriaco viajaba durante seis meses por París, Bélgica, Italia, España para luego marcharse durante cuatro meses a Londres, Hesse había fundado una familia y se había asentado en un lugar fijo para ensayar una forma de vida alternativa, apegada a la naturaleza y alejada de toda civilización. «Casi le envidio su vida apacible —escribió Zweig a Hesse el 20 de septiembre de 1904—. Tanto más porque este año tengo planes de ir al lugar de mayor efervescencia, a París». Esa inquietud cosmopolita perduraría durante toda la vida de Stefan Zweig. Dada la extroversión y la avidéz de conocimientos de Zweig, características propias de un personaje del mundo de la cultura, la introversión y el carácter reservado de Hesse debían resultarle algo insólito. Zweig, que poco tiempo antes había escrito al autor de baladas Börries von Münchhausen que la fotografía de un poeta en una revista famosa hacía a un autor más popular que diez artículos en un periódico literario, no podía sino asombrarse ante la resistencia de Hesse a ese tipo de publicidad, ante su negativa a divulgar su retrato. Hasta el propio editor S. Fischer, que en algún momento tuvo intenciones de publicar una fotografía de Hesse en un anuncio editorial, supo por boca del escritor que, en su opinión, su aspecto no era de la incumbencia de los lectores. Fischer, que en algún momento declaró «los autores de mi editorial cuyo retrato no publico se sienten perjudicados», no reaccionó negativamente, en cualquier caso, ante ese veto tan poco habitual. Hesse, por su parte, sólo varias décadas después se volvería más flexible en ese aspecto.

En octubre de 1904, apareció el primer volumen en prosa de Stefan Zweig. Incluía cuatro novelas cortas y llevaba el título del primer relato del libro: «El amor de Erika Ewald». La reseña de Hesse, publicada poco tiempo después en una revista de Leipzig, repite lo que un mes antes había comunicado al propio Zweig en una carta. A juicio del autor alemán, esos «estudios del alma» resultaban todavía demasiado vacilantes. La contemplación reflexiva y el razonamiento psicológico relegaban el elemento narrativo a un segundo plano. Hesse confiesa haber deseado ver en ellos, «en ocasiones, una intervención más audaz, una mano más tosca y osada». Lo que frena la atención del lector en estos primeros relatos de Zweig, que no se han vuelto a publicar hasta ahora, es el inconveniente de que allí haya demasiadas palabras y, en cambio, la trama sea pobre y los mensajes escasos. «La alegría y la fuerza ingenua y robusta del gran narrador», que Hesse echaba de menos en estos primeros intentos, no se hicieron esperar por mucho tiempo, y pronto condujeron a una intensificación de lo argumental y lo dramático en la escritura de Zweig, no siempre con los resultados apetecidos por Hesse. Ello probablemente explica la reticencia de éste ante los futuros volúmenes de relatos de Zweig, de los cuales no reseñó uno solo, si bien está claro que apreciaba mucho algunos textos aislados, como *Ardiente secreto* o *Die unsichtbare Sammlung* [La colección invisible].

En junio de 1905 se produjo el primer encuentro personal, algo que, en las

cartas, había aparecido como un constante deseo. El 21 de junio, Zweig partió de Constanza, donde había visitado al escritor Wilhelm von Scholz, e hizo una breve excursión hasta Gaienhofen para ver a Hesse. Varias décadas después, en su retrospectiva titulada *Beim Einzug in ein neues Haus* [Al ocupar una nueva casa], Hesse recordaría esa visita y el percance con el que comenzó aquel encuentro que, por lo demás, fue del todo feliz. En su entusiasmo, Zweig entró de un modo tan temperamental al despacho de Hesse, situado en la primera planta de la antigua casa de campesinos, que no vio el bajo dintel de la puerta, y se golpeó con tal fuerza en la cabeza que tuvo que tumbarse durante un cuarto de hora antes de conseguir recuperarse. Por desgracia, no parece haberse conservado ninguna de las fotos que Zweig hiciera entonces de Hesse, de su esposa y de los amigos escritores Ludwig Finckh y Emanuel von Bodman, de lo contrario hubiéramos tenido constancia gráfica de ese encuentro.

La siguiente ocasión se reunirían en Viena, donde Hesse tenía que participar en dos veladas de lectura, los días 15 y 22 de octubre de 1908. Según las notas de prensa, ambos actos estuvieron tan concurridos, y las actividades sociales posteriores con numerosos amigos y colegas fueron tan agotadoras para Hesse, que éste abandonó su alojamiento en el ruidoso centro de la ciudad y se trasladó por dos días a Semmering, a fin de recuperarse de toda aquella agitación.

En los años posteriores, y hasta 1910, el contacto entre ambos escritores parece haber sido más bien esporádico. Más tarde cesó totalmente, aunque sólo para reanimarse de nuevo en el año 1915, bajo la presión de los acontecimientos históricos de aquellos momentos. Ambos autores habían reaccionado de forma muy parecida ante el inicio de la Primera Guerra Mundial. Ya a finales de julio de 1914, Zweig dirigió una carta al Ministerio de Guerra austriaco a fin de presentarse voluntario al servicio de prensa. Aunque nunca había hecho el servicio militar ni había sido llamado a filas, el austriaco se mostró dispuesto a «poner su capacidad de trabajo, sin retribución alguna, a disposición del Ministerio Real e Imperial de Guerra» y a «responder de inmediato al llamamiento en cuanto éste se produzca». También Hesse —quien en el año 1912 se había trasladado a Suiza— se presentó voluntario a filas en la delegación alemana de Berna, en agosto de 1914, aunque fue rechazado en un primer momento debido a su miopía. Igual que Hesse —que esperaba el llamamiento— coqueteó entonces con la idea de servir como sanitario. Ambos, además, parecieron reaccionar de un modo igualmente positivo ante los acontecimientos, cuando menos así ha quedado reflejado en las cartas escritas durante los primeros meses del conflicto bélico. «Ser sacados por la fuerza de esta estúpida paz capitalista —le escribía Hesse a Volkmar Andreae el 26 de diciembre de 1914— les haría un gran bien a muchos en Alemania, y, según mi parecer, a un auténtico artista le resulta más valioso un pueblo de hombres que ha enfrentado la muerte y conoce la frescura de la vida en los campamentos. Fuera de eso, me

prometo pocas cosas de la guerra, y tal vez no falte un renovado grito de victoria». El aplauso de Zweig, por su parte, iba dirigido a la solidaridad del Imperio austro-húngaro con Alemania, al hecho de que esa «hermandad de la espada» diera lugar también, gracias a la cordial vecindad, a una unidad política.

En realidad, las anotaciones de Zweig y de Hesse en sus respectivos diarios contradicen sus primeras reacciones periodísticas o epistolares ante la guerra. Ya el 4 de agosto de 1914, Zweig había apuntado en su diario: «No creo en una victoria contra el mundo entero; en este momento sólo quisiera poder dormir durante seis meses seguidos, no saber nada, no ser testigo de este hundimiento, de este horror último. Es el día más espantoso de toda mi vida». Hesse, por su parte, anota en su diario, el 27 de agosto de 1914 —dos días antes de presentarse voluntario—, lo siguiente: «Desde hacía mucho tiempo sabía que no es la razón la que rige el mundo pragmático, pero la brutalidad de la guerra y el casi total fracaso de las razonables y sólidas fuerzas de la cultura son algo extremadamente triste».

Un año después, cuando la correspondencia entre ambos escritores se reanudó, los dos habían superado ya el conflicto entre su patriotismo y el horror de la violencia relacionada con éste, a favor de un rechazo cada vez más rotundo de la guerra. Este proceso comenzó, en el caso de Hesse, un poco más temprano que en el de Zweig (por no hablar de la mayoría de sus colegas escritores de entonces). Medio año después de su primer llamamiento periodístico a la paz, fechado en octubre de 1914,^[295] Hesse había fundado en Berna, con la colaboración del catedrático de Zoología Richard Woltereck, una Central para la Atención a los Prisioneros de Guerra Alemanes, organización que tenía por objetivo, desde ese primer momento y hasta el mes de abril de 1919, abastecer a los centenares de miles de internos, no con la literatura de tendencia patriótica, sino con un material de lectura que hiciera más llevadero su destino y los preparara para un nuevo y constructivo comienzo una vez terminada la conflagración. Zweig, por el contrario, trabajó desde noviembre de 1914 hasta octubre de 1917 en el Archivo de Guerra y Cuartel de Prensa en Viena, en compañía de otros escritores, como Alfred Polgar, Rainer Maria Rilke y Franz Werfel. Allí, Zweig emprendió un tipo de labor informativa que, tal y como le comentaría más tarde al escritor F. M. Huebner, en una misiva fechada en diciembre de 1914, «no lastimara el elevado espíritu patriótico de nadie, y que no se contradijera con mi forma de pensar más íntima». En 1915, tras haber sido enviado como reportero al frente de la región de Galitzia, los idealizados comentarios de Zweig sobre los acontecimientos cambiaron. Fue entonces que comenzó a trabajar en *Jeremías*, su primera obra de teatro, que, en medio de toda aquella euforia belicista, presentaba un inequívoco rechazo de todo tipo de violencia. Con aquel drama, Zweig no pretendía «poner en palabras y versos ciertas verdades de Perogrullo, como que la paz es mejor que la guerra, sino

decir que aquel que es despreciado como débil y cobarde en la época del entusiasmo, se revela luego, casi siempre, como el único que, en el instante de la derrota, no sólo sabe soportarla, sino también prevalecer sobre ella» .

A raíz de un artículo de Hesse titulado «Wieder in Deutschland» [De nuevo en Alemania] y de una carta que el escritor había hecho llegar al periodista danés Sven Lange (1868-1930) con motivo del premio Patriota de la Palabra — carta en la que, entre otras cosas, le decía: «No he conseguido adaptarme a la guerra desde un punto de vista literario. Tengo la esperanza de que Alemania no continúe imponiéndose ante el mundo con la mera fuerza de las armas, sino con las artes de la paz y con la puesta en marcha de un humanismo supranacional» —, se había iniciado en contra de Hermann Hesse una hostil campaña de prensa en los periódicos nacionalistas alemanes.

Algo parecido le sucedió en Francia al escritor francés Romain Rolland, luego de su llamamiento en defensa de la reconciliación de las naciones titulado *Audessus de la mêlée* [Por encima de las pasiones], publicado en París en 1915. En aquel texto, Rolland se había solidarizado con las ideas que Hesse —a quien visitaría luego, por dos veces, en Berna— había expuesto en su propio llamamiento periodístico a la paz, de 1914. Correspondió a Zweig, que mantenía un vínculo de amistad con Rolland desde 1910, informar al escritor francés de los ataques dirigidos contra el autor de *Peter Camenzind*, y lo hizo contento de haber encontrado un aliado en su defensa de Hesse. Rolland, por su parte, había puesto a disposición de la Cruz Roja Internacional la retribución en metálico de su Premio Nobel de Literatura, otorgado el mismo año 1915, y se había comprometido desde octubre de 1914 con la central ginebrina de aquella institución, a título honorífico, en la búsqueda de desaparecidos de todas las naciones y en el intercambio de noticias entre los prisioneros de guerra y sus familiares.

A pesar de las muestras de simpatía de Rolland y de Zweig, Hesse había ido cayendo poco a poco en una fuerte depresión a causa de los ataques dirigidos en su contra, y quizá también de la falta de tiempo para abordarlos desde un punto de vista artístico —dada su incesante actividad a favor de los prisioneros de guerra—. A fin de recuperarse, no le quedó más remedio que someterse en 1916 a un tratamiento psicoanalítico. El resultado fue la novela *Demian*, aparecida en 1917, que marcó un claro punto de inflexión en su obra creativa. Al mismo tiempo, y por recomendación de su psicoanalista, el escritor alemán había comenzado a pintar, lo cual abrió sus capacidades a un nuevo medio de expresión que, en las décadas siguientes, se revelaría como extraordinariamente útil para superar ulteriores crisis. «El agotamiento de la imaginación poética», al que Zweig se refiere en una carta del 9 de noviembre de 1915, también preocupaba a Hesse, que al cabo respondería que, tras los primeros éxitos, las cosas le habían ido demasiado bien, y que la guerra había venido a cambiar todo de una manera

radical.

En octubre de 1917, poco después de que Hesse terminara su novela *Demian*, Zweig fue licenciado de su servicio militar en el Archivo de Guerra, gracias a lo cual pudo viajar a Zúrich, Berna y Basilea respondiendo a la invitación a participar en lecturas de su obra. Su pieza teatral *Jeremías*, de carácter pacifista, que entretanto había sido publicada por la editorial Insel, tuvo un éxito de ventas asombroso, pero ni los escenarios austríacos ni los alemanes se atrevieron a representarla antes del fin de la guerra. Sólo el Teatro de la Ciudad de Zúrich se declaró dispuesto a estrenarla. En el transcurso de su viaje por Suiza, Zweig visitó, en Berna, a Hesse, a raíz de lo cual, el día 22 de noviembre de 1917, anotó en su diario: « Sobremesa con Hermann Hesse, que vive a una hora de la ciudad, en una sencilla y antigua casita de campesinos desprovista de toda comodidad. En su habitación prácticamente sólo hay libros; el mobiliario es escaso y casi pobre. Su rostro, parecido al de un personaje de Holbein, germánico, afilado, inteligente, se ha vuelto casi juvenil, aunque, en conjunto, Hesse conserva el aspecto de un refinado y erudito anciano. Habla como un suizo. En dos minutos nos pusimos al día. Me cuenta que él (como yo) ha cavilado mucho sobre todas las cosas [del] servicio obligatorio, y que lo ha hecho partiendo de lo que le dicta su conciencia, no desde el punto de vista de su utilidad. También él está en contra de la “opinión pública”: está lleno de asco ante la publicidad. Le repugna toda esa palabrería, desconfía de muchos antiguos amigos y vive completamente retirado. Para consolarse, ha comenzado con la pintura; como regalo, me dibujó una hermosa hoja. Es curiosa la manera en que coincidimos en todos nuestros juicios (Dehmel, Rolland): hay un tipo muy selecto de personas con las que ahora ya no tengo nunca una diferencia de opinión. Por lo visto, una vez alcanzada cierta altura moral, lo mismo se hace obvio para todos. Sólo es preciso haber alcanzado esa altura. Tuvimos una larga charla sobre el arte más reciente. A él le sorprendía la simultaneidad con la que se manifiesta (y lo explicaba con un fenómeno de la naturaleza), pero yo se lo explico como un fenómeno de la cultura, como un fenómeno relacionado con la velocidad de la comunicación moderna. Es lo mismo que sucede con las modas, que, en la actualidad, se difunden mucho más rápido; en ese sentido no existe ya la provincia. Una vez más, al final, me sentí unido a un ser humano que sigue empeñado en alcanzar la justicia, y también en ese aspecto mi despedida fue totalmente íntima y amistosa» .

Es cierto que Hesse, que medio año antes había leído con muy buena acogida el drama *Jeremías*, no pudo cumplir con la invitación que le hiciera Zweig para acudir al estreno de la obra en Zúrich, el día 27 de febrero de 1918, sin embargo, hasta el final de la guerra el diálogo entre ambos autores no volvió a interrumpirse. A principios de mayo de 1919, Zweig se había mudado a su nueva casa del monte de los capuchinos de Salzburgo en compañía de Friderike von

Winternitz, con quien se casaría en enero de 1920. Mientras tanto, la vida matrimonial de Hesse se había vuelto cada vez más problemática debido a una grave enfermedad de su esposa quien, entre 1918 y 1925, tuvo que ser ingresada varias veces en distintos hospitales psiquiátricos. En abril de 1919, Hesse decidió abandonar la casa de Berna, dejar a sus hijos al cuidado de amigos y establecerse en la región del Tesino para arriesgarse a comenzar de nuevo en una pequeña y apartada aldea, situada no muy lejos de Lugano. A fin de manifestar al mundo su nueva situación, pretendió publicar sus libros futuros bajo un seudónimo, y esto fue así ya con la novela *Demian*, que apareció en junio de 1919. «Porque quien escribió esta pieza de poesía —le comunicaba Hesse a Eduard Korrodi en julio de 1920— no fui yo, no fue Hesse, el autor de tal o cual libro, sino otro hombre, alguien que ha vivido y se enfrenta a cosas nuevas». Al cabo, la revelación demasiado temprana —apenas al año siguiente de la publicación del libro— de la identidad de quien se escondía detrás de aquel Emil Sinclair que figuraba como autor en la tapa, echaría por tierra esos planes. Zweig, por su parte, no era ajeno a esos sentimientos de rechazo de la condición de celebridad. Unos diez años después le escribiría a Joseph Roth: «Detesto la opinión pública y ya no lamento nada salvo el haber escrito con mi auténtico nombre: la vida verdadera es la vida doble. Sólo desde el anonimato se puede ver el mundo en su forma genuina» (17 de enero de 1929).

Como Hesse, Zweig también se enfrentaba a cosas nuevas. Los siguientes catorce años, hasta la llegada al poder del nacionalsocialismo, fueron para él extremadamente fructíferos. Fue la época de sus primeros grandes éxitos, que debió a los volúmenes de relatos *Amok* (1922) y *Verwirrung der Gefühle* [La confusión de los sentimientos] (1927), a otros libros como *Momentos estelares de la humanidad*^[296] (1927), a sus biografías de Romain Rolland (1920), Joseph Fouché (1929) y María Antonieta (1932), a obras teatrales como *Legende eines Lebens* [Leyenda de una vida] (1919), *Das Lamm des Armen* [El cordero de los pobres] (1929) y, la más popular de todas, la comedia *Volpone* (1926), representada en más de quinientas ocasiones y que estaba basada en un argumento de Ben Jonson. A todas estas obras se añadieron los volúmenes *Tres maestros*^[297] (1920), *La lucha contra el demonio*^[298] (1925), *Drei Dichter ihres Lebens* [Tres poetas de sus vidas] (1928) y *La curación por el espíritu*^[299] (1931), con retratos tipológicos de Balzac, Dickens, Dostoievski, Holderlin, Kleist, Nietzsche, Casanova, Stendhal, Tolstói, Mesmer, Mary Baker-Eddy y Sigmund Freud. Para Zweig, estos personajes eran referentes morales que servían para mostrar que los méritos intelectuales y artísticos siempre se impusieron, y que a lo largo de la historia han sido fuente de una satisfacción que «nos consuela frente a la estulticia y la absurdidad del presente». Asimismo, Zweig continuó su

labor como traductor y mediador entre las distintas culturas europeas, con ediciones de y sobre otros escritores, como André Suarès, M. Desbordes-Valmore, Rousseau, Rolland, Barbusse, Sainte-Beuve, Chateaubriand, Renan, J. P. Jacobsen, Schalom Asch, Verlaine y Máximo Gorki; y también con la fundación de una Biblioteca Mundi, una serie asesorada por él, que incluía obras de la literatura universal en sus idiomas originales. Algunos de esos escritos fueron públicamente recomendados por Hesse en sus reseñas de libros, en especial la biografía de Romain Rolland, si bien esta última, desde el punto de vista estilístico, es, con diferencia, la más floja de las obras biográficas realizadas por Zweig: en ella, el austriaco sucumbe a esa tendencia a lo retórico que Hesse había señalado como un defecto del tríptico *Tres maestros*, (*Balzac, Dickens, Dostoievski*). A Hesse, sin embargo, esos excesos retóricos de Zweig parecen haberle resultado menos molestos en este caso que en otras obras posteriores; quizá pensaba, sobre todo, en la necesidad de divulgar la figura de Rolland y su actitud humanista y política a favor de la reconciliación de las naciones.

Algo que llama la atención en la correspondencia entre ambos escritores es que el diálogo de Zweig cobrase siempre un renovado impulso en cuanto aparecía un nuevo libro de Hesse, sobre todo si se tiene en cuenta la escasa reciprocidad del de Calw. Zweig celebraba los libros de Hesse de una manera espontánea, usándolos como prueba de la afinidad entre ambos. Hesse, por su parte, se refería brevemente a las nuevas publicaciones de su colega, y casi nunca entraba en detalles acerca de su contenido. A pesar de todo, Zweig no se equivocaba cuando decía: «recorremos interiormente caminos muy próximos, [...] esta época nos ha estremecido de igual modo a los dos, y [...] hemos sido empujados [ambos] por un camino interior que a algunos les parecerá tal vez demasiado apartado, como si huyésemos, mientras que nosotros sabemos que es, precisamente, un intento de llegar a lo esencial» (otoño de 1922).

En cuanto a sus diferencias, hay que decir que, mientras que la paleta temática de las obras de posguerra de Hesse es, comparativamente, bastante limitada, y representa sus propias experiencias en forma de «biografías del alma» con un creciente espíritu autocrítico y un carácter implacable, el espectro del ámbito argumental de Zweig es mucho más amplio y universal. Siendo, como era, un apasionado investigador de inexplorados testimonios vitales de personajes que hicieron historia, y como poseedor de la colección de autógrafos más importante de su época —entre los que había, por ejemplo, alrededor de mil textos de personalidades históricas que le fascinaban, así como de autores del pasado y del presente sobre los cuales había escrito—,^[300] Zweig indagaba, con una curiosidad psicológica insaciable, los motivos que se ocultaban detrás de las acciones de esas figuras, y sabía analizar, en un estilo tan sugerente que apenas ha sido igualado por otro escritor, las catástrofes de la historia, casi siempre determinadas por el afán de protagonismo y la codicia, así como los trasfondos

biográficos de los cuales había surgido ese otro universo opuesto, el de las conquistas culturales de la humanidad.

Esa diligencia, sus incansables investigaciones y descripciones del destino de otros hombres, así como la productividad infatigable de Zweig, eran aspectos más bien opuestos a la naturaleza de Hesse, principalmente cuando desplazaban a la elegancia estilística. En ese punto, Hesse no era el único que se mostraba muy sensible; también lo hacían otros escritores, como Thomas Mann, Hugo von Hofmannsthal o el implacable crítico del lenguaje Karl Kraus. Zweig era consciente de esa debilidad, como se infiere de una carta fechada el 1 de mayo de 1926 y dirigida al biógrafo musical Richard Specht; en ella critica a aquellos escritores o periodistas que se ven «arrastrados más allá de sí mismos» por su tema y por el «ritmo verbal (como un tal St. Z., por ejemplo)». Sin embargo, a Zweig le resultaba difícil contener ese desbordamiento.

Zweig, según confiesa Hesse en una carta al crítico literario Otto Basler, «había escrito una gran cantidad de libros con gran habilidad y mal alemán», en un «jadeante, arduo y, a la vez, magnífico estilo periodístico». Incluso el libro *Momentos estelares de la humanidad*, concebido para causar efecto, era para Hesse «poesía aparente» o, más exactamente, «caricatura de poesía», tal y como le expresó en noviembre de 1931 a una estudiante.

Hoy en día, dado que ahora es posible apreciar desde una perspectiva nueva la obra completa de Stefan Zweig, no todos los entendidos se atreverían a ir tan lejos. Quien se haya tomado el trabajo de investigar los puntos débiles del estilo de Zweig habrá comprobado seguramente que éste se encuentra indisolublemente vinculado a otros aspectos de sus textos, elementos cuya calidad muy pocos autores pueden igualar. Los defectos de la obra de Zweig pueden atribuirse, en general, a una misma causa: una tendencia al exceso de claridad, la necesidad de que sus afirmaciones fueran, en lo posible, comprensibles para todo el mundo. De ahí los contornos excesivamente nítidos, las simplificaciones arrebatadoras y exaltadas, que no molestan tanto al público común cuanto incordian al lector exquisito, al que hubiese bastado un *piano* allí donde Zweig echa mano de un *fortissimo*. Expresiones como «Jamás se sufrió tanto», que Zweig emplea repetidas veces —y que parece ser su preferida a la hora de caracterizar el entorno de destacados artistas, a fin de mostrar la fuerza creativa del dolor, su condición de premisa para el surgimiento de ciertas obras—, pierden toda su contundencia justamente a causa de su reiterado uso. Pero, a fin de cuentas, ¿qué son esas recapitulaciones y exageraciones encaminadas a promover la eficacia y la inteligibilidad, en comparación con la abundancia y la variedad de lo que este escritor es capaz de percibir y describir? Hay que ver cómo esos fallos desaparecen en la vastedad de la figura de un hombre que no sólo recorrió toda Europa, sino el mundo entero, siempre a la caza de conocimientos detallados y ejemplos ilustrativos; un hombre capaz de descubrir

los móviles más ocultos de la psiquis humana. ¿Qué autor podría, como él, trasponer el pasado en el presente de una manera tan concisa? ¿Quién tiene la suerte de expresar tanta emotividad, trasladarla a la consciencia y, así, mantener en jaque a sus demonios? ¿Quién sabe mostrar, como Stefan Zweig, o de un modo que se le aproxime por su eficacia, lo que es bueno y deseable, es decir, aquellos caminos que conducen a la humanización de los hombres? No faltan en la literatura análisis ingeniosos sobre una época, ni anticipaciones visionarias de un futuro deprimente. Faltan, sin embargo, motivaciones que nos arranquen de la miseria, ejemplos de una integridad que no permita división entre la forma de pensar y la de actuar. En ese aspecto, es decir, en las cuestiones principales, Hesse y Zweig estuvieron siempre de acuerdo, y jamás aquél cuestionó los puntos en común de sus respectivas posturas políticas, ni el estimulante idealismo de su colega.

Es a esa congruencia a la que autores como Hesse y Zweig deben la inquebrantable simpatía de los lectores de todo el mundo. Sin embargo, sucede curiosamente lo contrario con su aceptación académica. Y es que, en comparación con otros escritores de su generación, más necesitados de exégesis (como Romain Rolland), Zweig y Hesse permanecen en la sombra en lo que a los estudios filológicos y literarios se refiere. Los mensajes transmitidos por las obras de autores como Kafka, Musil, Joyce o Beckett, que han de ser elucidados por medio de arduas estrategias de interpretación, salen a relucir en el mundo académico con mucha mayor frecuencia. Por el contrario, el efecto constructivo y humanizador de las obras de escritores como Hesse y Zweig es desdeñado por la crítica y, por desgracia, rechazado también por autores de la talla de Jean-Paul Sartre (que calificaba la obra de Saint-Exupéry de «kitsch humanista»). Como si la gente de todo el mundo no se preguntara precisamente por aquellas cosas que nos facilitan, enriquecen y alivian la vida. Es quizá su inequívoca defensa de la razón, del bien y del humanismo, que no admite divisiones entre la ética y la estética, lo que bloquea a los libros de escritores como Hesse y Zweig el camino hacia el debate académico. Y es que, al parecer, no hay nada a lo que la academia esté menos dispuesta que a estudiar los contenidos, es decir, a las incómodas exigencias y consecuencias que resultan de la lectura de los libros. Sin embargo, en épocas de extravío, en periodos de desorientación, nada es más urgente como las enseñanzas que esos autores han extraído de las catástrofes del siglo XX. En un «Selbstporträt» [Autorretrato] escrito en 1936, Zweig ofrece una personal explicación de su postura: «Desde la guerra, he sentido como un deber moral escribir únicamente en una dirección, justamente en aquella que sirve de auxilio a nuestra época, a fin de que siga desarrollándose de un modo positivo: ilustrando el pasado y amonestando al presente, porque creo que sólo puede ser considerado valioso aquel esfuerzo que estimula la unidad entre los hombres y hace más profundo el entendimiento entre los pueblos».

Hesse y Zweig no sólo contribuyeron a consolidar esas ideas por medio de sus libros, sino también a través de los homenajes que dedicaron a figuras afines de la historia de la cultura, tanto en sus respectivos países como en el extranjero. A la recomendación de buenos libros dedicaba Hesse una cuarta parte de su energía de trabajo, como ha quedado plasmado en cinco volúmenes de reseñas que abarcan un total de cuatro mil quinientas páginas. Lo mismo vale para Stefan Zweig, en sus facetas de traductor, compilador y mediador cultural. La dimensión de su influencia como reseñista —comparable a la de Hesse— se pondrá de manifiesto en cuanto se reúnan todos sus comentarios y reseñas, así como los homenajes a otros escritores, y todo ello, actualmente disperso en periódicos y revistas, aparezca en forma de libro.

Si el interés de Hesse por Zweig no hubiese estado atravesado por reticencias frente a los excesos formales y la emotividad de los libros del austriaco, quizá la correspondencia entre ambos hubiese sido tan abundante y rica como la que unió a Zweig con Romain Rolland, autor este último que, por no tener como lengua nativa el alemán, sin duda prestó más atención al contenido de las obras que al aspecto estilístico.

En la relación entre Hesse y su colega austriaco, hubo distintos momentos culminantes. Entre ellos estuvo la aparición, en 1923, del ensayo «El camino de Hermann Hesse». Con gran agudeza y afinidad, apartándose de toda etiqueta, Zweig sigue la pista a la evolución creativa del hijo del misionero de Wurtemberg, a todo aquello que lo condujo desde su apego al terruño alemán hasta lo supranacional y lo humano en general. Muy acertadamente, Zweig equipara los inicios de Hesse, de un romanticismo tardío, con los cuadros idealizados, autóctonos y de tonalidades delicadas de Hans Thoma (1839-1924), el pintor de la Selva Negra, y vincula la ironía contenida de sus primeros relatos con la atmósfera anímica, íntimamente alemana, pero muchas veces quebrada, del pintor *biedermeier* Carl Spitzweg (1808-1885). Según Zweig, esos primeros relatos —por ejemplo, la historia del vagabundo Knulp—, «lleno[s] de una música pura, como una canción popular», guardan para nosotros un fragmento inmortal de la «pequeña Alemania» de la juventud de Hesse. Al mismo tiempo, sin embargo, Zweig vislumbra en todas esas novelas cortas, «tan justamente populares, [...] cierta cautela comedida, una consideración sentimental que, con su música y su lirismo, se desentiende del problema allí donde éste es más caliente, más punzante y doloroso». Sólo la experiencia de la guerra puso punto final a esta cautela, y estimuló, gracias al exceso de presión del ambiente, el despliegue interior de Hesse, un aumento en su capacidad de penetración psicológica, lo que lo capacitó para expresar incluso cosas aparentemente inefables. Eso diferenciaba a Hesse, según Zweig, de la siguiente generación de

expresionistas, que, por lo general, intentó « describir y reflejar lo más poderoso a través únicamente de formas o no-formas caóticas, a través del grito y del éxtasis ». Gracias a su insatisfacción y a su enorme olfato para lo demoníaco, Hesse llegó, en opinión de Zweig, mucho más lejos en el esclarecimiento de la verdad que el resto de sus compañeros de juventud.

La reflexión del escritor austriaco concluye con una advertencia que probó, más tarde, ser justa: « todavía es imposible delimitar su esfera, mucho menos sus posibilidades definitivas », de modo que, « a pesar de la admiración por todo lo ya hecho, se pueden, y se deben depositar, en este hombre de algo más de cuarenta años, las mismas esperanzas que tendríamos ante un principiante ». Zweig esbozaba así, con gran exactitud, la evolución de Hesse, sus metamorfosis, desde *Klingsor* hasta *Die Morgenlandfahrt* [Viaje a Oriente] o *El juego de abalorios*, pasando por *Siddhartha*, *El lobo estepario*, *Narziss und Goldmund* [Narciso y Goldmundo], y anunciaba que, a partir de ese momento con mucha mayor claridad que en su obra temprana, el escritor alemán estaría en condiciones de dar respuestas cada vez más concretas a los problemas de su tiempo.

Para la fecha en que fue escrito este homenaje, diciembre de 1922, ya habían sido publicadas, con sorprendente simultaneidad, las leyendas hindúes de ambos escritores, *Die Augen des ewigen Bruders* [Los ojos del hermano eterno], de Zweig y *Siddhartha*, de Hesse. En ninguna de sus obras, Hesse y Zweig habían estado tan próximos desde el punto de vista temático como en esos relatos. Es cierto que *Los ojos del hermano eterno* trata de un juez justo obligado a admitir que no debe imponer castigos que él mismo no conoce; el relato tiene lugar en la India prebudista y reflexiona sobre la afirmación principal de « que cualquiera que mate a un hombre está matando a su propio hermano »; pero, sobre todo, esta narración discurre acerca de la vivencia de la guerra, mientras que, al mismo tiempo, en *Siddhartha*, Hesse, a partir del ejemplo del desarrollo ascético de Buda, actualiza para Occidente los conocimientos universales del taoísmo. Sin embargo, ambas son novelas de aprendizaje que pretenden mostrar un camino en ese sentido, y ambas tienen en común el entorno que Hesse y Zweig, en 1908 y 1911 respectivamente, habían experimentado en sus viajes de varios meses por Asia.

La profundización en los aspectos psicológicos de la trama que observamos ya en el Hesse de *Demian*, y la descarnada visión que aparece pocos años después en obras como *Kurgast* [En el balneario], *Nürnberg Reise* [Viaje a Nuremberg] y *El lobo estepario*, con las cuales el escritor pone en claro lo que él mismo calificaba de « conflictos de mi vida personal y espiritual » (10 de febrero de 1923), puede observarse también en las obras de posguerra de Zweig. Sólo que a éste, a diferencia del autocrítico Hesse, no le importa en principio elucidar

los problemas de la época a partir de su propio caso; en Zweig, dichos conflictos desembocan, más bien, en las narraciones que él denominó «relatos de la pasión», en las biografías y en los estudios psicológicos de algunas personalidades, estudios que tienen como propósito extraer una «tipología del espíritu» tomando como ejemplo figuras de la talla de Dostoievski, Hölderlin, Kleist, Nietzsche, Freud, etcétera. Sea como sea, apenas dos décadas después, en su libro de memorias *Die Welt von Gestern* [El mundo de ayer],^[301] Zweig intentará someterse a un análisis autocrítico muy similar a los de Hesse, y el resultado será un retrato que está más cerca de ser una fascinante historia de su época que una detallada y fiel historia de su propia vida. Queda claro, de este modo, que Zweig era capaz de comprender el implacable problema de *El lobo estepario*, el hambre de vida del hombre quincuagenario y su conflicto con una burguesía que, seis años más tarde, entregaría las riendas del poder al nacionalsocialismo, contribuyendo así, decisivamente, a provocar una nueva conflagración mundial que la misma novela de alguna manera pronosticaba, y que atribuía a la autocomplacencia generalizada. «El mundo, en la actualidad, está tan diabólicamente a gusto y satisfecho consigo mismo como si una “gran época” hubiese comenzado de nuevo», escribía Hesse en una carta dirigida a Zweig en noviembre de 1929.

Parejamente desilusionados por sus experiencias en la Primera Guerra Mundial, ambos escritores reaccionaron de un modo un tanto disímil ante las exigencias de esta supuesta «gran época» recién iniciada. Aunque fue uno de los primeros autores cuyos libros fueron a parar en las hogueras de los nazis (si bien sus obras estuvieron disponibles en librerías de Alemania hasta principios de 1936), Zweig no participó de un modo tan activo en la batalla periodística que se desató entre emigrantes y perseguidores como lo hicieron, por ejemplo, Thomas Mann o Hermann Hesse. Su negativa a colaborar con la revista del exilio *Die Sammlung*, fundada y dirigida por Klaus Mann, fue entendida como una traición por quienes habían sido forzados a emigrar. Apenas nadie se dio cuenta entonces de que, en caso de colaborar, Zweig hubiese proporcionado argumentos a los nazis para prohibir a uno de los autores más populares en lengua alemana. No sería él mismo quien justificara esa prohibición, más bien dejaría el ataque en manos de los enemigos. En el caso de Zweig, ese ataque tomó la forma de un humillante registro efectuado en su casa, en febrero de 1934, con el absurdo objetivo de buscar supuestas armas ocultas. «Cuatro policías revolvieron mi dormitorio —informaba a Romain Rolland en una carta del 25 de febrero de 1934— a fin de encontrar allí granadas de mano y ametralladoras». Lo revolvieron todo, escribió, excepto la buhardilla, y eso «a mí, que jamás estuve en ningún partido y que rechazo todo tipo de violencia». Fue entonces cuando Zweig emigró a Inglaterra —cosa que hizo sin su esposa (que se oponía a

abandonar su país) y sus hijas (fruto de un primer matrimonio de Friderike)—, y cuando se separó de la editorial Insel, que había manejado su obra durante casi treinta años, y que, llegado el momento, actuó con él de un modo particularmente insolidario. A partir de entonces, los libros de Zweig comenzaron a aparecer en la editorial vienesa Herbert Reichner y, más tarde, lo hicieron en Estocolmo, en la editorial del exilio fundada por Gottfried Bermann Fischer.

Thomas Mann tuvo un destino similar. Tras una orden de prisión preventiva de julio de 1933 y la confiscación de su casa de Múnich, se vio obligado a emigrar primero a Zúrich y, en 1938, a los Estados Unidos. Por su parte, la situación de Hesse resultó aún más difícil. Dado que, desde 1912, residía en Suiza y era imposible para el régimen nazi hacerle pasar por humillaciones comparables a las de sus colegas; las restricciones a la publicación de sus libros no se produjeron sino hasta 1935, a raíz de una campaña de prensa iniciada contra él por Willi Vesper, que se oponía a sus reseñas de libros en la revista *Bonniers Litterära Magasin*, de Estocolmo. «El poeta alemán Hermann Hesse —informaba por entonces la revista *Die Neue Literatur*, de Leipzig— asume el mismo papel de traidor al pueblo que correspondió ayer a la crítica judía», con lo cual «traiciona a toda la poesía alemana a favor del judaísmo y de los enemigos de Alemania». Fueron esos ataques los que obligaron a Hesse a considerar que había llegado la hora de confiar su obra a una editorial del exilio, y nada parecía más obvio para él que ponerla en manos del exiliado yerno de su editor Samuel Fischer que, por su parte, había fallecido en 1934.

Pero las cosas tomaron un rumbo diferente. A raíz de la llamada «arianización» de las editoriales alemanas, se exigió a los dueños judíos de la editorial S. Fischer —que desde principios de siglo manejaban la obra de Hermann Hesse y de Thomas Mann, entre otros autores desafectos al régimen— que abandonaran la empresa. De ese modo fue expropiada la editorial más prestigiosa de Alemania, así como todas las demás casas editoras judías, que debían ser posteriormente adquiridas por empresas adictas al régimen nazi. En cualquier caso, y gracias a hábiles negociaciones con la Cámara de Escritores del Reich, Peter Suhrkamp, nombrado en 1933 gerente de la editorial por el propio Samuel Fischer, logró burlar esos propósitos. Suhrkamp consiguió una autorización para transferir a Suiza los derechos de los autores de la editorial que eran considerados indeseados en Alemania, llevar sus *stocks* de libros a Viena e indemnizar financieramente a la familia Fischer, lo cual permitió a Gottfried Bermann Fischer la creación de su propia editorial austríaca en el exilio. Un resultado bastante sorprendente por feliz, teniendo en cuenta los procedimientos al uso en aquella época. En el asunto tuvieron que ver varios factores. En primer lugar, y según la jerga de entonces, Suhrkamp era «ario», y, siendo sargento, había sido condecorado en la Primera Guerra Mundial. Pero al fin y al cabo, lo verdaderamente decisivo fue que, durante su temprana actividad docente,

Suhrkamp había ejercido el cargo de director pedagógico de la comunidad escolar libre de Wickersdorf, donde había sido el maestro preferido de un sobrino de su interlocutor nazi en aquellas negociaciones, el doctor Heinz Wismann. Eso determinó, por último, que le autorizaran a refundar la prestigiosa editorial S. Fischer y a continuar dirigiéndola, a modo de sociedad comanditaria, sin la presencia de los autores indeseados.

El acuerdo tuvo, sin embargo, ciertos inconvenientes: la Cámara de Escritores del Reich no aprobó la liberación de los derechos de las obras de Hermann Hesse, por más que Bermann Fischer (con la anuencia del escritor) se esforzara por negociar este punto con las autoridades de Berlín. Y es que los gobernantes conocían muy bien la popularidad de esos libros, sobre todo entre los jóvenes. Por otro lado, la obra temprana del poeta, con su arraigo en el ámbito alemán, no parecía contradecir las ambiciones nacionalistas de las autoridades. Por último, la esperanza de ganar a Hesse para el bando nazi tuvo que haber desempeñado algún papel. De lo contrario, quizá, las autoridades alemanas jamás hubiesen reaccionado de un modo tan evidentemente pasivo ante las reseñas de libros que Hesse publicaba en *Bonniers Litterära Magasin*, y mucho menos ante su negativa a firmar el formulario de la Asociación de Escritores del Reich, esbozado por Gottfried Benn y mediante el cual, a partir de 1934, todo autor que deseara publicar en Alemania en el futuro se comprometía a tributar lealtad al régimen nazi. Con el veto de Berlín quedó bloqueado de momento el propósito de Hermann Hesse de seguir el ejemplo de Thomas Mann y de Stefan Zweig y marcharse al exilio con sus libros. Sólo después de 1942 se pudieron publicar de nuevo en Suiza (sin autorización de importación) sus libros de crítica, indeseados en Alemania y agotados en aquel país. Su obra restante permaneció en manos de la editorial berlinesa, permanentemente amenazada. Sin embargo, Peter Suhrkamp consiguió una vez más evitar la prohibición total de Hesse, y siguió publicando, con riesgo de su propia vida, al autor alemán, lo mismo que a casi un tercio de los autores indeseados en la época del nacionalsocialismo. Finalmente, en 1944, Suhrkamp fue arrestado por la Gestapo, acusado de alta traición a la patria, condenado ante el Tribunal Popular e internado en los campos de concentración de Ravensbrück y Sachsenhausen, a los que sobrevivió milagrosamente, a pesar de padecer una enfermedad mortal.

En cuanto a Stefan Zweig, su respuesta a la campaña de prensa en la que se vio envuelto en el año 1933 —cuando su editor, Anton Kippenberg, entregó para su publicación en la recién «nazificada» revista *Börsenblatt des Deutschen Buchhandels* la justificación del autor sobre por qué no quería colaborar con la revista del exilio de Klaus Mann— fue la biografía *Erasmus de Rotterdam: triunfo y tragedia de un humanista*, publicada en 1934. Igual que el Jeremías de la pieza

teatral publicada en tiempos de la Primera Guerra Mundial, el Erasmo de Zweig confirmaba los propios puntos de vista del autor, en este caso su reticencia a la polémica. Porque ese humanista holandés, que aspiraba a un equilibrio entre Roma y las fuerzas reformistas, y que por ello no se solidarizaba con ninguno de los partidos en pugna, fue rechazado y discriminado por ambas partes. De él proviene también la conocida profecía « Donde se empieza quemando libros, se terminará luego quemando a seres humanos » , que pronunciara a raíz del auto de fe de los escritos de Lutero. Usando como ejemplo a Erasmo, Zweig fundamentó su propia moderación y la de otros compañeros de generación, como Hesse y Thomas Mann, frente a la estandarización del espíritu.

Zweig se resistió durante meses, en un esfuerzo que finalmente no fructificó, a la posibilidad de verse atrapado en las pugnas políticas en las que, según escribe en una carta a Hesse fechada el 9 de diciembre de 1933, habían estado « tirando » de él « tanto desde la derecha como desde la izquierda » . Al final, sin embargo, y a raíz de la publicación de algunas cartas privadas, escribe, habían conseguido arrastrarlo al « estercolero de la política » . Fue a raíz de eso, según confirma en la carta, que escogió a Erasmo como figura salvadora: « [Erasmo] el hombre del centro y de la razón, que también se vio atrapado entre las ruedas de molino del protestantismo y del catolicismo; como nosotros, que ahora nos encontramos en medio de los grandes movimientos contrapuestos de nuestros días. Fue para mí un pequeño consuelo ver lo mal que le fue, saber que uno no está solo cuando se atormenta, como hombre decente, a la hora de tomar decisiones y resoluciones difíciles, en lugar de acomodarse y salir corriendo en busca de resguardo tras las espaldas de un partido » . Y Zweig fue aún más claro en una carta dirigida a Otto Basler, amigo de Hesse, el 1 de diciembre de 1933, y todavía inédita: « Yo pretendía callar, puesto que no deseo multiplicar el odio en el mundo (eso se lo dejo a otros) » . Pero la equidistancia de Zweig provocó a los hombres de partido, que no suelen escatimar recursos a la hora de machacar a cualquier persona prominente que no se compromete con lo que ellos defienden. Zweig, desde luego, estaba al tanto, por una variedad de vías, de lo que acontecía en Alemania, y así lo hacía saber a sus corresponsales desde su exilio londinense; pero ni siquiera eso condicionó su inclinación por un partido o por otro. « Recibo líneas tan estremecedoras desde ese silencio, que no quiero decir nada en contra de Alemania, salvo que ahora no tengo ningún vínculo ni me gustaría tenerlo con ese país [...] Esa ha sido, desde siempre, la postura más desagradecida en el mundo, el situarse en medio de los fanáticos; porque sobre el bondadoso y el mediador se arrojan siempre los de ambos bandos: y es precisamente ese destino, el del hombre no fanático, el que quisiera exponer en un libro sobre Erasmo » .

Hesse tuvo una experiencia similar, y así se lo comunicó a Zweig en una carta del 15 de febrero de 1935: « En los últimos tiempos, las cosas se han

desenvuelto de modo tal que nosotros, ya antes bastante aislados, nos vemos ahora detestados e infamados por nuestros propios correligionarios, y todo porque no nos entregamos como mero instrumento de lucha política. En alguna parte deben de quedar algunas existencias que den continuidad [...] a ciertas tradiciones, y [...] pienso [...] en algunas antiguas y respetables convenciones como la honestidad intelectual, etcétera. Entre esas tradiciones a las que hago referencia y cuya protección nos incumbe, están, sobre todo, el sentido de la calidad, el no doblegarse ante la cantidad» .

Era ése, precisamente, el mensaje que Hesse más estimaba del libro de Stefan Zweig sobre Erasmo. Al mismo tiempo, Hesse compartía algunas reticencias de Thomas Mann frente a las tesis de Zweig. Mann se negaba a aceptar la analogía entre Hitler y Lutero —a quien el austriaco describía como el « zafio hombre de Wittenberg, de ánimo fuerte y ciego de violencia »—. Tras la lectura de la versión publicada en noviembre de 1933, Mann comunicó a Zweig: « Está escribiendo usted, en cierto modo, el mito de nuestro tiempo, [...] y la legitimación de la aparente ambigüedad que sufrimos » . Hesse expresaba una opinión similar en su reseña del libro, que no fue publicada hasta septiembre de 1935 —y en Suecia, dado que no hubiera sido posible hacer una recomendación pública de la obra en Suiza y mucho menos en Alemania—. Para Hesse, el rival de Erasmo no era Lutero, sino « el no menos sagaz Nicolás Maquiavelo, el racionalista teórico de la política del poder. A él opone Zweig en el último capítulo —escribía Hesse— al humanista, y llega a la conclusión de que, a pesar de todas las guerras y todas las victorias de la política de poder, siempre estará vivo el ideal de una justicia supranacional y una “humanización de la humanidad”, ideal que ejerce también su influencia, como fuerza espiritual, en la educación de los hombres. Erasmo, hombre célebre y sin embargo apenas leído, [...] cobra en esta biografía una notable actualidad, y, en la medida en que el lector aprenda a ver de un modo nuevo a esta figura ejemplar, también sabrá apreciar de una manera inédita al autor de este libro » .

Esa fue la última reseña de Hermann Hesse sobre una obra de Stefan Zweig. Después de 1936, Hesse hubo de suspender sus, hasta entonces, bastante regulares comentarios de libros, y sustituirlos por recomendaciones esporádicas que, además, sólo eran posibles en publicaciones suizas. Con todo, Hesse no renunció a dar contestación al terror aberrante de los sistemas totalitarios, y lo hizo por medio de su obra pedagógica de madurez, *El juego de abalorios*.

Aunque Zweig no vio *El juego de abalorios* publicado en forma de libro —había sido prohibido en Alemania y sólo apareció en Suiza en 1943—, el capítulo inicial publicado a modo de anticipo lo llevó, en enero de 1935, a escribir a Hesse: « Pocas veces una obra poética y de pensamiento me ha conmovido tanto como *El juego de abalorios* [...]. No hay nada más importante que la idea sobre cómo lo individual puede desplegarse en oposición a la mecanización [...], y el

hecho de que usted resuelva ese problema en un sentido afirmativo, y no con la forma habitual de la mera resignación, ha sido de mucho provecho para mí. [...] Estimo y aprecio mucho su actitud resoluta en lo más íntimo, una actitud que no reacciona ante los movimientos periféricos». El imperturbable terror llegado desde el exterior obligaba a los mejores a una interiorización: «en la misma medida en que los otros se vuelven más gregarios, con tanta mayor tozudez afirmarán su derecho los hombres que caminan solos».

La carta de enero de 1935 termina con el deseo de un reencuentro que, al cabo, no tuvo lugar sino hasta dos años después, en el transcurso de una estancia de dos semanas de Zweig en Lugano. La tarde que pasaron juntos, el 17 de septiembre de 1937 —y por la cual Hesse daba las gracias en una carta perdida—, parece haber sido tan placentera y emocionante que Hesse terminó por invitar a Zweig a visitar Montagnola la semana siguiente. Este plan finalmente no se concretó: Zweig había acordado previamente alojarse unos días en la casa de Arturo Toscanini.

En cualquier caso, ésa fue la última vez que se vieron, y un año después su intercambio epistolar también llegó a su fin. En su última carta, Hesse agradecía a Zweig informaciones sobre el establecimiento en Inglaterra de cierta emigrante; uno de los centenares de casos que, tras el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, acapararon el tiempo de ambos escritores, y que terminarían por arrastrar al austriaco en un torbellino de desazón. «Lo más triste, querido Hermann Hesse, es que el trato forzoso y constante con personas desesperadas y sin salida lo debilita a uno demasiado; y éstas, que nos arrasan, son únicamente las primeras oleadas de una avalancha descomunal», le escribía Zweig a Hesse el 9 de julio de 1938.

Zweig apenas fue capaz de soportar esa terrible situación durante cuatro años, y como en una floración forzosa —a pesar de las turbulencias políticas y los continuos cambios de domicilio— escribió sus últimas obras, que probablemente sean las mejores. Tras divorciarse de su esposa Friederike, Zweig se trasladó, del Londres repleto de exiliados, a un sitio más tranquilo: el balneario de Bath, en el suroeste de Inglaterra. Allí escribió, tras un viaje de investigación por los Estados Unidos, la historia de la primera circunnavegación del mundo, emprendida por Magallanes y finalizada por Elcano; emprendió también una biografía de Balzac, que quedaría inconclusa, y la novela *Ungeduld des Herzens [La impaciencia del corazón]*.^[302] Al estallar la Segunda Guerra Mundial, se estableció en Estados Unidos con su secretaria Lotte Altmann, con la que se había casado poco tiempo antes. Cuando Estados Unidos —país en el que publicó su libro de memorias *El mundo de ayer*—entró en la guerra, Zweig huyó de allí, y se marchó a Brasil, lugar al que describiría en otra de sus últimas obras como un «país de futuro» cuya apacible mezcla de culturas le parecía contradecir, como ninguna otra

nación, cualquier ideología racista. Allí concibió también la historia de otro gran error histórico, el de Américo Vespucio, así como un ensayo sobre Montaigne^[303] y, por último, su novela corta *Schachnovelle* [*Novela de ajedrez*],^[304] que contenía una profunda crítica al mundo contemporáneo y que, con razón, es uno de sus textos más conocidos. Después de eso, se agotaron sus reservas: como pesos de plomo, también en Brasil seguían abrumándolo los destinos de sus colegas que buscaban auxilio. Ayudaba cada vez que podía, con dinero, con consejos, sirviendo de mediador. Solía hacer envíos regulares de cheques a colegas que se encontraban en la pobreza, ése fue el caso de Joseph Roth y de Ernst Weiss, sólo por mencionar los dos ejemplos más conocidos. Pero aquello era un barril sin fondo. «Ellos no sospechan cuántas desgracias me confían, sin darse cuenta de que yo también estoy desesperado», escribió a Romain Rolland. Ya en 1915 se había quejado ante el francés de los padecimientos que le imponía su imaginación visionaria: «preveo la desgracia de millones de personas y no me siento capaz nunca —¡nunca!— de decir: ése no soy yo, ésos son los otros». Lo que hasta entonces había conseguido, esto es, ponerse a salvo a través de la escritura, le parecía ahora imposible. Entonces, aún predominaba la sensación de que la triunfal marcha de Hitler era indetenible, y que también lo era la «perversa fascinación que impulsaba a los hombres a besar la misma mano que los mantenía bajo un yugo». Según Zweig, la posibilidad de generar confianza en otros nacía de la propia capacidad de confiar; transmitir entusiasmo a los otros dependía de nuestro entusiasmo. «¿Y cómo voy a encontrar yo ahora ese entusiasmo?», se preguntaba en su carta de despedida. Y dado que no se sentía capaz de hacer responsable a toda Alemania por la crueldad de sus verdugos, y porque consideraba vedado responder a la violencia con más violencia, esa presión del exterior se fue dirigiendo cada vez más al interior, contra sí mismo. «La incapacidad de responder al odio con más odio», le había escrito a Hans Carossa en noviembre de 1933, era para él «un profundo peligro, porque, del mismo modo que el hombre que llora se libera a través de las lágrimas, también lo hace el hombre que odia, a través de un odio terrible que blande como un arma». Zweig, por el contrario, conocía una única reacción ante los acontecimientos: el desconcierto interior. Si se añade a todo esto su gran capacidad de análisis de los acontecimientos y su impaciencia, se comprende mejor su sensación de desesperanza. A Zweig le pareció mejor quitarse la vida, en lugar de verse en la situación de ser incapaz de afirmar nada más. El escritor y su mujer, Lotte, pusieron fin a esa situación insoportable el 22 de febrero de 1942, con una sobredosis de Veronal.

«En ocasiones la amargura nos impregna como el agua a la esponja». Con esa frase sobre la época que le tocó vivir concluye Hesse su última carta a Stefan Zweig, fechada el 27 de julio de 1938. Las ideas de suicidio también resultaban

familiares a Hesse, que intentó suicidarse en dos ocasiones: la primera, siendo apenas un quinceañero, y la siguiente durante la gran crisis que rodeó la creación de *El lobo estepario*, a la edad de cuarenta y seis años. El último de esos intentos —con Veronal, igual que los Zweig— hubiese prosperado si Hesse no hubiera sido descubierto a tiempo y llevado a una clínica. Al final, no menos afectado que Zweig por las consecuencias del nacionalsocialismo, Hesse sobrevivió a su amigo veinte años.

Establecido desde 1912 en Suiza, país cuya ciudadanía adoptó a partir de 1924, casado desde 1931 con una mujer judía, sobrevivió a los difíciles años y a las estrecheces económicas que le impuso la prohibición de sus libros en Alemania y la retención de sus escasos honorarios en cuentas alemanas bloqueadas. Como ya había sucedido durante la Primera Guerra Mundial, Hesse consiguió mantenerse a flote gracias a la generosidad de distintos mecenas suizos, principalmente Georg Reinhart y Helene Welti, pero también el coleccionista beethoveniano Hans Conrad Bodmer, que en 1931 construyó una casa para Hesse, vivienda que puso luego a disposición del autor de forma vitalicia. (Zweig, por el contrario, jamás tuvo problemas financieros: ya en vida era el autor de lengua alemana más traducido, un estatus que Hesse sólo alcanzó post mortem).

Thomas Mann, que conoció muy bien a Zweig y a Hesse, y que, durante su exilio, trabajó con igual compromiso que ellos en favor de los perseguidos, el escritor de Calw era el « más querido y próximo de sus colegas ». Sobre Stefan Zweig dijo que nunca antes « se había llevado con mayor modestia, con más auténtico pundonor y humildad menos fingida una celebridad universal [...]. Su fama mundial era bien merecida, y es trágico que la resistencia de este hombre tan talentoso se haya quebrado bajo la presión de la época [...]. Pocos saben hasta qué punto aprovechó el largo brazo de su influencia, sus elevados ingresos, ante los que sentía gran desapego, a fin de promover, salvar y apoyar a otros. Su fama literaria se convertirá en leyenda, como la de aquel gran otro pacifista de Rotterdam, pero su capacidad de amar seguirá siendo la insignia de ese hombre generoso y esencialmente bueno » .

V. M.
Fráncfort, abril de 2006

NOTA Y AGRADECIMIENTOS DEL COMPILADOR

Treinta y cuatro de las cartas de Stefan Zweig a Hermann Hesse se encuentran entre los manuscritos de este último depositados en el Archivo Literario de Berna; el resto se conserva en el Archivo de la Literatura Alemana de Marbach, excepto la carta del 12 de agosto de 1918, que Jeffrey Berlin encontró entre los papeles póstumos del banquero hamburgués Siegmund Warburg (1902-1982). La colección de Warburg, que contiene en total setenta y dos cartas de Stefan Zweig a distintos destinatarios, se encuentra actualmente en el Instituto Leo Black de Nueva York y fue publicada en el año 1991 en la revista *Germanisch-Romanische Monatsschrift*, de Heidelberg.

Fue el doctor Richard Friedenthal (1869-1979), amigo y albacea de Zweig y residente en Londres, quien puso a mi alcance, en abril de 1972, distintas copias de las cartas y de las tarjetas postales que Hermann Hesse envió a Stefan Zweig. Hasta ahora no ha podido determinarse dónde se encuentran los originales.

En los años posteriores se publicaron, en la edición en cuatro volúmenes de las *Gesammelte Briefe* [Cartas reunidas] de Hesse,^[305] algunas de las cartas que este escritor envió a Stefan Zweig. Por otro lado, una parte de las respuestas de Zweig a Hesse apareció en la edición de Richard Friedenthal *Stefan Zweig. Briefe an Freunde* [Stefan Zweig, cartas a los amigos].^[306] Otras cartas de Zweig a Hesse se encuentran en la nueva edición, en cuatro tomos, publicada en la editorial S. Fischer de Fráncfort por Knut Beck Jeffrey Berlin y Natascha Weschenbach-Feggeler (1995-2005), con el título *de Briefe (1897-1942)* [Cartas (1897-1942)].



HERMANN HESSE fue un escritor y poeta alemán, aunque posteriormente decidió nacionalizarse suizo. Hesse es uno de los grandes representantes de la literatura europea durante la primera mitad del S.XX.

Nacido en Alemania, viajó a la India en diversas ocasiones, donde su padre era misionero. La cultura oriental influyó de manera decisiva en su obra posterior, sobre todo en uno de sus libros más importantes, *Siddartha* —escrito en 1922— en el que se trata la vida de Buda.

De personalidad difícil y un tanto huraña, Hesse trabajó como librero mientras desarrollaba su carrera literaria. Su primer éxito fue *Damien*, publicada en 1919 y que ya deja entrever una de las constantes en su obra: el desarrollo del individuo, la rebelión frente a la sociedad mancomunada.

A partir de su condena a la participación de Alemania en la I Guerra Mundial, Hesse optó por exiliarse a Suiza debido al ostracismo al que fue sometido por todo su entorno. Fue allí donde escribió su obra más influyente: *El lobo estepario* (1927).

Hesse recibió el Premio Nobel de literatura en 1946, tres años después de la que sería su último libro *El juego de abalorios*. A partir de esa fecha apenas publicó nada más que algunos poemarios de carácter nostálgico y oscuro.

Murió en Montagnola, Suiza a los 85 años de edad.



STEFAN ZWEIG (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942) fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

Notas

[1] Hermann Hesse, *Gedichte*, Berlin, Grottesche Verlagsbuchhandlung, 1902. <<

[2] Se trata del poema de Verlaine « Mon rêve familial» [Mi sueño familiar]. <<

[3] Paul Verlaine, *Gedichte von Paul Verlaine. Eine Anthologie der besten Übertragungen* [Poemas de Paul Verlaine. Una antología de las mejores traducciones] (trad. y comp. de S. Zweig), Berlín, Schuster & Loeffler, 1902. <<

[4] Stefan Zweig, *Silberne Saiten* [Cuerdas de plata], Berlin, Schuster & Loeffler, 1901. <<

[5] En francés en el original: 'pobre'. Por entonces, Hermann Hesse era ayudante de librero en la librería de viejo Wattenwyl, ganaba ciento diez francos suizos al mes y tuvo que pagar por su cuenta la impresión de dos de sus primeras publicaciones, *Romantische Lieder* [Canciones románticas] (1899) y *Hinterlassene Schriften und Gedichte von Hermann Lauscher* (1901). [En español: Hermann Lauscher, en: Hermann Hesse, *Obras completas*, t. 2, Madrid, Aguilar, 1979]. <<

[6] Richard Schaukal (1874-1942), escritor, traductor y crítico literario austriaco, cuya obra temprana se ha clasificado como perteneciente al *Jugendstil*. Hesse mantenía correspondencia con él desde 1901. <<

[7] [Jacobsen, Jens Peter, *Maria Grubbe. Interiores del siglo XVII*, Barcelona, Cervantes, 1927]. <<

[8] [Rainer Maria Rilke, *El libro de las imágenes*, Madrid, Hiperión, 2005]. <<

[9] Wilhelm von Scholz (1870-1944), poeta, narrador y novelista. *Der Spiegel*, Leipzig, Seemann Verlag, 1902. <<

[10] Camill Hoffmann (1878-1944), escritor y diplomático austriaco, fue asesinado en Auschwitz en 1944; Zweig se refiere a su libro de poemas *Adagio stiller Abende*, Berlín, Schuster & Loeffler, 1902. <<

[11] Johannes Schlaf (1862-1941), dramaturgo, narrador y traductor alemán. <<

[12] Camille Lemonnier (1844-1913), narrador belga. Zweig escribió unas palabras introductorias a dos traducciones al alemán de Lemonnier: *Die Liebe im Menschen* [El amor en los hombres] (1903) y *Warum ich Männerkleidung trug. Erlebnisse einer Frau* [Por qué vestía ropa de hombre. Vivencias de una mujer] (1910) <<

[13] Franz Evers (1871-1947), poeta y dramaturgo. <<

[14] Wilhelm Holzamer (1870-1907), poeta, narrador y novelista. <<

[15] Hans Benzmann (1869-1926), poeta y periodista. Secretario del Reichstag alemán. <<

[16] Otto Hauser (1876-1944), poeta y narrador. <<

[17] Georg Busse-Palma (1876-1944), traductor de Paul Verlaine. <<

[18] Hasta ahora no se ha podido encontrar ninguna reseña de Stefan Zweig sobre *Gedichte*, de Hesse (1902). <<

[19] *Paul Verlaine* (1905), t. 30 de la serie de monografías *Die Dichtung* [La poesía], editada por Paul Remer, y publicada por la editorial Schuster & Loeffler.

<<

[20] En efecto, en la segunda edición aparece la versión de Hesse del poema « Mi sueño familiar» (del libro *Poèmes saturniens*). <<

[21] Carl Busse (1872-1918), escritor y crítico literario berlinés, asesoró la colección *Neue deutsche Lyriker* [Nuevos poetas alemanes], de la Grottesche Verlagsbuchhandlung, en la que, en 1902, apareció también el libro de poemas *Gedichte*, de Hesse. <<

[22] Stefan Zweig estudiaba por entonces filosofía, filología románica e historia de la literatura en Berlín y en Viena. <<

[23] Fritz Stóber (1814-1907), poeta, dramaturgo y pintor. <<

[24] [Los dos autores que Zweig menciona a continuación son belgas, de modo que tal vez quiso decir «autores de habla francesa»]. <<

[25] Charles van der Stappen (1843-1910), escultor belga. A través de él, Zweig conoció al poeta belga Emile Verhaeren (1855-1916) y, más tarde, al pintor Frans Masereel (1889-1972). <<

[26] Gustav Falke (1853-1916), poeta y novelista. <<

[27] Otto Erich Hartleben (1864-1905), poeta, narrador y dramaturgo. <<

[28] Otto Julius Bierbaum (1865-1910), escritor, fundador de la revista *Pan* y coeditor de la revista *Die Insel*. <<

[29] En 1902, Hesse había tenido que someterse a una operación debido a constantes dolores en los ojos. <<

[30] Véase el breve relato de Hesse « Eine Billardgeschichte» [Una historia de billares], en: id., *Sämtliche Werke* (comp. de Volker Michels), t. 6, Francfort del Meno, 2003, p. 85. <<

[31] Véase la reflexión de Hesse titulada « Weinstudien» [Estudios sobre el vino], en: *op. cit.*, 1.13, p. 81. <<

[32] Hasta ese momento, Hesse había publicado el pequeño libro de poemas antes mencionado: *Romantische Lieder* (1899), los estudios en prosa *Eine Stunde hinter Mitternacht* [Una hora después de medianoche] (1899), *Hermann Lauscher* (1901) y *Gedichte* (1902), también mencionado ya. <<

[33] Véase el cuento de Hesse titulado « Das Rathaus» en: *Sämtliche Werke, op. cit.*, t. 1, p. 505. [En español: « La casa consistorial», en: *íd., Obras completas*, t. 3, p. 23]. <<

[34] Se trata de *Hinterlassene Schriften und Gedichte von Hermann Lauscher* (comp. de Hermann Hesse), Basilea, Reich, 1901. Véase la nota [5]. <<

[35] Zweig se refiere aquí al dramaturgo y novelista austriaco Arthur Schnitzler (1862-1931). Más tarde, Zweig los conocería personalmente a él, a Hermann Bahr y a Hugo von Hofmannsthal. <<

[36] Hermann Bahr (1863-1934), dramaturgo y novelista austriaco. <<

[37] Se refiere al poeta, dramaturgo y narrador vienés Hugo von Hofmannsthal (1874-1929). <<

[38] Peter Altenberg (seud. de Richard Engländer, 1859-1919), literato austriaco, autor de aforismos. <<

[39] Hans Müller-Einigen (1882-1950), narrador, dramaturgo y libretista. Su obra autobiográfica *Jugend in Wien* [Juventud en Viena] (Viena, F. Speidelsche Buchhandlung, 1948) trata de manera amplia el tiempo que él y Zweig pasaron juntos en la universidad. <<

[40] Franz Karl Ginzkey (1871-1963), poeta y narrador austriaco. <<

[41] Posiblemente se trate de un seudónimo del poeta turco Y. K. Beyatli (1884-1958), que estudió en París entre 1903 y 1912. <<

[42] Stefan Zweig obtuvo su doctorado en 1904 con un trabajo sobre la filosofía de Hippolyte Taine. <<

[43] Se refiere, obviamente, al célebre fresco *La última cena*, que Leonardo pintara entre 1496 y 1497 para el refectorio del convento de dominicos de Santa Maria delle Grazie. <<

[44] Hesse partió y a principios de abril de 1903 su segundo viaje a Italia (había realizado el primero entre marzo y abril de 1901). Los primeros catorce días los pasó en Florencia y sólo los últimos diez en Venecia. <<

[45] Camill Hoffmann, *Adagio stiller Abende*, Berlin, Schuster & Loeffler, 1902.

<<

[46] Durante su estancia en la Île de Bréhat, Zweig escribió la novela corta « Die Wunder des Lebens» [Los milagros de la vida], que publicó luego en su primer volumen de novelas cortas, *Die Liebe der Erika Ewald* [El amor de Erika Ewald] aparecido en febrero de 1904. <<

[47] La novela de Hesse, *Peter Camenzind*, fue publicada, a modo de anticipo y ligeramente abreviada, en la *Neue Rundschau*, de Berlín, entre octubre y diciembre de 1903. La edición en forma de libro apareció en febrero de 1904 en S. Fischer, en Berlín. [En español: Hermann Hesse, *Peter Camenzind*, en: id., *Obras completas*, t. 1, Madrid, Aguilar, 1979, P. 3]. <<

[48] A finales de agosto de 1903, Hesse dejó su trabajo en la librería de viejo de Basilea, y un mes después regresó por algo más de medio año a su ciudad natal, Calw, situada en el norte de la Selva Negra. <<

[49] En la Pascua de Pentecostés de 1903, Hesse se había comprometido con Maria Bernoulli (1868-1963), con quien contraería matrimonio el 2 de agosto de 1904. <<

[50] Entonces, en Calw, Hesse escribió varios relatos y su segunda novela, *Bajo la rueda*. <<

[51] Véase el relato de Hermann Hesse « Karl Eugen Eiselein» , en: id., *Cuentos*, t. 1, Madrid, Alianza Editorial, 2004. <<

[52] El abogado de Basilea Fritz Bernoulli (1824-1913). <<

[53] Del 2 al 24 de abril de 1903, Hesse estuvo con Maria Bernoulli en Venecia.

<<

[54] En el marco de una reseña sobre el libro de poemas *Der Spiegel*, de Wilhelm von Scholz, aparecida en el número de agosto de esa revista publicada en Berlín. <<

[55] Amo Holz (1863-1929), dramaturgo, poeta, narrador y ensayista. <<

[56] Otto Julius Bierbaum, véase la nota [\[28\]](#). <<

[57] Richard Schaukal. <<

[58] Otto Ernst (su nombre completo era Otto Ernst Schmidt, 1862—1926), escritor. <<

[59] Se refiere a « Die Wunder des Lebens» [Los milagros de la vida], la cuarta y última historia del mencionado primer volumen de novelas cortas de Stefan Zweig, *Die Liebe der Erika Ewald*. <<

[60] Emile Verhaeren, *Ausgewählte Gedichte in Nachdichtungen von Stefan Zweig*
[Poemas escogidos en versión de Stefan Zweig], Berlin, Schuster & Loeffler,
1904. <<

[61] Île de Bréhat, isla rocosa frente a la costa norte de la región de Bretaña, donde Zweig había estado en el verano. <<

[62] Probablemente se trate del relato « Karl Eugen Eiselein» . <<

[63] Moritz Heimann (1868-1925), lector de la editorial S. Fischer, conoció, a través del autor suizo Paul Ilg, el *Hermann Lauscher* de Hesse, publicado bajo seudónimo, y el 1 de febrero de 1903 invitó a éste a presentar a la mencionada casa editora sus futuros manuscritos. <<

[64] En el personaje que da título a su novela corta *El amor de Erika Ewald* [(trad. de Roberto Bravo de la Varga), Barcelona, Acantilado, 2004] y en la Esther del relato « Wunder des Lebens» [Los milagros de la vida]. <<

[65] Se trata de la narración «Scharlach» [Escarlatina], que fue publicada en alemán mucho después de la aparición del ya mencionado primer volumen de relatos de Zweig, *Die Liebe der Erika Ewald* (1904), en el *Österreichische Rundschau*, entre abril y junio de 1908. [En español: Stefan Zweig, «Escarlatina», en: *id.*, *Noche fantástica* (trad. de Roberto Bravo de la Varga), Barcelona, Acantilado, 2005]. <<

[66] En el primer verano que siguió a la defensa de su tesis de doctorado, Zweig viajó, entre otros lugares, a Marienbad, Ostende, Brujas y Berlín, y en noviembre marchó a París, para una estancia de medio año. <<

[67] La prometida de Hesse, Maria Bernoulli, llevaba junto con su hermana un estudio de fotografía en Basilea. De ella provienen los primeros retratos del autor de *Peter Camenzind*. <<

[68] No hay nada que los editores publiquen con menos agrado, por sus pocas ventas, que los libros de poemas de autores que todavía no se han impuesto en el mercado. Véase el relato de Hermann Hesse « Aus dem Briefwechsel eines Dichters» [De la correspondencia de un poeta], en: id., *Sämtliche Werke*, t. 7, p. 205. <<

[69] Johann Caspar Lavater (1741-1801), *Physiognomische Fragmente zur Beförderung der Menschenkenntnis und Menschenliebe* [Fragmentos fisiognómicos para promover el conocimiento y el amor del hombre] (1775-1778) <<

[70] Stefan Zweig publicó en la revista múniquesa *Freistatt* una breve recomendación. Véase "UNA NOVELA DE HERMANN HESSE", tras la carta nº 16 de esta edición digital. <<

[71] En la primera mitad de abril, Hesse viajó a Múnich, donde se entrevistó por primera vez con su editor, Samuel Fischer, y conoció personalmente a Thomas Mann, a Ricarda Huch, a Karl Wolfskehl y a Otto Julius Bierbaum. <<

[72] Se trata de su reseña publicada en *Freistatt*, Múnich, el 2 de abril de 1904. Véase "UNA NOVELA DE HERMANN HESSE", tras la presente carta. <<

[73] Preparación de la defensa oral de su tesis de doctorado. <<

[74] Se refiere a la recomendación de Franz Karl Ginzkey publicada en el diario *Tagespost*, de Graz, el día 17 de abril de 1904. <<

[75] Ricarda Huch (1864-1947), narradora, poeta e historiadora. <<

[76] Alexander von Bernus (1880-1965), poeta y dramaturgo. <<

[77] Hermann Hesse, *Boccaccio*, t. 7 de la serie *Die Dichtung*. Véase la nota [19]. <<

[78] Se trata del volumen de novelas cortas *Die Liebe der Erika Ewald* y de los poemas escogidos de Emile Verhaeren, *Ausgewählte Gedichte*. Véase la nota [60]. <<

[79] Se trata de « Aus Venedig. Lyrisches Tagebuch » [Desde Venecia. Diario poético], en: *Die Neue Rundschau*, mayo de 1904, pp. 615-621. <<

[80] No se conserva. <<

[81] La boda de Hesse con Maria Bernoulli tuvo lugar el 2 de agosto de 1904 en Basilea. <<

[82] Véase Hermann Hesse, *Sämtliche Werke*, t. 10, p. 118. <<

[83] Charles Baudelaire, *Gedichte in Vers und Prosa* [Poemas en verso y en prosa] (trad. de Camill Hoffmann y Stefan Zweig; introd. de Stefan Zweig), Leipzig, Herederos de Hermann Seemann, 1902. <<

[84] Los mencionados, *Ausgewählte Gedichte in Nachdichtung von Stefan Zweig*. Véase la nota [60]. <<

[85] Reproducción del frontispicio de un busto retrato realizado por Charles van der Stappen. <<

[86] A raíz de esto, Zweig le envió el ensayo « Émile Verhaeren» , que había sido publicado el 15 de abril de 1904 en la revista *Das literarische Echo*, de Viena. <<

[87] No se conserva. Probablemente se trate de la tarjeta en la que se le informa sobre la boda de Hermann Hesse y Maria Bernoulli, el 2 de agosto de 1904, en Basilea. <<

[88] Hesse y su esposa Maria, personas muy poco convencionales, no realizaron ningún viaje de bodas; sin embargo, el mismo día de su matrimonio por lo civil viajaron desde Basilea hasta Gaienhofen am Bodensee, a orillas del lago de Constanza, para entrar a vivir en su nuevo hogar, la mitad habitable de una antigua casa de campesinos. <<

[89] Combatientes veteranos del Imperio romano. <<

[90] Zweig escribía por entonces una monografía sobre el poeta francés Paul Verlaine, que aparecería en la serie de Paul Remer *Die Dichtung* (véase la nota [19]). En esa misma serie habían aparecido en 1904, escritas por Hesse, las monografías sobre Giovanni Boccaccio y san Francisco de Asís. <<

[91] Hugo Salus (1866-1929), ginecólogo praguense, poeta y narrador. <<

[92] La novela corta de Hermann Hesse *Hans Amstein* apareció en septiembre de 1904 en la *Neue Rundschau*. Véase *id.*, *Sämtliche Werke*, t. 6, p. 13. <<

[93] La vigésimo quinta edición de *Peter Camenzind* apareció en el año 1905. <<

[94] La postal muestra la reproducción de una ilustración de Ephraim Moses Lilien al poema de Morris Rosenfeld «Mein Kind» [Mi hijo], del libro de poemas *Lieder des Ghetto* [Canciones del gueto]. <<

[95] *Peter Camenzind*, en su quinta edición. <<

[96] El relato « Die Marmorsäge» [La serrería de mármol] apareció publicado por primera vez en septiembre de 1904 en la revista *Über Land und Meer*, Hesse lo incluyó luego en su volumen de cuentos *Diesseits* [Relatos de aquende] (Berlín, S. Fischer, 1907). [En español: Hermann Hesse, « La serrería de mármol» , en: id., *Obras completas*, t. 2, p. 195. Existe una traducción más reciente con el título de « La marmolería» , en: id., *Cuentos*, 4 t., Madrid, Alianza 2002]. <<

[97] Aquí Zweig hace una referencia al título en alemán de una composición de Robert Schumann, « Glückes genug» [Dicha suficiente], de la serie *Kinderszenen* [Escenas infantiles]. <<

[98] Balneario belga junto al mar del Norte. <<

[99] Balneario junto al mar del Norte, no lejos de Brujas. <<

[100] Marthe Verhaeren (apellido de soltera: Bassin, 1860-1931), pintora. <<

[101] En su casa de Caillou-qui-Bique, cerca de Brujas. <<

[102] Se refiere al novelista belga, amigo de Verhaeren, Camille Lemonnier. <<

[103] Constantin Meunier (1831-1905), pintor y escultor belga. <<

[104] Se refiere al escultor Charles van der Stappen. <<

[105] Se refiere nuevamente a *Die Liebe der Erika Ewald*. <<

[106] El siguiente libro de poemas de Zweig, *Die frühen Kränze* [Las coronas tempranas], no apareció hasta 1906 en la editorial Insel, de Leipzig. <<

[107] Posiblemente se trate del drama en verso *Tersites*, publicado en 1907. <<

[108] No se han podido localizar esos artículos. <<

[109] Agnes Miegel (1879-1964), poeta oriunda de Prusia oriental. <<

[110] El ilustrador y fotógrafo Ephraim Moses Lilien (1874-1925), cuya monografía *E. M. Lilien. Sein Werk* (Berlín, Schuster & Loeffler, 1903), fue editada y prologada por Stefan Zweig. <<

[111] No se conservan. <<

[112] Se trata de la localidad suiza de Steckborn. <<

[113] La revista *Die Woche. Zeitschrift für Zeitgeschichte und Belletristik*, Berlin, 1899-1944. <<

[114] Partiendo de París, donde Zweig vivió desde finales de noviembre de 1904 hasta la primavera de 1905, el autor viajó efectivamente a España y a Argelia, al término del mes de febrero de 1905. <<

[115] Se trata del primer boceto de *Tersites*. Una tragedia en tres partes que apareció publicada en 1907 en la editorial Insel, de Leipzig. <<

[116] La revista *Über Land und Meer. Allgemeine Illustrierte Zeitung*, Stuttgart, Leipzig, Berlín y Viena, 1858-1925. <<

[117] *Die Liebe der Erika Ewald*, véase carta 28 de esta edición. <<

[118] A partir de 1904, Hesse comenzó a escribir una serie de «reportajes literarios mensuales» para *Die Propyläen*, el suplemento literario del periódico *Münchener Zeitung*. <<

[119] La reseña de Hesse apareció en *Das literarische Echo* el 15 de noviembre de 1904. Véase "STEFAN ZWEIG, «EL AMOR DE ERIKA EWALD» " tras la carta nº 30 de ésta edición digital. <<

[120] Desde mediados de septiembre hasta el 23 de diciembre, Mia Hesse tuvo que someterse en Basilea a un tratamiento de su ciática. <<

[121] Hesse jamás estuvo en París. Sin embargo, su protagonista en *Peter Camenzind* nos cuenta algo acerca de una estancia en esa ciudad, y es a causa de ello que Stefan Zweig infiere que Hesse conoce París. <<

[122] Se refiere al escritor Wilhelm Holzamer. <<

[123] Se trata de la mencionada monografía de Zweig sobre Verlaine. Véase la nota [19]. <<

[124] En noviembre de 1904, Hesse fue galardonado con el Wiener Bauernfeldpreis, otorgado en Viena a su novela *Peter Camenzind*. <<

[125] Se refiere al poeta Alexander von Bernus. Véase la nota [\[76\]](#). Probablemente se trate de un poema sobre la primera novela de Hesse. <<

[126] Probablemente se trate del amigo de juventud de Hesse, Ludwig Finckh (1876-1964), al que conoció en Tubinga en 1897, cuando Finckh era estudiante de derecho. <<

[127] A finales de febrero de 1905, Zweig viajó a España y a Argelia. Las mencionadas postales no se conservan. <<

[128] Hesse no pudo llevar a cabo ese plan. <<

[129] Zweig le había enviado a Hesse su pequeña monografía sobre Verlaine, aparecida poco tiempo antes en la editorial Schuster & Loeffler. <<

[130] Véase la nota [9]. <<

[131] Ellen Key (1849-1926), pedagoga y luchadora por los derechos de la mujer; autora de numerosas obras y artículos sobre el movimiento femenino y sobre la educación de los niños. <<

[132] Probablemente se trate del poema «In der Fremde» [En el extranjero] (23 de septiembre de 1843), de Franz Grillparzer (1791-1872). En su última estrofa, posiblemente citada de memoria por Zweig, dice: «Wo also willst du weilen? | Wo findest du die Rast, | Wenn überall du nur Fremde, | Die Heimat nirgend hast?» [¿Dónde podrás quedarte? | ¿Dónde sosiego hallarás? | En todo puerto extranjero | En ningún sitio un hogar]. <<

[133] [En alemán, ambas palabras riman: « mit Buch und Besuch» . No así en castellano]. <<

[134] Después de visitar a su esposa en Basilea el 12 de abril, Hesse emprendió una breve excursión al lago de Lucerna, donde aún hoy viven algunas familias que se apellidan Camenzind. <<

[135] Véase la nota [9]. <<

[136] Stefan Zweig llegó a Gaienhofen el miércoles 21 de junio de 1905 para visitar a Hesse. <<

[137] Alusión a la célebre cita tomada de *Urians Reise um die Welt* [El viaje de Urian alrededor del mundo] (1786), de Matthias Claudius (1740—1815): « Wenn einer eine Reise tut, so kann er was erzählen» [« Cuando alguien ha hecho un viaje, tiene algo que contar»]. <<

[138] Zweig viajó en agosto a Tirano y en septiembre a Florencia. En una carta a Ellen Key, fechada el 12 de agosto de 1905, en la que le pedía un manuscrito para su colección de autógrafos, Zweig le escribía sobre sus planes de trabajo en el drama *Tersites*. <<

[139] Se refiere a Ludwig Finckh, amigo de juventud de Hesse, de la época en que estudiaba en Tubinga. Había llegado a Gaienhofen en mayo de 1905 para establecerse allí como médico y escritor. <<

[140] El escritor Emanuel von Bodman (1874-1946), que vivía por entonces en Zürich. <<

[141] Probablemente, durante su visita a Gaienhofen, Zweig haya hablado con Hesse sobre las *Mémoires* [Memorias] de Giacomo Casanova (1725-1798). En 1906, Hermann Hesse escribió su relato «Casanovas Bekehrung» [La conversión de Casanova], en: *id.*, *Sämtliche Werke*, t. 6, p. 497. Stefan Zweig dedicó a Casanova un ensayo biográfico que fue publicado en 1928 en su libro *Drei Dichter ihres Lebens* [Tres poetas de sus vidas], aparecido en la editorial Insel, de Leipzig. <<

[142] La novela de Hesse *Unterm Rad* [*Bajo la rueda*] había aparecido en octubre de 1905 en la editorial S. Fischer, de Berlín; sin embargo, en la fecha consignada en la edición aparecía el año 1906. <<

[143] Zweig no llegó a escribir ninguna reseña del libro. <<

[144] No fue sino hasta el 6 de febrero de 1923 que Zweig publicó un ensayo en el que resumía la obra de Hermann Hesse, « El camino de Hermann Hesse » ; véase tras la carta nº 73 de ésta edición digital. <<

[145] Stefan Zweig, *Die frühen Kränze*. Véase la nota [\[106\]](#). <<

[146] El 9 de diciembre de 1906 había nacido el primer hijo de Hesse, Bruno. <<

[147] Hesse había hecho circular una carta entre distintos autores amigos, en la que les solicitaba que repusieran algunos de los libros de Ludwig Finckh que habían quedado destruidos a causa de un incendio en su casa de Gaienhofen, ocurrido el 17 de enero de 1907. <<

[148] Hermann Hesse, *Diesseits*, Berlín, S. Fischer Verlag, 1907. [En español: *Relatos de aquende*, en: id., *Obras completas*, t. 2, Madrid, Aguilar, 1979, p. 195].

<<

[149] En abril de 1907 Hesse pasó unas cuatro semanas en la colonia naturista y de nuevas formas de vida de Monte Verità, cerca de Ascona. <<

[150] En febrero de 1907 se inició la construcción de la primera casa propia de Hesse, « Am Erlenloh» (hoy Hermann-Hesse-Weg), en Gaienhofen. <<

[151] A finales de 1907 Hesse había adquirido una máquina de escribir, y algunas de las primeras cartas escritas en ella iban adornadas con guirnaldas y ornamentos tipográficos. <<

[152] Zweig le había enviado a Hesse un ejemplar dedicado de su tragedia *Tersites*, aparecida en la editorial Insel, de Leipzig, en el año 1907. <<

[153] Se refiere a la leyenda «Die Belagerung von Kremna», en: Hermann Hesse, *Sämliche Werke*, t. 9, p. 297. [En español: «El sitio de Kremna», en: id., *Obras completas*, t. 2, p. 1041]. <<

[154] En latín en el original: 'Si Dios quiere'. <<

[155] Véase la nota [40]. <<

[156] No se conserva la respuesta de Zweig a la carta anterior de Hesse. <<

[157] No se ha podido determinar cuál es el manuscrito al que se hace referencia. A partir de enero de 1907, Hesse comenzó a editar, en colaboración con Ludwig Thoma, la revista *März* (dedicada a la cultura alemana y publicada por la editorial Albert Langen, de Múnich). Al ser Hesse el responsable de la parte cultural de la revista, recibía numerosos manuscritos. Probablemente Zweig le haya enviado el trabajo de algún colega. Sobre la colaboración de Hesse con la revista *März*, véase Hermann Hesse, *Gesammelte Briefe* [Cartas reunidas], t. 1, Fráncfort, Suhrkamp Verlag, 1973, p. 499. <<

[158] Hugo Heller, librería de Viena que planeaba una velada de conferencias de Hesse en esa ciudad. <<

[159] Rudolf Hans Bartsch (1873-1952), oficial y escritor austriaco. <<

[160] Se trata, probablemente, del escritor Hermann Bessemer, que acompañó a Zweig durante el viaje a la India en su recorrido por el Lejano Oriente entre 1908 y 1909. [Hermann Bessemer, periodista y escritor austriaco, nacido el 9 de septiembre de 1883. Según una ficha policial de la Gestapo de Viena que se puede consultar en internet, Bessemer fue detenido en Hungría en febrero de 1941. En mayo de 1943 fue deportado a Auschwitz, donde murió el 8 de noviembre de ese mismo año. (*N. del T.*). <<

[161] Bruno Hesse, véase la nota [146]. <<

[162] El 15 de octubre de 1908 tuvo lugar la primera velada de conferencias de Hesse en Viena, en el salón de arte de la librería Heller. Dos días después le escribió a su colega vienés Otto Stössel que no podía dormir debido al ruido de la ciudad y que huiría de ella hasta su segunda velada de lecturas, el día 22 de octubre, para ir « a Semmering, donde se imaginaba que el aire sería mejor» .

<<

[163] Después de la lectura, se produjo un encuentro con los colegas escritores Franz Karl Ginzkey, Otto Stössel y Richard Schaukal, entre otros. <<

[164] El estreno del primer drama de Zweig, *Tersites*, tuvo lugar el 26 de noviembre de 1908 simultáneamente en dos teatros, el Hoftheater de Dresde y en Kassel. <<

[165] A finales de noviembre, Zweig emprendió un viaje de cuatro meses por el Lejano Oriente, el cual incluyó lugares como Ceilán, Gwalior, Calcuta, Benarés, Rangún y el interior de la India. <<

[166] La postal de Zweig muestra el Lingam sagrado en la isla india de Elefanta.

<<

[167] En septiembre de 1907, Hesse había publicado en la revista *Die Neue Rundschau*, de Berlín, una primera narración breve sobre Buda con el título de «Legende vom indischen König» [Leyenda del rey indio]. Véase Hermann Hesse, *Sämtliche Werke*, t. 9, p. 259. <<

[168] Del 21 al 25 de febrero de 1909. <<

[169] El 1 de marzo de 1909 nació el segundo hijo de Hesse, Heiner. <<

[170] Sólo se conserva una de esas tarjetas. <<

[171] Probablemente se trate de Victor Fleischer (1882-1952), narrador y editor, un amigo de toda la vida de Stefan Zweig. <<

[172] Esa carta no se conserva. <<

[173] Seguramente se trata de la monografía de Zweig, «Émile Verhaeren», Leipzig, Insel Verlag, 1910. <<

[174] Durante el año 1908, Zweig viajó a la India por cuatro meses, entre otros lugares, y en 1911 estuvo dos meses en Estados Unidos. <<

[175] El escritor y pacifista francés Romain Rolland había felicitado a Hesse en febrero de 1915 por su llamamiento contra la guerra titulado « O Freunde, nicht diese Töne! », publicado el 3 de noviembre de 1914 en el *Neue Zürcher Zeitung* [El título del texto de Hesse, tomado de las palabras iniciales de la 9ª sinfonía de Beethoven, podría traducirse, si se tiene en cuenta el contexto, como « ¡oh, amigos, no adoptéis esos tonos! »]. Una vez establecido en Suiza, en octubre de 1914, Rolland asumió un trabajo en el Centro de Información sobre Prisioneros de Guerra de la Cruz Roja, con sede en Ginebra, y puso a disposición de dicha institución los ingresos que le reportara el Premio Nobel, galardón que obtuvo en 1915. Un año después, Hesse siguió su ejemplo y fundó en Berna, en colaboración con el catdrático Richard Woltereck, una Central para la Atención de los Prisioneros de Guerra, que dirigió hasta principios de 1919. En Romain Rolland, Hesse y Zweig tuvieron un amigo común y un compañero de ideas. Sin embargo, el intercambio epistolar entre el poeta francés y Stefan Zweig, tan aficionado a los viajes, que visitó a Rolland en varias ocasiones, fue mucho menos intenso que la correspondencia entre Rolland y Hesse. Véanse, por ejemplo, las siguientes ediciones: Romain Rolland y Stefan Zweig, *Briefwechsel 1910-1940* [Correspondencia 1910-1940] (comp. de Waltraud Schwarze), Berlín, Rütten & Loening, 1987; y Hermann Hesse y Romain Rolland, *Briefe* [Cartas], Zürich, Fretz & Wasmuth, 1954.

En agosto de 1915, Romain Rolland había visitado ya dos veces en Berna a Hesse, que también se había establecido en Suiza. Tras el primer encuentro personal, Rolland le escribió a Stefan Zweig, el 3 de septiembre de 1915: « Por fin tengo ya a Hermann Hesse en el vecindario, y el hombre se ha convertido en un auténtico bernés. Nos sentimos unidos por un sentimiento de hermandad ». A lo que Zweig respondió, con fecha del 20 de septiembre: « Ya sabe usted que ha habido una múltiple hostilidad contra Hesse, precisamente contra él, que ha mantenido el comportamiento más noble que uno pueda concebir en un poeta. Me alegra que se haya reunido con él. Hace algunos años pasamos en una ocasión unas hermosas horas en el lago de Constanza. Su libro más reciente, *Knulp*, es para mí el más hermoso de los suyos; hay en él una Alemania que nadie conoce, ni siquiera los propios alemanes, y es verdaderamente encantador: un fragmento del mundo suabo, con una pequeña ciudad y una calle, con gente sencilla, alegría y música » . <<

[176] Se refiere al artículo «Den Pazifisten» [A los pacifistas], aparecido en *Die Zeit*, en Viena, el 7 de noviembre de 1915. Véase Hermann Hesse, *Sämtliche Werke*, t. 15, pp. 107-112. Una carta que Hesse envió al escritor danés Sven Lange (1868-1930), fechada en agosto de 1915, en la que expresaba su confianza en que Alemania no eludiera su obligación ideal con el humanismo internacional, provocó dentro del país germano una campaña de prensa dirigida contra él. <<

[177] Alexéi N. Tolstói (1883-1945), narrador ruso; durante la Primera Guerra Mundial fue reportero de guerra. <<

[178] Björnsterne Björnson (1832-1910), poeta danés; en 1903 recibió el Premio Nobel de Literatura. <<

[179] Hermann Hesse, *Drei Greschichten aus dem Leben Knulps*, Berlin, S. Fischer Verlag, 1915. [En español: *Knulp*, en: id., *Obras completas*, t. 1, p. 351].

<<

[180] Después de los dos primeros libros de Hesse, *Peter Camenzind* y *Bajo la rueda*, habían aparecido, hasta el año 1915, tres volúmenes de relatos y las novelas *Gertrud* y *Rosshalde*. <<

[181] Probablemente se refiera al ensayo biográfico de Zweig titulado *Dostoievski*, que no fue publicado hasta el año 1920, junto a otras biografías similares sobre Balzac y Dickens, aparecidas todas ellas luego con el título de *Drei Meister*, en la editorial Insel, de Leipzig. [En español: Stefan Zweig, *Tres maestros (Balzac, Dickens, Dostoievski)* (trad. de Joan Fontcuberta), Barcelona, Acantilado, 2004]. <<

[182] Entre diciembre de 1914 y noviembre de 1917, Zweig trabajó en el Archivo de la Prensa de Guerra de la ciudad de Viena. <<

[183] En julio de 1915, Zweig viajó a la región de Galitzia en calidad de reportero, por encargo del Archivo de Guerra Austriaco. <<

[184] Robert Michel (1876-1957), narrador, dramaturgo y periodista; fue reportero de guerra durante la Primera Guerra Mundial. <<

[185] Véase la carta siguiente. <<

[186] Se refiere al escritor Rudolf Hans Bartsch. <<

[187] Hermann Hesse, *Rosshalde*, Berlín, S. Fischer Verlag, 1914. [En español: *Rosshalde*, en: id., *Obras completas*, t. 2, p. 517]. <<

[188] Los días 12 y 21 de agosto de 1915 Rolland había visitado a Hesse en Berna y había dejado constancia de ese encuentro en su diario. <<

[189] Hesse había fundado por entonces una central de libros que suministraba material de lectura para completar su formación a los prisioneros de guerra en Francia. <<

[190] Hermann Hesse, *Am Weg* [En el camino], Constanza, Reuss & Itta, 1915.

<<

[191] El libro de poemas *Unterwegs* [De camino], aparecido en la editorial Georg Müller, de Múnich, volvió a ser publicado en 1915, en una segunda edición ampliada que incluía esos «poemas contemporáneos» . <<

[192] No ha podido localizarse ese escrito de Hesse. <<

[193] Hesse temía que una actividad en el Archivo de la Prensa de Guerra no se correspondiera con sus esfuerzos en aras de la reconciliación de las naciones. <<

[194] Ferdinand Gregori (1870-1928), profesor de música y de artes escénicas en Viena, un amigo común de Zweig y de Hesse. <<

[195] Stefan Zweig, *Jeremias. Eine dramatische Dichtung in neun Bildern*
[Jeremias. Un poema dramático en nueve cuadros], Leipzig, Insel Verlag, 1917.

<<

[196] A finales de octubre, Zweig recibió un permiso de dos meses de su servicio en el Archivo de la Prensa de Guerra de Viena, y viajó a Suiza el 4 de noviembre, país al que estaba invitado para dar una serie de conferencias en Zúrich, Berna, Basilea y Lucerna. Cuando, poco después, el Teatro de la Ciudad de Zúrich aceptó presentar el estreno de su drama antibelicista *Jeremías*, y teniendo en cuenta que el autor quería tomar parte en los ensayos dirigidos por Max Reinhardt, su permiso fue prorrogado hasta el día del estreno, el 27 de febrero de 1918, y, a continuación, Zweig fue licenciado definitivamente del servicio militar. Hasta finales de marzo de 1919, Zweig residió de forma permanente en Suiza. Hesse lo visitó el día 22 de noviembre de 1917. <<

[197] El relato de Zweig, *Brennendes Geheimnis*, había aparecido en el año 1911 en el volumen *Erstes Erlebnis. Vier Geschichten aus Kinderland* [Primera vivencia. Cuatro historias del país de la infancia], publicado por la Insel Verlag. [En español: *Ardiente secreto* (trad. de Berta Vias Mahou), Barcelona, Acantilado, 2004]. <<

[198] Se refiere al ensayo de Zweig *Erinnerung an Émile Verhaeren* [Recuerdo de Émile Verhaeren], publicado en una edición privada de cien ejemplares en el año 1917. <<

[199] En marzo de 1918, Zweig había tomado un alojamiento en el Hotel Belvoir de Rüslikon, con vista al lago de Zúrich. <<

[200] El pintor Fritz Widmann (1869-1937) y su esposa, la fotógrafa Gret Widmann (¿?—1931). <<

[201] Hermann Hesse, « Sprache » [Lenguaje]. Publicado por primera vez en el *Frankfurter Zeitung* del 11 de agosto de 1918. Véase id., *Sämtliche Werke*, t. 14, pp. 341-345. <<

[202] En su artículo «Mein Standpunkt» [Mi punto de vista], publicado en el número de *Friedenswarte* de julio-agosto de 1918, Hesse escribía, entre otras cosas, lo siguiente: « Mi manera de pensar, si fuera la de la mayoría, convertiría cualquier guerra en una fábula ridícula». Véase Hermann Hesse, *Sämtliche Werke*, t. 15, p. 200 y ss. <<

[203] Georges Clemenceau (1841-1929), primer ministro francés en los periodos 1906-1909 y 1917-1920, fue un abanderado de una política revanchista extremadamente enemiga de Alemania. En el año 1913, Clemenceau fundó el periódico *L'homme libre* [El hombre libre], al que le cambió el nombre, durante la Primera Guerra Mundial, por el de *L'homme enchaîné* [El hombre encadenado]. Con su inescrupulosa política de resistencia, reprimió todos los esfuerzos encaminados a la paz y al entendimiento. <<

[204] La distribución a los campos de prisioneros de guerra. <<

[205] Stefan Zweig, « Bekenntnis zum Defaitismus» [Adscripción al derrotismo], en: *Die Friedens-Warte*, Zúrich, julio-agosto de 1918. <<

[206] Un mes después, Hesse publicaba en la misma revista su alegato « Mein Standpunkt» . <<

[207] El artículo de Otto Flake apareció en el número de junio de la misma revista. <<

[208] También en este aspecto las impresiones de Hesse y de Zweig coinciden. En su *Kurzgefassten Lebenslauf* [Breve autobiografía], Hesse recordaría el clima que reinaba en Berna por aquellos años y la superpoblación de la ciudad, llena de « diplomáticos, agentes políticos, espías, especuladores y traficantes [...] El aire a mi alrededor era una red única de espionaje y contraespionaje, de denuncias, intrigas, negocios políticos y personales» . El 28 de abril de 1918, Zweig le había escrito a Emil Ludwig que Zúrich y Berna eran dos nidos de serpientes llenos de intriga, « donde la propaganda, los apetitos revolucionarios y el espionaje se imbrican en una relación fraternal. Vivo aislado y sólo me siento libre desde que ya no veo a la gente de aquí, personas que, estando confundidas ellas mismas, pretenden generar la confusión en los otros» . <<

[209] Los días 20 y 21 de septiembre de 1918 Zweig había visitado a Rolland en Villeneuve, cerca de Montreux. <<

[210] Probablemente se trate del libro *Alte Geschichten, zwei Erzählungen* [Viejas historias, dos relatos], publicado en Berna por la Bücherzentrale für deutsche Kriegsgefangene [Central de libros para prisioneros de guerra alemanes], en 1918. <<

[211] Frans Masereel (1889-1972), grabador, xilógrafo y pintor flamenco. <<

[212] Esa carpeta de Masereel, con veinticinco xilografías, apareció por primera vez en 1918, y la edición alemana fue publicada en 1921 por la editorial Kurt Wolff, de Múnich, con el título de *Die Passion eines Menschen* [La pasión de un hombre]. Masereel ilustró con diez xilografías la novela corta de Stefan Zweig *Der Zwang*, la cual apareció en el año 1920 en una edición limitada de cuatrocientos setenta ejemplares numerados, en la editorial Insel, de Leipzig. Hesse escribió el prólogo a la serie de xilografías de Masereel *Die Idee* [La idea] (Múnich, Kurt Wolff Verlag, 1927), y epílogo a sus *Bilder-Geschichte ohne Worte* [Cuadros. Una historia sin palabras], publicado en 1933 como volumen 433 en la Insel-Bücherei. <<

[213] Véase la carta siguiente. <<

[214] En octubre de 1918, la esposa de Hesse, Mia, fue hospitalizada en un centro de afecciones nerviosas de Zúrich, debido a «considerables trastornos afectivos», según diagnosticara C. G. Jung. <<

[215] Los hijos de Hesse, Bruno y Martin (este último nacido en 1911), fueron dejados al cuidado de unos amigos; Heiner fue internado en un centro de educación rural. <<

[216] Hermann Hesse, *Klingsors letzter Sommer* [*El último verano de Klingsor*],
Berlín, S. Fischer, 1920. <<

[217] Se refiere al libro *Tres maestros* que contiene ensayos sobre Balzac, Dickens y Dostoievski. Véase la nota [\[181\]](#). <<

[218] En noviembre de 1917, Stefan Zweig había adquirido, junto con Friderike von Winternitz, con la que se casó en enero de 1920, el Paschinger Schloß [el palacete de Pasching], sobre el monte de los capuchinos de Salzburgo, lugar en el que habitó desde el 1 de mayo de 1919 hasta su emigración a Londres en el año 1934. <<

[219] Hermann Hesse, *Wanderung*, Berlín, S. Fischer, 1920. [En español: *Peregrinación. Apuntes*, en: id., *Obras completas*, t. 3, p. 17]. <<

[220] El 23 de marzo de 1921 Zweig emprendió con su esposa Friderike un viaje de bodas de tres semanas por Verona, Brescia y Florencia. <<

[221] Del 2 al 10 de noviembre de 1920, Hesse tuvo que curarse de una inflamación del seno frontal en el sanatorio Victoria, de su amigo el doctor en medicina Hermann Bodmer (1876-1948). <<

[222] Con anterioridad, Hesse había estado dos veces en Salzburgo, en octubre de 1908 y en octubre de 1913, en compañía de su esposa Mia. <<

[223] Stefan Zweig, *Amok. Novelle einer Leidenschaft*, Leipzig, Insel Verlag, 1922. [En español: *Amok* (trad. de Joan Fontcuberta), Barcelona, Acantilado, 2003]. <<

[224] Hermann Hesse era tres años mayor que Stefan Zweig. <<

[225] El industrial textil, oriundo de Bohemia, Moritz Zweig (1845-1926). <<

[226] Desde el 16 de octubre hasta el 23 de noviembre de 1922, Hesse se sometió a una terapia vegetariana en el sanatorio de Sennrütli, en Degersheim, cerca de San Galo. <<

[227] Hermann Hesse, *Siddhartha*, Berlín, S. Fischer, 1922. [En español: *Siddhartha. Un poema indio*, en *id.*, *Obras completas*, t. 3, p. 211 y ss.]. <<

[228] Se trata de la leyenda quizá más conocida de Zweig, *Die Augen des ewigen Bruders*, aparecida en el año 1922 en la colección Insel Bücherei. Su tema, la « guerra como fratricidio », fue tomado del Bhagavad Gita. [En español: *Los ojos del hermano eterno* (trad. de Joan Fontcuberta), Barcelona, Acantilado, 2002]. <<

[229] Se trata del ensayo de Zweig « Der Weg Hermann Hesses» [« El camino de Hermann Hesse»], aparecido por primera vez el 6 de febrero de 1923 en la *Neue Freie Presse*, de Viena. Véase tras la carta nº 73 de ésta edición digital. <<

[230] Hermann Hesse, *Märchen*, Berlin, S. Fischer Verlag, 1919. <<

[231] Hermann Hesse, *Demian*. Die Geschichte einer Jugend von Emil Sinclair, Berlin, S. Fischer Verlag, 1919. [En español: *Demian*. Historia de la juventud de *Emil Sinclair*, en *íd.*, *Obras completas*, t. 2, p. 187 y ss., Madrid, Aguilar, 1979].

<<

[232] Desde el 8 de mayo hasta mediados de junio Hesse tuvo que someterse a una cura de la ciática en Baden, cerca de Zúrich. <<

[233] Philipp Witkop (1880-1942), poeta y, desde 1910, catedrático de Filología Germánica en Friburgo de Brisgovia. <<

[234] No se ha podido elucidar de quién se trata. <<

[235] Emil Roniger (1883-1958), fundador de la editorial Rotapfel, de Zúrich-Erlenbach. <<

[236] Hermann Hesse, *Kurgast*, Berlín, S. Fischer, 1925. [En español: *En el balneario*, Barcelona, Plaza & Janés, 1990]. El libro fue escrito en 1923. La primera edición apareció en 1924 con el título *Psychologia Balnearia. Glossen eines Badener Kurgastes* [Psicología balnearia. Glosas de un cliente de un balneario de Baden]. <<

[237] Stefan Zweig, *Der Kampf mit dem Dämon. Hölderlin. Kleist. Nietzsche*, Leipzig, Insel Verlag, 1925. [En español: *La lucha contra el demonio (Hölderlin, Kleist, Nietzsche)* (trad. de Joaquín Verdaguer), Barcelona, Acantilado, 2002]. <<

[238] En enero de 1924, Hesse había contraído segundas nupcias con la cantante Ruth Wenger, y había pasado con ella los meses de invierno en Basilea. <<

[239] Se refiere a su esposa Ruth Wenger. <<

[240] Felix Braun (1885-1973), narrador y dramaturgo austriaco, quien mantenía correspondencia con Hesse y Zweig y era un buen amigo de ambos. <<

[241] Hermann Hesse, *Der Steppenwolf. Ein Tagebuch in Versen* [El lobo estepario. Un diario en versos], en: *Die Neue Rundschau*, Berlín, noviembre de 1926. [En español: Hermann Hesse, *El lobo estepario*, Madrid, Alianza Editorial, 2006]. <<

[242] Stefan Zweig, *Volpone. Eine lieblose Komödie nach Ben Jonson* [Volpone. Una comedia poco amable basada en Ben Jonson], Potsdam, editorial Gustav Kiepenheuer Verlag, 1926. *Volpone* fue la pieza teatral más exitosa de Stefan Zweig, y hasta ahora la han llevado a escena más de quinientos teatros. Poco después del estreno, que tuvo lugar el 6 de noviembre de 1926 en el Burgtheater vienés, fue puesta en escena en Berlín por Edwin Piscator. En la traducción francesa de Jules Romains se convirtió, en 1927, en el acontecimiento teatral del año, y le proporcionó al teatro parisino Stelier el mayor número de espectadores de toda su existencia. En 1929 tuvo lugar en Leningrado el estreno en Rusia. <<

[243] Hermann Hesse, *Krisis* [Crisis]. Un fragmento del diario apareció por primera vez en la editorial S. Fischer en 1928, en forma de edición especial limitada a mil ciento cincuenta ejemplares. <<

[244] Después de las lecturas en Stuttgart (el 25 de noviembre), en Darmstadt (el 29 de noviembre), Marburgo (el 2 de diciembre) y Fráncfort del Meno (el 7 de diciembre), Hesse visitó, entre otros, a su amigo el doctor Paul Rosengart, al sinólogo Richard Wilhelm y al escritor Alfons Paquet. <<

[245] Desde diciembre de 1925 hasta abril de 1932 Hesse pasó los meses de invierno en Zúrich, en un pequeño piso alquilado en el número 31 de la calle Schanzengraben. <<

[246] El día 29 de diciembre de 1926 falleció el poeta Rainer Maria Rilke. Zweig, que lo había conocido muy bien y lo había visitado varias veces en París, pronunció el día 20 de febrero de 1927, en el Teatro Estatal de Múnich, el discurso conmemorativo titulado «Abschied von Rilke» [Adiós a Rilke]. Este discurso apareció en forma de publicación individual en la editorial Rainer Wunderlich, de Tubinga. <<

[247] Viaje de lecturas en Tubinga y Stuttgart, entre otros, en el estudio de Radio Stuttgart, el 9 de noviembre de 1929. <<

[248] Stefan Zweig, *Kleine Chronik. Vier Erzählungen* [Breve crónica. Cuatro relatos], <<

[249] Probablemente Hesse le haya enviado a Zweig su poema «Gesinnung» [Convicción], escrito el 20 de noviembre de 1933. Véase Hermann Hesse, *Sämtliche Werke*, t. 10, p. 324 y ss. <<

[250] Tras las elecciones al Reichstag de marzo de 1933 y la toma del poder de Adolf Hitler, los libros de Stefan Zweig fueron quemados en las hogueras nazis.

<<

[251] El 14 de octubre de 1933, la revista *Börsenblatt für den Deutschen Buchhandel* había publicado, sin autorización, una carta de Stefan Zweig dirigida a su editor Anton Kippenberg, en la que el escritor austriaco descartaba una colaboración con la revista *Die Sammlung*, fundada por Klaus Mann, debido a su orientación no puramente literaria. La *Börsenblatt*, que entretanto había sido ajustada a la política cultural nacionalsocialista, aprovechó esta carta, así como otras reacciones similares de Thomas Mann, René Schickele y Alfred Döblin, para llevar a cabo su propaganda contra las revistas del exilio, sobre todo contra *Die Sammlung*. A raíz de ese incidente, los exiliados iniciaron una polémica contra Stefan Zweig, calificándolo de traidor a la emigración. <<

[252] El libro de Stefan Zweig *Triumph und Tragik des Erasmus von Rotterdam* apareció en el año 1934 en la editorial del exilio Herbert Reichner. La biografía del humanista Erasmo (1466-1536) era, a su vez, una velada autobiografía y un ataque contra la estandarización del espíritu. [En español: *Erasmo de Rotterdam: triunfo y tragedia de un humanista*, Barcelona, Paidós, 2005]. <<

[253] Muchos de los emigrantes se solidarizaron entonces con la izquierda política. <<

[254] Durante el viaje de regreso de Estados Unidos. Zweig estuvo en dicho país, específicamente en la ciudad de Nueva York, desde el día 17 de enero, y fue allí donde se reunió con su editor estadounidense, Ben Huebsch, y ofreció una lectura en la radio. <<

[255] Desde 1932 hasta abril de 1942, Hesse estuvo trabajando en su novela *Das Glasperlenspiel* [en español: *El juego de abalorios* (trad. de Mariano Salvador Luque), Madrid, Alianza, 1999]. Puesto que en esa fecha, 1942, estaba prohibida la publicación del libro en Alemania, la novela apareció por primera vez en noviembre de 1943 en la editorial suiza Fretz & Wasmuth, de Zúrich. Zweig se refiere aquí a la publicación previa de la introducción a la obra de madurez de Hermann Hesse en *Die Neue Rundschau*, en Berlín, en diciembre de 1934. <<

[256] Margarethe Sieveking nos ha legado, en una carta del 5 de agosto de 1806, la siguiente máxima de Goethe: «Las ciencias no avanzan en círculos, sino en una línea en espiral: lo mismo retorna, pero en un nivel más alto y más avanzado» . <<

[257] De su conversación con Napoleón en Erfurt el 20 de octubre de 1808, Goethe nos legó esta sentencia del emperador francés: «¿Qué se pretende ahora con el destino? La política es el destino» . <<

[258] En febrero de 1934, la casa de Stefan Zweig en Salzburgo fue registrada en busca de armas ocultas. A continuación, el escritor regresó a su piso de Londres, en el número 11 de Portland Place, y se dio de baja definitivamente en el padrón de Salzburgo. Más tarde, hasta principios de 1938, ocuparía otro piso en Salzburgo, y viviría en París a partir de la anexión de Austria (el « Anschluss »); luego, tras la entrada de Hitler en la capital de Francia en mayo de 1940, huiría a Montauban, cerca de Toulouse, y en octubre de ese mismo año se marcharía a Nueva York, ciudad de la que también se despediría el 24 de diciembre de 1938.

<<

[259] El 14 de noviembre de 1931, Hesse contrajo matrimonio con la judía austriaca Ninon Dolbin (de soltera Ausländer, 1895-1966). <<

[260] El Hotel Belvoir en Rüslikon, al pie del lago de Zúrich, fue el domicilio de Zweig durante los últimos años de la Primera Guerra Mundial (1917-1919). En la antigua casa de Johannes Brahms, situada directamente al lado del hotel, vivían los amigos de Hesse, el pintor Fritz Widmann y su esposa, la fotógrafa Gret Widmann. <<

[261] Albert Ehrenstein (1886-1950), poeta y narrador expresionista. <<

[262] *Gespräche des Erasmus* (sel., trad. y pról. de Hans Trog), Jena, Diederichs, 1907. Hans Trog (1864-1928), discípulo de Jacob Burckhardt, crítico y ensayista, fue, en los años alrededor del cambio de siglo, redactor del *Allgemeiner Schweizer Zeitung*, donde publicó, entre otras muchas cosas, los libros de viaje de Hesse sobre sus recorridos por Italia. Más tarde sería redactor de la página cultural del *Neue Zürcher Zeitung*. <<

[263] La reseña fue publicada en *Bonniers Litterära Magasin*, Estocolmo, en septiembre de 1935. <<

[264] Hans Carossa (1878-1956), narrador y poeta alemán, estuvo los días 16 y 17 de febrero en la casa de Hesse, en Montagnola. <<

[265] Probablemente se trate del libro de Zweig *Marta Stuart* [María Estuardo], publicado originalmente en la Herbert Reichner Verlag, de Viena, en 1935. <<

[266] Christoph Schrempf (1860-1944), teólogo, filósofo y traductor de Kierkegaard. En su número de mayo, la revista *Die Neue Rundschau* publicó el discurso laudatorio de Hesse con motivo del septuagésimo quinto aniversario del autor, «Christoph Schrempf. Zu seinem 75. Geburtstag am 28. April 1935» [Christoph Schrempf. Con motivo de su septuagésimo quinto aniversario en 28 de abril de 1935]. <<

[267] Christoph Schrempf, *Sokrates. Seine Persönlichkeit und sein Glaube*
[Sócrates. Su personalidad y su fe], Stuttgart, Fr. Fromann, 1927. <<

[268] Gotthold Ephraim Lessing, *Ernst und Falk. Gespräche für Freymäurer*, Wolfenbüttel, 1778-1780. [En español: *Ernesto y Falk. Conversaciones para masones* (edición facsímil de la segunda edición del año 1883), Buenos Aires, 1948]. <<

[269] Gotthold Ephraim Lessing, *Die Erziehung des Menschengeschlechts*, Berlin, Chr. Fr. Voss, 1780. [En español: *La educación del género humano*, Barcelona, Azul, 2007]. <<

[270] Encuentro con Gottfried Bermann Fischer, quien tuvo que emigrar a Viena en el año 1936 a raíz de la llamada «arianización» de las editoriales alemanas (expropiación forzosa de los bienes judíos para ser entregados a nuevos dueños de la raza «aria», a criterio discrecional del régimen nazi). <<

[271] Una presentación de la *Misa en si menor* de Johann Sebastian Bach, con Ilona Durigo, que tuvo lugar en el monasterio de Berna el 7 de mayo de 1916. Hesse escuchó la presentación en Zúrich el 18 de abril de 1935, en compañía de Thomas Mann. <<

[272] Stefan Zweig, *Sinn und Schönheit der Autographen* [Sentido y belleza de los autógrafos], suplemento de *Philobiblon*, Viena, abril de 1935. <<

[273] Stefan Zweig era un apasionado coleccionista de autógrafos de artistas, y poseía, probablemente, la colección privada más grande y significativa, con manuscritos de obras de los escritores y músicos estimados por él, así como con autógrafos de influyentes políticos. Escribió sobre ello en varios textos, entre otros, en los ensayos «Psychologie des Autographensammelns» [Psicología del coleccionismo de autógrafos] (1913); «Meine Autographensammlung» [Mi colección de autógrafos] (1930) y «Das Geheimnis künstlerischen Schaffens» [El misterio de la creación artística] (1938). Véase también la documentación de Oliver Matuschek titulada *Ich kenne den Zauber der Schrift. Katalog und Geschichte der Autographensammlung von Stefan Zweig* [Conozco la magia de la letra. Catálogo e historia de la colección de autógrafos de Stefan Zweig], Viena, Inlibris GmbH, 2005. <<

[274] En mayo y junio de 1935, Stefan Zweig pasó la mayor parte del tiempo en Zúrich, donde trabajó en su libro *Castellio gegen Calvin. Ein Gewissen gegen die Gewalt* publicado más tarde, en 1936, en la editorial Herbert Reichner. [En español: *Castellio contra Calvino. Conciencia contra violencia* (trad. de Berta Vias Mahou), Barcelona, Acantilado, 2006]. <<

[275] Bruno Walter (cuyo nombre real era Bruno Walter Schlesinger, 1876-1962), pianista, compositor e importante director de orquesta, era amigo de Stefan Zweig y de Thomas Mann; fue enterrado en Montagnola. <<

[276] Arturo Toscanini (1867-1957), director orquestal italiano amigo de Stefan Zweig. <<

[277] Joachim Maass (1901-1972), novelista y narrador, amigo de Hermann Hesse, Thomas Mann y Stefan Zweig, con quienes mantuvo correspondencia. Emigró en 1939 a Estados Unidos, y partir de ese año se convirtió en maestro; más tarde fue catedrático de Literatura Alemana Contemporánea en Massachusetts y en Pensilvania. <<

[278] Al igual que Stefan Zweig, Hesse llevaba desde 1933 ocupado principalmente con las actividades de ayuda a los emigrantes. En enero de 1939, le escribió lo siguiente a Hans Schreiber: « Ante la historia mundial, siempre he tenido el talento de ponerme automáticamente del lado de las víctimas y los vencidos, en cuanto se desatan las llamadas “grandes épocas”. Y del mismo modo que durante la Gran Guerra estuve tres años trabajando para la atención a los prisioneros, ahora, y cada vez más desde 1933, pero sobre todo desde marzo de 1938, me carcome la preocupación por las decenas de miles de refugiados saqueados y desesperados con los que Alemania, en su superioridad, inunda a los países vecinos y al mundo» . <<

[279] Hesse padecia por entonces una angina. <<

[280] Esa carta, probablemente enviada con motivo del sexagésimo cumpleaños de Hesse, no se conserva. <<

[281] Probablemente se trate del volumen de memorias *Gedenkblätter*
[Recordatorios], publicado en mayo de 1937 por la editorial S. Fischer, en Berlín.

<<

[282] En italiano en el original: 'viejísimo'. <<

[283] Hans Conrad Bodmer (1891-1956) fue el hombre que financió la construcción de la casa de Hesse en Montagnola, y la puso a disposición del escritor de manera vitalicia. Fue también el coleccionista de Beethoven que adquiriría los autógrafos y objetos del compositor de Bonn que figuraban en la colección de Zweig, entre otras cosas, su escritorio. <<

[284] Esa carta no se conserva. <<

[285] El director orquestal y amigo de Zweig, Arturo Toscanini, poseía una mansión de vacaciones en la pequeña isla de St. Giovanni. <<

[286] Zweig llegó a París el 24 de septiembre. <<

[287] Los cuadros del pintor español El Greco (1541-1614). <<

[288] Probablemente se trate de los libros de Zweig: *Begegnungen mit Menschen, Büchern, Städten* y *Der begrabene Leuchter*, Viena, Herbert Reichner Verlag, 1937. [En español: *Hombres, libros y ciudades*, Barcelona, Juventud, 1973; id., *El candelabro enterrado* (trad. de Joan Fontcuberta), Barcelona, Acantilado, 2003].

<<

[289] Desde la dimisión del canciller federal austriaco Schuschnigg y la entrada de las tropas alemanas en Austria, a lo que, dos días después, le siguió la llamada « anexión» del país (el « Anschluss») al Reich alemán. <<

[290] Elisabeth Löbl (1905-1996), una médico amiga de Ninon Hesse, a quien Hermann Hesse ayudó a exiliarse en Londres con la mediación de Stefan Zweig, que había emigrado a esa ciudad. En Londres, Elisabeth Löbl alcanzó un gran renombre como doctora en psiquiatría. <<

[291] Los ingresos de Hesse por la venta de aquellos libros que todavía estaban en el mercado en Alemania fueron congelados en cuentas bloqueadas. <<

[292] A su casa en Vézelay, cerca de Clamecy. <<

[293] En inglés en el original: 'importante'. <<

[294] La « Collina d'Oro », montaña situada por encima de Lugano, donde Hesse vivía. <<

[295] Véase la nota [\[190\]](#). <<

[296] [Stefan Zweig, *Momentos estelares de la humanidad* (trad. de Berta Vias Mahou), Barcelona, Acantilado, 2002]. <<

[297] [Véase la nota [\[181\]](#)]. <<

[298] [Véase la nota [\[237\]](#)]. <<

[299] [*Id.*, *La curación por el espíritu (Mesmer, Baker-Eddy, Freud)* (trad. de Joan Fontcuberta), Barcelona, Acantilado, 2006]. <<

[300] De Hesse, por ejemplo, recibió el manuscrito del relato *Heumond*, así como un ciclo de poemas ilustrados con acuarelas. <<

[301] [En español: Stefan Zweig, *El mundo de ayer: memorias de un europeo* (trad. de Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek Sujak), Barcelona, Acantilado, 2002]. <<

[302] [En español: Stefan Zweig, *La impaciencia del corazón* (trad. de Joan Fontcuberta), Barcelona, Acantilado, 2006]. <<

[303] [En español: Stefan Zweig, *Montaigne* (trad. de Joan Fontcuberta), Barcelona, Acantilado, 2008]. <<

[304] [En español: Stefan Zweig, *Novela de ajedrez* (trad. de Manuel Lobo Serra), Barcelona, Acantilado, 2000]. <<

[305] Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1973-1986. <<

[306] Fráncfort del Meno, S. Fischer, 1978. <<